



NUESTRA HERMANA AGUAFIESTAS

○ REFLEXIONES  
DESDE UNA NEUROSIS  
ANTIOCCIDENTAL

NUESTRA HERMANA AGUAFIESTAS

○ REFLEXIONES  
DESDE UNA NEUROSIS  
ANTIOCCIDENTAL

AMA ATA AIDOO

---

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO  
MARTA SOFÍA LÓPEZ



© 2018, Ama Ata Aidoo

Esta edición de *Nuestra Hermana Aguafiestas*  
se publica bajo la siguiente licencia:



**Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España**  
**CC BY-NC-ND**

Título original: *Our Sister Killjoy*  
or *Reflections from a Black-eyed Squint*.

Longman, London, 1977.

*Nuestra Hermana Aguafiestas.*  
*O reflexiones desde una neurosis antioccidental.*

Colección: Narrativa

1ª edición mayo de 2018

1.000 ejemplares.

Edita: cambalache

C/ Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno.: 985 20 22 92

e-mail: [cambalache@localcambalache.org](mailto:cambalache@localcambalache.org)

[www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org)

Autoría: Ama Ata Aidoo

Traducción: Marta Sofía López

Correcciones: Irene Choya, Germán Domínguez,

Eduardo Romero y Pedro Menéndez

Diseño, cubierta y maquetación: Amelia Celaya

Impresión: Gráficas Eujoa

Depósito Legal: AS-1683-2018

ISBN: 978-84-944572-6-5

Impreso en papel reciclado

Este libro, al igual que el resto de las ediciones de cambalache,  
puede descargarse libremente en nuestra web.

## ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
HACIA UN MAL SUEÑO.....	21
LAS CIRUELAS.....	41
DE NUESTRA HERMANA AGUAFIESTAS.....	127
UNA CARTA DE AMOR.....	161
EPÍLOGO	
COLEGAS INDESEADAS Y ESCLAVAS DECORATIVAS.	
VISIONES SOBRE LAS MUJERES COMO	
ESCRITORAS Y PERSONAJES EN LA LITERATURA	
AFRICANA CONTEMPORÁNEA .....	197

## PRÓLOGO

MARTA SOFÍA LÓPEZ

La primera vez que leí *Nuestra Hermana Aguafiestas* fue a principios de los años noventa y, junto con *Scarlet Song*, de Mariama Bâ, fue el tema de mi trabajo de investigación predoctoral. Revisitar la obra de Ama Ata Aidoo más de veinte años después, cuando he dedicado muchas horas de mi vida a África, a sus escritoras y a sus escritores, cuando he organizado y asistido a innumerables foros académicos sobre el continente y he tenido la oportunidad de visitar algunos países africanos, cuando he enseñado en decenas de cursos sobre teorías y literaturas postcoloniales, ha sido una confirmación de lo que entonces, desde mi casi completa ignorancia sobre literatura africana, ya intuí: que la novela-poema de Aidoo es, con mucha diferencia, una de las obras más audaces, «modernas», visionarias y radicales que han surgido de África en la época de las postindependencias. O quizás la más. Concebida en los años sesenta, cuando la propia escritora era una jovencísima y brillante estudiante que recorría el mundo occidental a la manera de su protagonista, y publicada a finales de los años setenta, el

texto de Aidoo resuena de principio a fin con tonos de profecía apocalíptica en nuestros oídos contemporáneos. En ningún momento la autora se deja deslumbrar por «los soles de las independencias», esa ola de optimismo sobre el futuro del continente africano que recorrió el mundo entero en la era de las descolonizaciones. Y mucho menos por el oropel del mundo occidental, especialmente de una Europa paternalista y falsamente benevolente que aparentaba (y sigue aparentando) apostar por el *desarrollo*, las políticas democráticas y el lavado de conciencia colectivo sobre la historia del esclavismo, el imperialismo, la colonización y la neocolonización.

Me pregunto qué habrá pensado Ama Ata Aidoo cuando, a mediados del verano de 2014, la OMS necesitó tres días de reuniones intensivas en Ginebra para determinar si el brote de ébola en el oeste de África era o no una emergencia sanitaria internacional. Me pregunto qué pensará cuando, a instancias de organizaciones independientes, los bancos europeos y norteamericanos se ven obligados a declarar las enormes fortunas que un sinnúmero de «líderes» africanos acumulan en sus arcas. Me pregunto qué pensará sobre los campos de personas refugiadas, los desplazamientos masivos, las hambrunas, los golpes de estado, las matanzas, las inflaciones galopantes, la pandemia del SIDA, las compras de inmensas extensiones de tierras y acuíferos por parte de las potencias neocoloniales emergentes, el tráfico internacional de armas, el depósito recurrente de toda clase de residuos tóxicos procedentes del «Primer Mundo» a lo largo y ancho

del continente... Si acaso, y si eso fuera posible, su visión se habrá hecho aún más afilada, más ácida, más fundamentada incluso que la de Sissie.

Porque *Nuestra Hermana* no sufre precisamente de una «neurosis antioccidental» ni de prejuicios antieuropeos o antiamericanos, sino de una dosis extraordinaria de lucidez, de visión global, de memoria histórica. Décadas antes de que se inventaran el «cosmopolitanismo» a la manera de su compatriota Anthony Kwame Appiah o el «afropolitanismo» de Taije Selasie, el personaje de Ama Ata Aidoo, como seguramente ella misma, fue capaz, como ciudadana del mundo, de entender y denunciar que los males del continente se gestan, y llevan siglos gestándose, en un millar de sepulcros blanqueados salpicados por todo el «Primer Mundo». Marlow, el personaje de Conrad, afirmaba en *El corazón de las tinieblas* que «toda Europa había contribuido a hacer a Kurtz». Y, acertadamente, sitúa ese centro neurálgico del mal en Bélgica, un país insignificante en la Europa de entonces, pero cuyo modelo colonial en el Congo, liderado por el rey Leopoldo II, ha pasado a los anales de la infamia universal.

Como doctoranda fascinada por la plétora de teorías críticas que las «nuevas humanidades» alumbraban sin cesar en las últimas décadas del siglo XX, mis primeras lecturas de *Nuestra Hermana Aguafiestas* tenían mucho que ver con la sistemática deconstrucción que, desde una perspectiva postcolonial y feminista, Aidoo llevaba a cabo con respecto a *El corazón de las tinieblas*. En lugar de un joven europeo que se adentra en la selva pri-

migenia africana, una joven africana que se adentra en el corazón más oscuro de Europa, la cuna del nazismo y el Holocausto. No la oscuridad de Lucifer, sino la despiadada «blancura» del mundo occidental, con su profunda miseria humana y su infinita hipocresía, constituyen en la conciencia de Sissie la visión del abismo. No ya el tráfico de marfil, sino el comercio en órganos y en vidas sigue siendo un gran motor de la desigualdad global. No los recovecos del río Congo, con sus orillas infectadas de seres incomprensibles cuya humanidad resulta dudosa, sino la asepsia y el vacío de una habitación conyugal en un hogar de clase media, en medio de una ciudad europea industrial y pequeño-burguesa, representan el «HORROR». Y cualquier intento por reconciliar las vidas particulares de dos mujeres, un ama de casa alemana y una estudiante africana, está condenado de antemano por siglos de historia, de una historia que no es sino voluntad de poder a la manera nietzscheana.

También, y aquí entra en juego el feminismo innegociable y afrocéntrico de Aidoo, está condenado al fracaso el entendimiento entre una mujer africana comprometida consigo misma, con su cultura, con su país y con su continente, y un hombre o unos cuantos hombres africanos que se han olvidado de quiénes son, de quiénes están destinados a ser en sus falsamente placenteros auto-exilios, en el vientre de la ballena, en Babilonia. La literatura africana postcolonial está cuajada de «viajados», los conocidos como *been-tos*, que se han dejado la mente y el corazón en su torpe empeño por asimilar y emular los modos de vida occidentales. Que han dejado

atrás a sus madres, a sus hermanas, a sus mujeres y a sus hijas para ser finalmente devorados por la bestia: llámese ciencia, tecnología, sociedad del bienestar (¿para quién?), capitalismo, academia, un coche de lujo...

Pero, si la subalterna consigue hablar, si su voz puede resonar con tonos de profecía apocalíptica en algún rincón del planeta, no tiene demasiado que esperar de sus «hermanos». La propia Aidoo relata, con justificada amargura, el olvido en el que cayó *Nuestra Hermana Aguafiestas* por lo que respecta a los críticos y editores africanos en su ensayo *Unwelcome Pals and Decorative Slaves. Glimpses of Women as Writers and Characters in Contemporary African Literature* (Colegas indeseadas y esclavas decorativas. Visiones sobre las mujeres como escritoras y personajes en la literatura africana contemporánea)<sup>1</sup>. El feminismo de Aidoo no es deudor de Mary Wollstonecraft, de Betty Friedan o de Hélène Cixous. No arraiga en la Revolución Francesa, ni en el movimiento sufragista, ni en la «segunda ola». Surge de la dignidad insobornable de las mujeres negras, de su autosuficiencia atávica, de sus instituciones solidarias y su voluntad de contribuir a la supervivencia del grupo humano: la familia, el clan, la tribu, la nación, la diáspora...

«¿Acaso yo no soy una mujer?», preguntaba la activista negra Sojourner Truth a sus compatriotas norteamericanas en la época de la Declaración de Seneca Falls, a finales del siglo XIX. Desde los años setenta del

---

<sup>1</sup> Este ensayo se incluye como epílogo en la presente edición.

siglo XX, Ama Ata Aidoo lleva interpelando por igual a las mujeres blancas y a los hombres negros con su obra y con su vida. Como *Nuestra Hermana Aguafiestas*, Aidoo revienta nuestras certezas, socava nuestra auto-complacencia, mina nuestras excusas. Como su hermana afrocaribeña norteamericana Audre Lorde, con la que sin duda podría haber tenido, o quizás tuviera, más de una agria polémica, Aidoo nos mira a los ojos y nos dice: «Yo estoy haciendo mi trabajo. ¿Estáis vosotros y vosotras haciendo el vuestro?».

*Para ti,  
Nanabanyin Tandoh,  
que sabes construir:  
personas,  
estructuras,  
vidas...*

*y*

*Roger Genoud,  
el hijo de Marcel Genoud.*

*La noticia llegó  
un mediodía cálido y tormentoso,  
y  
no hubo tela  
lo bastante fuerte como para  
sujetar mis tripas desparramadas.  
El sol, confundido,  
corrió a esconderse  
incapaz de explicar  
por qué  
este trabajador  
tuvo que caer tan pronto.*

*Su mente y su corazón  
corrían el doble de lo normal  
así que  
todavía podía sentir  
sabiendo lo que sabía.*

*Ese valiente  
era de Bernex.*

NUESTRA  
HERMANA  
AGUAFIESTAS

○  
REFLEXIONES  
DESDE UNA NEUROSIS  
ANTI OCCIDENTAL

HACIA UN MAL SUEÑO

Las cosas avanzan

hacia sus asombrosas conclusiones...

... así que no es ni aquí ni allá,  
qué miserias  
carguemos a la espalda y nos rodeen,  
cómo hayamos limitado nuestras perspectivas,  
embotado nuestros cerebros.

Sin embargo, lo que resulta frustrante cuando discutes con un negro «moderado» es que, puesto que los intereses que con tanto afán defiende ni siquiera son los suyos propios, sólo puede regurgitar lo que ha aprendido de sus amos. Por ejemplo:

La necesidad de la ley y el orden;  
que los más graves problemas de la humanidad son el hambre, la enfermedad y la ignorancia;  
que los secuestros aéreos son un intento deliberado de chantajear a la sociedad decente;  
la santidad de la carta de la ONU;  
la explosión de población;  
... la lista no tiene fin.

Nada de lo que tenga que decir serán respuestas lógicas a las preguntas que le planteas.

Oh, no. La versión académica-pseudo-intelectual es todavía peor, cuando a la vista de una realidad que es más tangible que los muros inmensos de los fuertes esclavistas que salpican nuestras playas, todavía habla de verdad universal, arte universal, literatura universal y Producto Interior Bruto.

Por fin, cuando se ha vaciado por completo la cabeza, te informa solemnemente de que tu problema es que eres demasiado joven. Tienes que madurar.

Sin duda, la experiencia se asemeja a la de un amante del ajedrez, o de cualquier otro deporte capaz de absorber la mente, que va a casa de un amigo para echar una partida, y descubre que tiene que jugar con el perro de la casa en vez de con el amo.

Sí, hermano,  
los peores son los que  
hoy en día compilan  
estadísticas locales para esos estudios de población, y  
juegan con  
fórmulas genocidas.  
¡Allí es donde se arrojan  
las últimas migajas!

Hay un camino muy largo de casa a Europa. Un pasado cruel, un presente extraño, uno o dos grandes desiertos, un mar, un océano, varias lenguas de distancia, los aviones tienden puentes sobre el cielo.

Su viaje debía de tener algo que ver con los esfuerzos de alguien

«para hacer otra vez el bien».

Porque, desde el principio, la embajada había mostrado muchísimo interés.

En el momento en que se propuso su nombre, vinieron a buscarla al campus en un Mercedes-Benz, con la bandera recogida.

Habían movido hilos para que consiguiera el pasaporte en una semana, en vez de en tres meses, y le habían aconsejado sobre las vacunas que tenía que ponerse.

Más tarde, a medida que se acercaba el momento de su partida, el embajador en persona la había invitado a su casa. La primera vez a un cóctel, en el que quedó bien claro que ella era la única invitada insignificante, y después a una cena íntima en su honor.

Durante mucho tiempo, ella iba a recordar aquella segunda ocasión. Hubo muchas cosas que la desconcertaron.

El trabajo que se habían tomado.

El esfuerzo que, aparentemente, habían hecho.

Intentó en serio entender por qué se tomaban tantas molestias.

Manteles almidonados.

Copas y cubertería relucientes.

La comida que, a pesar de su exotismo, ella reconoció como de primera clase, servida de fuentes humeantes.

Había vino europeo. Su primer encuentro con esa bebida.

¿Quién se creían que era ella?

Hubo seis invitados.

Estaban el embajador y su esposa.

Había otro europeo, que quizás fuera, como ella más tarde descubrió, el Primer Secretario, y su esposa.

Y había un africano, soltero, un compatriota suyo.

Ella no tenía la menor idea de quién era y no se enteró de su nombre de pila cuando se lo presentaron.

Durante la velada se dirigían a él como Sammy, que fue por tanto el único nombre que ella fue luego capaz de asociar mentalmente con él.

Sammy no paraba de reírse, incluso cuando no había nada de lo que reírse. O cuando a ella le parecía que no había nada de lo que reírse.

Y cuando no estaba riéndose a carcajadas, exhibía en su rostro una expresión casi permanente de bienestar, apoyado en una sonrisa inmutable.

Era obvio que Sammy había estado ya en su país, y parecía que había pasado allí mucho tiempo. Estaba sumamente preocupado por conseguir que ella se diera cuenta de un hecho importante. Que había sido increíblemente afortunada al haber sido elegida para el viaje. Y de que, de alguna forma, ir a Europa era como una especie de ensayo para un viaje al paraíso.

Su voz, cuando hablaba de aquella tierra lejana, estaba empapada de nostalgia.

¿Sería posible que le hubieran invitado a cenar sólo para cantar las glorias de Europa?

Hablaba su lengua con fluidez, y demostraba una familiaridad con ellos que a Sissie la hacía sentirse incómoda.

Nuestra Hermana tuvo un escalofrío y se removió en su silla.

Se le llenaba la boca de saliva cada vez que sus ojos se posaban en la cara de su paisano.

Y todavía más saliva cada vez que él hablaba.

No le gustó la comida. Y el hecho de que fuera extraña no fue la razón.

El tiempo habría de traerle muchos, muchos Sammys. Y siempre la harían reaccionar de la misma manera...

La tarde en la que volaba, el embajador y algunos miembros de su personal fueron al aeropuerto a despedirla.

Su jefe de prensa le hizo fotos mientras se despedía.

Aproximadamente una semana después de su partida publicaron la foto en el periódico local, junto con algo de información sobre el viaje.

Nuestra Hermana lo había logrado.

Entonces, había muchas líneas aéreas que no podían hacer escala en Accra porque Johannesburgo y otras ciudades afrikáans eran el eje de su negocio.

Otra alucinación de Nkruhma.

El tipo fue grande.

Por tanto, Sissie cogió un avión desde Accra hasta Lagos, donde cogería otro que la llevaría hasta Europa.

Ya había llegado del abismo que era Suráfrica.

Algunos todavía llamamos a esa tierra Azania.

Ma-a-ma, nadie puede reírse de nosotros como nosotros mismos.

Y, además, cuando muere la esperanza, ¿qué queda en pie?

Cuando se anunció el vuelo, Sissie embarcó. Miró su tarjeta de embarque y se sentó en el asiento que indicaba. Estaba en la parte delantera del avión, y al lado de otros dos asientos ocupados por europeos que luego supo que eran surafricanos.

Inmediatamente después del despegue, y en cuanto aparecieron las instrucciones para soltar el cinturón de seguridad y el permiso para fumar, una azafata impecablemente peinada se acercó a ella. Le dijo:

—Seguro que quiere viajar con sus dos amigos en la cola, ¿verdad?

—¿Mis dos amigos? —se preguntó Sissie.

Levantó los ojos y, siguiendo la dirección del dedo de la azafata, vio dos caras. Estaba a punto de decir que no los conocía pero...

algo le dijo que se lo callara.

Fue a reunirse con ellos.

Por supuesto, fue una feliz coincidencia que se tratara de dos nigerianos increíblemente guapos que estaban en el mismo programa que ella.

Pero haberse negado a unirse a ellos hubiera creado una situación incómoda, ¿no? Teniendo en cuenta que, aparte su educación extremadamente civilizada, la habían adiestrado para ocuparse de la comodidad de todos los pasajeros. Naturalmente, ella sólo le había ofrecido a Sissie un consejo desinteresado para que hiciera cómodamente el resto de su viaje.

El vuelo estaba programado de tal manera que pasaban sobre el trocito que quedaba de África en las horas de noche cerrada.

Así que estaba a punto de amanecer cuando cruzaron el Mediterráneo. Y cuando abandonaban África, aparecía este otro continente, iluminado con los primeros rayos de un glorioso amanecer estival.

Buenas noches, África. Buenos días, Europa.

Entretanto, la luna había estado viajando toda la noche con ellos, a la vista. Silenciosa, mortalmente pálida.

Algunos íbamos a preguntarnos en el futuro si los astronautas no habrían visto parásitos portadores de la enfermedad de la locura reptando sobre millones de rocas que dicen que nunca han conocido el calor.

Quizás no repararon en nada semejante.

No era parte de las instrucciones de la operación.

¿Y por qué tendría que haberlo sido?

Ciertamente, no era para dar pábulo a mentes negras y supersticiosas para lo que se habían gastado cincuenta billones...

Pero, en el momento y el lugar exactos en el que el sol había hecho huir a la luna, a Nuestra Hermana le pareció que había escuchado la música de las esferas.

Los Alpes a las seis de la mañana. Rocas grises, más rocas grises. Una inmensa roca gris... ¿Es posible de verdad que una parte de la Tierra pueda llegar tan alto en el cielo?

Sissie estaba abrumada, puesto que nació en una llanura. Preguntándose si esto no era el principio del mundo y lo que habría de ser una ameba.

Se preguntaría lo mismo mucho tiempo después, en Kenia, estando en el Gran Valle del Rift, a dos millas de profundidad en las entrañas de la tierra.

Frankfort. En el aeropuerto, los recibió un funcionario para cerciorarse de que todo fuera sobre ruedas.

Desde el aeropuerto cogieron un taxi que los llevó al centro de la ciudad.

El funcionario los llevó a un restaurante donde pidió el desayuno para los cuatro, incluyéndose a sí mismo.

Después del desayuno, cogieron otro taxi hasta una estación de tren. Allí iban a coger el tren hasta la pequeña ciudad en la que pasarían cuatro semanas y se acostumbrarían a estar en un país muy extraño.

En la estación se enteraron de que faltaba una hora para que saliera el tren.

A Sissie le apeteció pasear en vez de quedarse sentada todo el rato en el mismo sitio.

El funcionario estaba preocupado. Sin embargo, Sissie le prometió que no se iría demasiado lejos. Había mucho que ver en el entorno cercano para tenerla entretenida. Por ejemplo, parecía que había más tiendas aquí, en la estación, que en todo su país. No tenía ninguna necesidad de salir fuera para perderse.

Así que se dedicó a caminar con su vistoso lapá estampado de hojas doradas y marrones, mirando, dando un banquete a sus ojos pueblerinos.

Ropa. Perfume. Flores. Frutas.

Y después acero pulido. Hojalata pulida. Latón pulido. Cristal tallado. Plástico.

Mientras Sissie se movía por los alrededores, apreciando su brillo y su resplandor, se dijo a sí misma que éste debía ser el lugar desde el que goteaban esos «bienes de consumo» que deleitaban los corazones de sus compatriotas. Salvo que no sólo había un millón de veces más, sino que eran un millón de veces mejores.

Música. Sonidos. Ruidos.

Tantos ruidos distintos mezclados.

De pronto, se dio cuenta de que una mujer le estaba diciendo a una niña pequeña, que debía de ser su hija:

«**Ja, das schwarze Mädchen**».

Con el poco alemán que le habían aconsejado que estudiara para el viaje, entendió que *das schwarze Mädchen* quería decir «chica negra».

Se quedó un poco desconcertada.

¿Chica negra? ¿Chica negra?

Así que miró a su alrededor, esta vez con mucha atención.

Y le cayó encima de golpe. Toda la muchedumbre que iba y venía de todas las direcciones tenía el color de la carne de cerdo en salmuera que llegaba desde países lejanos a los mercados de casa.

Manitas de cerdo, rabos de cerdo, orejas de cerdo.

Miró y miró a tantas pieles semejantes juntas.

Y sintió ganas de vomitar.

Después se avergonzó de su reacción.

Algo le tiró de las entrañas.

Durante el resto de su vida, lamentaría este momento en el que alguien le hizo darse cuenta de las diferencias en la coloración humana.

Sin que importase dónde fuera, lo que cualquiera dijese, lo que hicieran. Sabía que no importaba.

Pero lo que llegó a aprender es que alguien, en cualquier parte, siempre encontraría en cualquier clase de diferencia una excusa para ser mezquino.

Una forma de conseguir tierra, tierra, más tierra.

Valles donde el maíz verde se mecería al viento.

Pastos para el ganado de altura.

Un arroyo que induzca el sueño a los bebés rubios.

Minas de plata y de oro,

petróleo,

uranio,

plutonio,

toda clase de -nios.

Telas para cubrir el cuerpo.

Joyas para adornarlo.

Casas para cobijarse, para yacer y dormir.

Un tono áspero en una voz.

Un matiz más afilado en las órdenes.

Poder, chico, Poder.

Porque esto es de lo que va todo.

Poder para decidir

quién debe vivir,

quién debe morir,

dónde,

cuándo,

cómo.

LAS CIRUELAS

Ella era una madre joven que paseaba a su bebé en un cochecito. Más tarde, le diría a Sissie que hacía esto muy a menudo. Llegaba y se paraba donde estaba Sissie, en el puesto de guardia, y miraba la ciudad y el río.

Había un castillo  
que según el folleto  
era uno de los más grandes en toda  
Alemania.  
¿Alemania?  
¿La tierra de los castillos?  
¿Quién era entonces este  
príncipe,  
este Amo y Señor  
que había construido uno de los  
castillos más grandes,  
poseía la  
tierra más  
grande, el  
mayor número de  
siervos?  
Y te preguntabas,  
mirando al río,  
cuántas vírgenes  
nuestro Soberano Amo y Señor

habría desvirgado en sus noches de boda  
en lugar de sus jóvenes  
maridos en  
agonía de  
ojos rojos y  
dientes rechinantes, sus  
hombrías  
doliéndoles...

Pero «cada noche trae un día», decía una vieja  
pintada en una pared del pueblo,  
y el castillo es ahora un albergue juvenil.

—¿Erez india? —le preguntó a Sissie.

—No —respondió...

sabiendo que podría serlo  
excepto por el pelo.

Puede que escuchara su respuesta. Puede que no. Pero  
seguía hablando, las palabras brotando de su boca, como  
si hubiera planificado el encuentro e incluso pensado en  
los comentarios introductorios.

—Zi, me guztan mucho. Loz indioz. Trafajafan en el  
zupermercado. Eran muy zimpáticoz.

—¿Qué indios?

—Loz doz. Antez del infierno. Mucho tiempo. Y des-  
puéz ze fueron. Me guztan mucho.

Sissie adivinó que debían de haber sido varones.

Hecho desestimado.

Dos indios en una ciudad pequeña que alojaba a los  
siervos que eran  
esclavos del

señor que poseía uno de los  
castillos más grandes de toda  
Alemania...

Hay un  
camino muy largo de  
Calcuta a  
Múnich.

Os trajeron aquí los aviones.  
¿Pero qué más os trajo,  
pájaros migrantes del mundo,  
que partís con tan pocas plumas que

caen

y

caen

y

caen

a fuerza de vuelos y

distancias?

Mi  
vecino antillano y su mujer  
hicieron un día las maletas  
para irse a Canadá.

—Dicen que los

sueldos

allí son

estupendos.

Así que se fueron a Liverpool  
a esperar un barco  
que debiera haber zarpado al  
día siguiente. O eso creían.

Pero llegó al puerto con  
meses  
de retraso.

No  
me  
preguntes  
cómo se las apañaron con  
dos críos.

Pero  
todos los viajes  
terminan en un umbral... y  
también ellos  
llegaron a Canadá  
donde  
él, mi vecino  
murió  
al poco tiempo.

Algún accidente estúpido relacionado con  
instalaciones subterráneas,  
provisiones de oxígeno y  
ordenadores que se echan una  
siesta...  
antes de que los  
contratos estuvieran firmados.

Ella, la viuda de mi vecino, se  
montó en un avión con los niños en busca de una  
prima lejana que  
debería haber estado  
viviendo en  
Newark,

Nueva Jersey.  
Salvo que no se habían visto la una a la otra  
durante años.

No desde que la viuda de mi vecino dejó las  
Islas para ir a trabajar de enfermera en el  
Reino Unido,  
mientras que  
su prima lejana se dirigía a  
EE. UU.,  
donde  
todos sabemos que un  
negro puede ganar más dinero que  
cualquier moreno  
en cualquier sitio de la  
Commonwealth...  
¿sí?

Pero, además de  
mantener contacto con  
primas lejanas enfermeras,  
nos reclaman otros deberes:  
la viuda del vecino antillano  
ignorante  
canadiense del Pacífico  
dirigiéndose hacia  
su prima lejana de  
Nueva Inglaterra  
recibió un disparo...  
«Cualquier negrata puede arder.  
Los francotiradores potenciales  
y ellos

son todos iguales».

¿Las plumas?

Se

caen

y

caen

y

caen, sobre

multitud de tierras y

mares

hasta que el

ala final

cae y

las pieles desnudas ante los

vientos helados o el

calor,

congeladas o

requemadas,

nosotros

morimos.

Sissie miró a la joven madre y se le vino a la cabeza el pensamiento de que

aquí,

aquí en el límite de un bosque de pinos en el

corazón de

Baviera, entre las ruinas de uno de los más

grandes

castillos en toda

Alemania,

NO PUEDE SER NORMAL

que a una joven

*Hausfrau* le

gusten

dos indios

que trabajan en

supermercados.

—Mi hombre ze llama

ADOLF.

Y tamfién nueztro niño.

—¿De dónde erez? —le preguntó a Sissie.

—De Ghana.

—¿Eztá cerca de Canadá?

Suramericana pre-colombina con un poco de

esfuerzo de la imaginación

quizás.

¿Pero esquimal?

No.

Demasiada diferencia

en

el tono de piel,

la forma de los ojos...

Gracias por el

cumplido, señora,

pero

no.

—De ferdad me guztan loz doz indioz del zupermercado

—insistió—. ¿Dónde dicez que eztá Ghana?

—En África Occidental. La capital se llama Accra. Es...

—Ah, *ja, ja, ja* eze ez el paíz donde tienen al presidente Nkrumah, *¿ja?*

—Sí.

—Me llamo Marija. Pero a mí me guzta el nomfre inglés, Mary. Por fafor, llámame Mary *¿Cómo te llamaz tú?*

—*¿Cómo me llamo?* Me llamo Sissie. Pero también me llamaban Mary... en la escuela.

—Mary... Mary... Mary. *¿Dícez que en la ezcuela te llamafan Mary?*

—Sí.

—*¿Como a mí?*

—Sí.

—*¿Por qué?*

—Mi familia es cristiana. Es el nombre que me pusieron cuando me bautizaron. También está bien para la escuela, y para trabajar, y para ser una señorita.

—Mary, Mary... *¿y erez africana?*

—Sí.

—Pero eze ez un nomfre alemán —dijo Marija.

*¿Mary?*

Pero ese es un nombre inglés, dijo Jane.

María... Marlene.

Ese es un nombre sueco, dijo Ingrid.

Marie es un nombre francés, dijo Michelle.

Naturalmente

*Naturellement*

*iNatürlich!*

Mary es el nombre de cualquiera, pero...

es un pequeño consuelo que en algunos sitios, los pacientes y entregados misioneros no pudieran llegar tan lejos como

para convocar ante el púlpito a un hombre y a su mujer que se pelean por la noche

y flagelarlos

ante toda la congregación de los SALVADOS.

Pero, hermano, llegaron lo bastante lejos.

Y enseñaron, entre otras cosas, muchas otras cosas, que para que un niño creciera hasta convertirse en un individuo digno del Cielo tenía que tener, sobre todo, un nombre cristiano.

*¿Y de qué iba a servirle a un nativo tener sistemas para darle a un niño*

a una niña  
dos  
tres nombres o más?  
Yaw Mensah Adu Preko Oboroampa Okotoboe.

Oh, hermano...  
de hecho hubo un tiempo en el que  
las voces cantaban  
los cuernos sonaban  
los tambores redoblaban para  
dar la bienvenida a  
Yaw

—por haber nacido en jueves—

Preko

—para aplacar a Yaw—

Mensah

—el tercero en una línea de varones—

Adu

—un nombre elegido por el padre  
en honor de un ilustre ancestro—

Okotoboe

—para invocar el poder de Adu—.

No, hermano,  
ya no nos  
preocupa esa  
mierda  
antropológica.

Un hombre podía tener  
diez nombres.  
Todos eran iguales:

paganos  
infieles  
una idolatría abominable para el oído de  
Dios,  
que es, bendito sea,  
un anciano y  
entrañable  
caballero europeo con una gran barba blanca.  
... Y se sienta  
flanqueado a diestra y siniestra por  
ángeles que pasan lista a los  
elegidos.

Señor,

permítenos a tus siervos partir en paz  
hacia nuestro descanso,

hacia nuestro olvido, y no atrevemos  
jamás a esperar

que ángeles que pasan lista en

Latín —muy probablemente—

tengan que retorcer sus delicadas lenguas  
en torno a nombres como

Gyaemehara

puesto que, Dios bendito, tus

ángeles, como tú, son

occidentales

europeos

ingleses, para ser exactos.

¡Oh, querido y visionario César!

Y no hay otra clase de

ángeles, salvo

Lucifer, pobre diablo negro.  
Marija era cálida.  
Demasiado cálida para  
Baviera, Alemania  
según lo aprendido después.  
Reía fácilmente. Pequeños dientes de blancura refulgente  
contra labios que ardían cubiertos por pintalabios rojo.

Los dientes blancos...  
solían ser una de las  
desafortunadas características de los  
primates y los  
negros.  
Todo eso  
ha cambiado ahora.  
Los dientes blancos están de moda, hermano,  
porque alguien  
está ganando  
una pasta con los  
dientes blancos.

—Quiero zer tu amiga, ¿zí? —preguntó Marija, voluntariosa.

—Sí.

—Y llamarte Zizzie... ¿por fafor?

—Claro.

—Azí que ¿qué nomfre ez eze, *Zizzie*?

—Oh, sólo es una forma hermosa de que la gente que te quiere mucho te llame «hermana». Especialmente si en la familia no hay muchas niñas... Una de las pocas veces que un concepto original de nuestras tradiciones ha encontrado una expresión feliz en inglés.

—¿Zí?

—Sí... aunque, incluso en este caso, tuvieron que moldear de algún modo la palabra inglesa.

—¿Tu gente ze fija mucho en laz cozaz pequeñaz de la gente, ferdad?

—Sí. Porque, hace mucho tiempo, la gente era todo lo que la gente tenía.

—Ah, zí. Y tú, ¿tienez muchoz hermanoz y ninguna hermana?

—No. Quiero decir, en mi caso no es así. Me llaman Sissie por otra razón. Alguna otra razón... que tiene que ver con la escuela, y con estar con muchos chicos que me trataban como a una hermana.

—Ah, ¿zi?

—Sí.

—De ferdad me guztafan ezoz indioz. Pienzo en elloz muchaz vecez cuando haflaz inglés.

Una herencia común. Una  
ganga dudosa que nos  
expolió  
nuestro oro  
nuestra lengua  
nuestra vida... Mientras nuestros  
dedos muertos se aferran al  
Inglés... Un arma dudosa forjada  
en otras tierras para dar poder a un  
alma que ya ha  
volado.

ÉRASE UNA VEZ, dijo ella,  
yo también conocí a un indio

en Göttingen o por ahí.  
Mis sentimientos eran nebulosos  
ni me gustaba ni me disgustaba  
sólo escuchaba a otro  
amigo de cualquier otro sitio diciendo:  
—Somos víctimas de nuestra historia y de nuestro  
presente. Ponen demasiados obstáculos en el  
camino del Amor. Y ni siquiera podemos disfrutar  
de nuestras  
diferencias en paz.

*D'accord.*

*D'accord.*

Mi indio llevaba en  
Alemania «bastantes años».

Durante bastantes  
años también, trabajando como médico,  
recetador general para  
los padecimientos imaginarios de los  
suburbios de Germania.  
Le miré y sintonicé  
imágenes de la memoria  
recompuestas a partir de otros  
relatos de viajeros sobre gente enferma en  
Calcuta.

—¿Por qué sigues  
aquí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no vuelves a  
Casa?

—¿Dónde?

—¿Acaso te necesitan aquí como  
médico  
tan desesperadamente?

Mi voz empezaba a sonar histérica,  
estaba al borde de las lágrimas.

—Hm —gruñó él—,  
¿una de las idealistas, no?  
Yo a la defensiva.

—De acuerdo,  
si soy idealista,  
idéjame que sea idealista!

—¿Dices que eres de  
Ghana?

—Sí.

—Bien —dijo él sonriendo con todo su encanto—,  
hay tantos médicos ghaneses como indios ejercien-  
do aquí... Más, de hecho, si tenemos en cuenta los índices  
de población en nuestros respectivos países.

—Lo sé.

Lo sé.

Mis lágrimas fluyendo torpemente,  
él chasqueando la lengua condescendiente.

Pero a la vez preguntándome qué quería  
que hiciera él.

Y yo sin saber qué decir.

Aunque teniendo que admitirlo:

—Trabajar en un hospital del Estado  
es una esclavitud innecesaria...

A menos que seas un listillo  
dispuesto a usar  
camas del Estado  
medicinas del Estado  
tiempo del Estado para civilizados  
pacientes privados,  
magnates de los negocios,  
otros funcionarios listillos,  
que sólo saben cómo  
restregárselo por las narices al público,  
hermanos de logia y  
compañeros de clase,  
cualquier bandido que  
pueda pagárselo  
a sí mismo o a  
su mujer.

«500 por un niño,  
400 por una niña».

¿Por qué debiera sorprendernos  
que cueste un poco más  
hacer un niño?

Con lo ocupados que estamos  
construyendo concienzudamente  
cimientos sólidos y firmes  
para nuestras dinastías de zombis...

Pero entonces:

—Si pudieran salirse con la suya,  
tratarían a un médico como la mierda.

Y él, mi indio, en un  
orden social que se  
congeló hace mil años,  
se moriría de hambre si abriera  
«una clínica privada» en  
cualquier sitio en su  
país.

Un hijo-de-Dios sirviendo  
a los hijos-de-Dios que, siendo  
los mismísimos bebés de Dios,  
no pueden pagar un  
seguro privado, pero se alimentan  
del aire y de la gloria de los ricos que  
vienen y van:  
excelente alimento para el  
alma, sin duda.  
Poco nutritivo para el bebé.

Así que, por favor,  
no me hables de  
fuga de  
cerebros...

¿Quién se queda hoy en día  
salvo quienes tienen miedo de no ser capaces  
de sobrevivir en el extranjero  
por una razón u otra?

Oftalmólogo gambiano en Glasgow  
neumólogo filipino en Boston  
oncólogo brasileño en  
Brooklyn o

Basle o  
Nancy.  
Mientras que en casa,  
dondequiera que sea,  
miembros y sentidos se pudren  
dejando  
corazones impecables para ser  
trasplantados al pecho  
de sus vecinos blancos...

y  
los Cuerpos de Paz y otros voluntarios,  
que en sus ciudades de origen no se acercarían  
a pacientes con fiebre del heno aliada con la  
incompetencia local,  
se ocupan de  
enterrar  
a los casos raros...

Acordaron que Marija vendría a recogerla al ex-castillo-  
albergue-juvenil sobre las cinco del día siguiente, para  
llevarla a su casa.

Las cinco era una buena hora para planear una salida.  
Porque, normalmente, Sissie y los otros campistas vol-  
vían del vivero de pinos sobre la una o las dos. Para las  
tres ya habían terminado de comer. Patatas nuevas, *gou-  
lash* alemán, queso, *sauerkraut*, pescado preparado de  
una forma u otra. Y siempre tres clases distintas de pan:  
pan blanco, pan integral, pan de centeno. Toneladas de  
mantequilla. Botes enormes de mermelada. De hecho,  
las raciones que les servían en cada comida eran lo bas-  
tante consistentes como para mantener a un picador de

piedra de siete pies de alto funcionando durante un mes.  
Cosa que a los campistas no les molestaba en absoluto.  
Incluso después de un desayuno escandaloso, cada uno  
tenía que llevarse uno o dos sándwiches tamaño mamut  
para el almuerzo de media mañana.

Comían hasta reventar.  
Oh, sí.  
Cerditos adolescentes mimados de  
Europa  
África  
Latino-América  
Oriente Medio...  
Habiéndose dado cuenta tan  
rápido como sólo los jóvenes son capaces  
de que quizás aquí en  
Baviera,  
junto al lento curso del Salz,  
nadie necesitaba su trabajo  
ni sus músculos, en todo caso.

Desde luego, no de ninguna de las formas que Sissie ha-  
bía conocido como voluntaria de INVOLOU:

Ayudar con sentimiento de satisfacción misionero  
a que un pueblo construyera una escuela,  
a excavar un nuevo pozo,  
transformar  
una carretera rural de séptima clase  
en una carretera rural de segunda clase...

Y cuando vuelves a pasar por allí,  
años más tarde,

te brota una ola de calor en el pecho  
cuando ves un nuevo  
mercado  
donde habías compartido un  
arroz *jolof*  
medio crudo  
escaso y  
sin carne.

Por todo el Tercer Mundo  
escuchas la misma historia:  
gobernantes  
dormidos frente a la realidad  
a todas horas...  
atentos solo a atesorar riquezas,  
que acumulan durante su coma  
por inyección intravenosa.

Así que  
ni siquiera sabrías que estaban  
comiendo si no fuera por algún  
resto de comida  
ocasional  
y chivato  
en torno a sus bocas.  
Y cuando les sacuden del sueño  
miran a su alrededor pasmados con  
ojos que no ven, meros  
sonámbulos en medio de una pesadilla.

De modo que  
no se hace nada en pueblos ni ciudades

si  
no hay voluntarios,  
locales y desalentados.  
Hay otras clases:  
importados,  
entusiastas,  
entrañable cooperación internacional  
que se llevará un billete de  
mil  
por cada caballo de potencia invertido.

A Sissie y a sus compañeros les exigían que estuvieran  
allí comiendo, riéndose, cantando, durmiendo y comien-  
do. Sobre todo, comiendo.

Así que  
comían hasta reventar  
con una cierta calma  
que sobrepasa todo entendimiento.

No sentían la menor necesidad de saber quién querría  
tenerlos allí todo el día comiendo. ¿Y por qué iban a sen-  
tirla? Aunque el mundo sea despiadado, es estupendo  
que te paguen por tener un orgasmo... ¿O no? Y, por su-  
puesto, después, cuando nos hayamos convertido en

diplomáticos  
profesores visitantes  
expertos locales en áreas sensibles  
o alguna otra mandanga similar

habremos perdido incluso la remota conciencia de que,  
para empezar, alguien nos había enviado una invitación.

Entretanto, todo lo que Sissie y sus compañeros tenían que hacer como tarea era trabajar en un vivero de pinos; cubrir las bases y los tallos de plantones de pino con turba o mantillo. Para protegerlos de las inminentes heladas del invierno. Los chicos cavaban y cargaban la turba en carretillas, las chicas la esparcían.

También había campesinas bávaras en el jardín. Mujeres de mediana edad. Al principio, los campistas no eran capaces de ubicarlas. Después se dieron cuenta de que trabajaban para no sé qué autoridad pública, y que, de hecho, los campistas estaban haciendo su trabajo. Este trabajo de proteger pinos con mantillo hacía que algunos de los campistas se sintieran incómodos. Especialmente los europeos. Dado que estaban acostumbrados a resultar inútiles en sus hogares de clase media, se habían apuntado a tareas de voluntariado internacional con la esperanza de llegar hasta las muchedumbres hambrientas de la tierra. Mala suerte, pero tenían amigos que ni siquiera habían podido salir de sus casas. Demasiado papeleo. Durante un tiempo, a algunos les habían hecho creer que irían, por lo menos, al sur de Italia. Pero aquí estaban ahora, al sur de Alemania, mimando a futuros árboles de Navidad...

Las señoras bávaras venían cada día a supervisar el trabajo de los voluntarios. O, para ser más exactos, sólo a pasar el rato con ellos, a su alrededor, dándoles conversación. Y cuando tenían la impresión de que *die schönkinder* se estaban tomando el trabajo demasiado en serio, se movían entre ellos y les daban unas palmaditas en la espalda, diciéndoles que se lo tomaran con calma.

Seguramente ellas sabían como hecho cierto lo que los voluntarios podían únicamente imaginar: que todo este trajín solo era una excusa para conseguir que las voces de los jóvenes del mundo sonaran despreocupadas entre los viejos bosques.

Después  
de cada experiencia traumática  
la Madre Tierra se recupera...  
Eso es verdad, sin duda,  
pero con cierto esfuerzo,  
desmoronada como está.  
No está mal si le echamos una mano  
de vez en cuando.

Las señoras bávaras vestían de negro: cada una de ellas, cada día.

Viudas  
viudas  
viudas todas...  
según lo aprendido después.  
La sangre de sus hombres jóvenes fue  
necesaria para mezclar el cemento con el que  
construir las paredes del  
Tercer Reich. Pero  
sus cimientos se derrumbaron antes de que las  
paredes  
estuvieran en pie.  
Dios Santo,  
Dios Santo,  
cómo me recuerda esto a los

Reyes Abome de Dahomey.

Por eso  
se preguntan,  
se preguntan, ¿si  
dejaran de plantar pinitos, acaso  
alguna otra cosa  
sembrada aquí,  
muchos, muchos años atrás,  
en estos bosques bávaros,  
BROTARÍA?

Marija fue a buscar a Sissie y la llevó a su casa, que resultó estar en la otra punta de la pequeña ciudad. La casa, un chalecito nuevo, era la última en una hilera de chalecitos nuevos, hermosamente revestida por la abundancia veraniega de las trepadoras.

Como todas las demás, tenía un pequeño patio trasero donde Sissie vio distintos tipos de verduras creciendo. Reconoció a un viejo amigo. El tomate. Aunque con su uniformidad y su tamaño, estos tomates parecían extraños frutos exóticos. Exuberantes, de color carmesí, perfeccionados.

En todo caso, había frutales de verdad en el jardín. Sissie le pidió a Marija que caminara con ella mientras trataba de identificar las manzanas, las peras, las ciruelas, con la cabeza puesta en las ilustraciones de los libros de texto de su país.

Paisajes conocidos  
territorios familiares  
pampas de Australia,  
estepas de Eurasia,

praderas de América

*Koumis*  
coníferas  
nieve.

Aunque allí afuera, bajo el sol africano,  
árboles gigantes crecían durante siglos,  
pequeñas plantas  
floreceían y  
morían  
sin ser mencionadas  
en los libros de geografía.

Entraron dentro, se sentaron, charlaron sobre esto y lo otro y al final tomaron un café con galletas.

Marija no quería que Sissie se fuera pronto. Le dijo que el turno del Adolf Mayor duraba todo el día y parte de la noche. Así que no tenía que hacer la cena. Podía apañar algo para que comieran las dos juntas. Había queso, salchichas, frutas y, sí, sí, algo de carne fría...

—¿Carne?

—¿Embutido, no?

—Ah, sí...

Sí, el Adolf Mayor vendría a casa, por supuesto, pero tarde, muy tarde, y tan cansado que con toda seguridad no comería nada. No habían terminado de pagar el chalecito nuevo, le informó Marija a Sissie, así que el Adolf Mayor tenía que hacer horas extra, muchas horas extra.

Cuando Sissie consiguió convencer a Marija de que tenía que volver al albergue, Marija sacó inmediatamente

dos bolsas de papel marrón llenas de manzanas, peras, tomates y ciruelas.

Pero  
las ciruelas.  
¡Qué ciruelas!  
¡Vaya ciruelas!

Sissie nunca había visto ciruelas antes de venir a Alemania. No, nunca había visto las ciruelas de verdad, frescas. Ciruelas secas, sí. Secas, hervidas, edulcoradas y enlatadas...

Bendigamos al Señor por todas las cosas muertas.

Primer plato:  
sopa de crema de espárragos  
treinta meses en una lata de  
aluminio.

Segundo plato:  
pollo *moriturus* con  
curry prefabricado de  
Shepherds Bush.

Y puesto que estamos aprendiendo a tomar  
postres —auténtica señal de una clase acomodada—,  
ciruelas enlatadas  
peras enlatadas  
manzanas enlatadas  
albaricoques  
cerezas.

Hermano,  
la lógica interna es superguay:

la única forma de terminar con un buitre  
cultural  
es alimentarlo siempre con carroña.

No puedes alcanzar los objetivos  
moribundos de una  
educación temeraria usando  
fuerzas vivas.

Por lo tanto, dado que  
«los fantasmas se conocen entre sí»,  
el Dr. Aborto Intelectual  
—con toda la razón—

puede dejarse la piel reclutando  
cadáveres académicos de Europa.  
Arrugados como pasas con la edad o  
formato estándar.

Al igual que las manzanas, los albaricoques y otros frutos de las zonas mediterráneas y templadas, Sissie había visto las ciruelas por primera vez en Frankfort. En las siguientes semanas, iba a verlas a montones en cualquier sitio al que fuera, a lo largo y ancho de Alemania. Era pleno verano, y los puestos callejeros estaban rebosantes. Había decidido que, mientras fueran frutas, le gustaban todas, aunque sus dos amores iban a ser las ciruelas y las peras. Se atiborraba de ambas. Así que tenía buenas razones para estar fascinada con las ciruelas de Marija. Tenían un tamaño, un brillo y una succulencia que no había visto en ninguna otra parte en esas tierras extranjeras. Y que, aunque entonces no lo sabía, no iba a volver a ver. Porque de lo que no se daba cuenta tampoco

era de que esas ciruelas bávaras le debían su gloria a sus ojos y a su boca, no solamente a aquella hermosa tierra negra bávara, sino a otras cualidades que ella tenía en ese momento preciso:

juventud  
paz de espíritu  
sensación de libertad:  
saber que eres un artículo precioso  
ser  
amada.

Así que Nuestra Hermana estaba sentada, con su lengua acariciando las ciruelas cuyo color de piel era casi como el suyo, mientras Marija le explicaba que las había elegido especialmente para ella, del único ciruelo del jardín.

A lo largo de los siguientes días, Marija fue al castillo todas las tardes a las cinco en punto para llevar a Sissie a dar una vuelta. Evitaban las calles más transitadas y se daban un paseo por el parque con el Pequeño Adolf antes de ir a casa. Algunas veces se sentaban a hablar. O, más bien, Marija hacía unas cuantas preguntas mientras que Sissie, en respuesta, le contaba a Marija cosas sobre su

país enloquecido y su  
aún más enloquecido continente.

Otras veces, sencillamente se sentaban una al lado de la otra, cada una sumida en sus propios pensamientos. De vez en cuando, una miraba a la otra. Si se cruzaban las miradas, sonreían. Al final de cada día, ella volvía al castillo un poco más tarde que el día anterior. Y siem-

pre más cargada. Porque siempre había un par de bolsas marrones de papel llenas de *delicatessen*, frutas y ciruelas. Siempre, siempre había ciruelas. Sissie se dio cuenta de que Marija las recolectaba con veinticuatro horas de antelación y las metía por la noche en una bolsa de plástico; era un proceso que suavizaba las ciruelas, y las libraba del sabor pungente que tenían recién cogidas, conservando una dulzura reconfortante.

Sí,  
el trabajo es el amor hecho visible.

Así que Nuestra Hermana pasó a ser conocida entre sus colegas campistas como la-que-trae-golosinas-por-la-noche.

La cena era a las siete. Y con la cantidad que ponían, su pesadez y sin ninguna actividad que practicar después salvo cantar canciones y rapear, la mayor parte de los campistas estaban dispuestos a retirarse temprano a la cama. Salvo que el entorno era ideal para interrumpir el sueño. Porque ¿quién puede imaginarse una mejor inspiración para el amor adolescente, al estilo europeo, que

un antiguo castillo en ruinas al borde de un  
nemoroso bosque de pinos, a la  
orilla de un río que fluye suavemente y que  
brilla plateado  
al sol del  
atardecer?

Así que había mucho entrelazamiento de manos y muchos besos húmedos a lo largo de los ancestrales pasillos empedrados. Miradas embelesadas a los reflujos plateados del río.

Por supuesto que las promesas hechas no iban a mantenerse. Pero ¿qué más da?

El amor siempre es mejor si está  
condenado de antemano...  
si Sonja Simonian, judía,  
segunda generación de inmigrantes de  
Armenia a Jerusalén  
se enamora de Ahmed Mahmoud bin  
Jabir de Argelia...  
¿quién se atreve entonces a tener alguna  
esperanza? ¿O a no tenerla?

A otros, el enorme romanticismo de la escenografía les era indiferente. La mayor parte de las compañeras de habitación de Sissie eran unas crías. Sin embargo, incluso ellas la esperaban despiertas. Se metían en sus literas, pero hacían peleas de almohadas mientras esperaban a que ella llegara, una hora o así antes de la medianoche. Tampoco esto tenía nada de extraño, puesto que en la mitad del verano los días son muy largos.

Tan pronto como la escuchaban acercarse, saltaban de la cama y gritaban:

—¡Ciruelas!

Chillando y aullando como cachorrillas, saltaban sobre ella, le quitaban las inevitables bolsas de papel marrón y devoraban sus contenidos. Y nadie se acostaba hasta que la última ciruela había desaparecido.

Estaba Gertie de Bonn, la libre y despreocupada Gertie...

Jayne de East Putney, Londres, cuya madre dejó muerta a Sissie con un:

—Chica, Jayne ja estao fuera tol día...

Nuestra pobre Hermana, cuya lengua sus profesores, nacidos y educados en Gran Bretaña, habían dedicado horas a moldear en torno a las esquinas y los rincones del inglés de la reina...

Marilyn. Una tarde llevó a Sissie de visita a su Escuela Normal. En alguna parte en los suburbios de Londres. Y la primera cosa que hizo fue mostrarle a Sissie la única chica negra del campus. Con el triunfo escrito en su cara.

Ocurre todo el tiempo.

A los nueve una muñequita.

A los dieciocho una monada.

¿Qué serás a los  
treinta?

Un perro entre humanos,  
el más humano de todos los  
perros.

Papá es el Ministro de Educación  
de mi país. Sabe dónde conseguir  
calidad, así que la  
educación y otras cosas  
esenciales las encarga directamente a  
Europa. Y ciertamente, es  
mejor ir allí a  
buscarlas.

Nos matriculó a los  
seis meses.  
Ya sabes, nunca es  
demasiado pronto para redimirnos...

En la Baja Baviera, Sissie congregaba multitudes. Parecía que cualquier actividad organizada por los voluntarios se convertía inmediatamente en un éxito si ella estaba presente.

Y es que, para aquellos nativos, la mera presencia de la chica africana era todo un fenómeno.

Algunos de ellos se habían cruzado con algún negro en sus escasos viajes a Múnich. Negros que, ya fueran soldados americanos de las bases de la OTAN o estudiantes africanos, siempre eran hombres y hablaban alemán fluidamente. Y, por tanto, no eran tan exóticos.

Mientras que Nuestra Hermana no sólo era mujer, sino que no hablaba ni una palabra de alemán. Habían oído que hablaba perfectamente en inglés, pero eso no cambiaba nada. Puede que el inglés fuera una lengua conocida, pero ni lo hablaban ni lo entendían...

Pero la señorita africana, ah... h... h... mira su vestido. Qué preciosidad. Y la señalaban con el dedo, apuntando a su sonrisa. A su nariz. A sus labios. Les brillaban los ojos, y no suponían que ella pudiera sentirse incómoda.

Igual que tú y yo,  
hermano,  
nos quedaremos impresionados con la  
Aeronáutica y semejantes

acrobacias cuando  
nos traigan a un  
marciano vivito y coleando o a un  
hombre de la Luna peludo y con  
diez ojos...

Y entretanto ¿quién era esta Marija Sommer que estaba monopolizando a esa rareza que provocaba tanto regocijo por el mero hecho de existir? ¿Una amita de casa casada con un obrero de una fábrica?

Y echaban humo.

Estaban hechos una furia. Los últimos descendientes de la antigua aristocracia y los típicos lameculos de la aristocracia, el pastor, el burgomaestre y el maestro... Unidos a los últimos recién llegados.

Los primeros de los nuevos habían llegado con la Construcción Nacional de la pre-guerra, que había duplicado el tamaño del pueblo original. Porque decían que en esos bosques atávicos, el Líder había construido una de esas enormes fábricas químicas al servicio del Imperio. Decían que en esos inmensos laboratorios se hacían experimentos con plantas, con animales y con seres humanos. Pero especialmente con seres humanos, algo que sólo con escucharlo haría que cualquiera se meara encima, y verlo sería suficiente para estar gritando en sueños durante un año por lo menos.

Después de la guerra, transformaron la estructura en otra planta química para producir analgésicos. Y llegó más gente al pueblo. Y, con la gente, más servicios sociales, y sus jefes respectivos. La mayor parte de esos jefes, especialmente los que tenían cualquier cosa que ver con

el dinero, se consideraban lo bastante importantes como para estar en el candelerero.

Así es que ¿cómo era posible que no fueran ellos o sus esposas quienes escoltaran a la señorita africana? ¡Tiene que haber algo raro en esta Marija Sommer!

¿Por qué está siempre de paseo con la chica negra?, preguntó el director de la sucursal del banco.

Sommer no habla inglés y la africana no habla alemán. Así que ¿quién hace de intérprete?, preguntó el encargado de un supermercado.

¿Y de qué hablarán entre ellas?, preguntó un agente de seguros.

¡No debería llevarla a su casa todos los días!

¡Tiene que estar volviéndose loca!

Es una perversión.

¡ALGUIEN TIENE QUE DECÍRSELO AL MARIDO!

Y los vecinos de Marija alcanzaron notoriedad de un día para otro. ¿Acaso no eran ellos los que estaban más cerca del drama? Y, por una vez en su vida, las tardes tenían sentido para ellos, mientras se sentaban a espiar lo que ocurría entre las dos mujeres. Unos cuantos encontraban invariablemente una disculpa para ir a visitar a Marija cuando sabían que Sissie estaba allí y, sin embargo, aparentaban que no venían por ella. Después, escondidos detrás de su idioma, asaltaban a Marija con preguntas, se quedaban más tiempo del que incluso para ellos mismos resultaba razonable, y al fin las dejaban solas, cuando les parecía que quedarse más tiempo hubiera resultado de todo punto excesivo.

Y, entretanto, Marija le contaba a Sissie que gente a la que ni siquiera recordaba vagamente haber conocido

jamás la saludaba por la calle y se paraba a hacerle preguntas íntimas como si fueran amigos de toda la vida. Marija nunca perdía la calma.

Pero algo del jaleo terminó por afectar a Marija, así que al final las dos mujeres decidieron retrasar sus citas un par de horas.

Eso mejoró levemente las cosas. Se hacía de noche tarde, puesto que era verano y los días eran muy largos. Sin embargo, a última hora de la tarde las criaturas humanas respondían al cansancio de sus cuerpos y sucumbían al agotamiento. A las ocho de la tarde, las actividades del día habían terminado, dando paso a las de la noche. La calle principal estaba desierta y la escalofriante tranquilidad de la noche envolvía los habitáculos humanos, aunque todavía brillaba el sol.

Marija estaba rara la primera vez que vino a buscar a Sissie al atardecer. Le brillaban los ojos de una manera que a la chica africana le habría resultado inquietante si la sonrisa que siempre le estaba bailando en los labios no hubiera estado allí tan obviamente presente. Estaba roja y acalorada. Sissie podía sentir su calor.

Y siempre había ciertas formalidades que cumplir antes de que Sissie saliera del albergue. Como buscar a uno de los responsables para avisarle de que se iba. Y también firmar en la recepción.

Esa tarde, las cosas fueron un poco más complicadas de lo normal. Al responsable le pareció que era un poco tarde para salir, y la recepcionista les puso muy claro que salir a esas horas iba contra las reglas.

Sissie se quedó de pie con ojitos de cordero degollado mientras Marija discutía con ellos en su lengua y sólo conseguía irritarlos todavía más.

La recepcionista se mantenía inamovible. Al final, el responsable del camping se rindió y le explicó a la recepcionista que, a pesar de las normas, no podían negarle nada a la señorita africana.

Ya en la calle, Marija soltó un suspiro de alivio, y dijo que no hubiera podido soportarlo si no hubieran permitido a Sissie acompañarla a su casa.

Nuestra Hermana no dijo nada al respecto. Lo que pensó fue que la situación tampoco era como para crear semejante pánico. Por su parte, ella habría vuelto con sus compañeros, y hubieran quedado más temprano al día siguiente.

—Eztoy tan contenta de que hoy fayamoz a caza, Zizzie —insistió Marija.

—Yo también —asintió Sissie.

Soplaba una brisa suave. El río era gris oscuro en la semi-penumbra, y sus olas golpeteaban silenciosamente contra la piedra y el cemento del embarcadero. Era una de esas extrañas ocasiones en las que te sientes segura, como si toda la realidad estuviera hecha de lo que puede verse, olerse, tocarse y explicarse.

—Zizzie —empezó Marija con esa forma particular que tenía de pronunciar el nombre. Como si estuviera haciendo un esfuerzo especial para que su musicalidad no muriese demasiado pronto, sino que se extendiera en la lejanía.

—¿Sí, Marija? —respondió ella.

—Te he hecho un pazel.

—M-m-m... —ronroneó Nuestra Hermana, fingiendo más entusiasmo ante la noticia del que realmente sentía.

De hecho, se estaba sintiendo incómoda.

Ya había engordado como cinco kilos desde que había llegado a ese país. Y por tanto, ya no era capaz de sentir ningún éxtasis ante la idea de que hubieran hecho en su honor cualquier clase de pastel. Incluso aunque sólo fuera una chiquilla africana inconsciente.

¿Quién no sabe que la  
gordura y la  
fealdad son lo  
mismo, una  
invitación para una u otra  
enfermedad coronaria?  
¿Que, en cualquier caso, los  
carbohidratos debilitan?

Además, Hermana,  
si quieres creerte a los  
hermanos  
diciéndote que  
les gustan las  
gordas,  
piensa en las  
formas de  
las mujeres con las que se  
casan.

¡Qué  
delgadas!

¡Qué

extremadamente  
delgadas!

—Ez un plumcake —siguió Marija.

—Ah-h-h. —Nuestra Hermana gimió suavemente. De pura angustia. ¿Acaso no sabía que los pasteles que hacían los nativos de aquel país eran muy dulces, y a ella no le gustaba demasiado el dulce?

Siguieron caminando. Felices en ese momento por el mero hecho de estar vivas. Pero enseguida se cruzaron con un anciano y una anciana, que se pararon en seco. Dos pares de ojos saliéndose de sus órbitas. El anciano hablando en su idioma. Muchas palabras. Señalando primero a su brazo, después al brazo de Sissie, después al suyo, después al de ella, de nuevo al suyo y otra vez al de Sissie. El pobre anciano sin aliento y sudando. La anciana hablando angustiosamente en su idioma. Muchas palabras. Marija sonriendo, sonriendo, sonriendo. Sissie pidiéndole a Marija una explicación de lo que estaba pasando. Marija poniéndose R-O-J-A. Marija ruborizándose pero negándose a responder a la pregunta de Sissie.

Sí, Mi Hermana,  
algunas cosas que de  
verdad  
nos ocurren en nuestros vagabundeos son más  
graciosas que los  
chistes de viajes.

Siguieron caminando. A lo largo de la principal circunvalación de la ciudad. Habían perdido la alegría interior, demasiado conscientes de las tristes formas de los hombres.

¿Quién era Marija Sommer?

Una hija de la autoproclamada  
dinastía más real de la humanidad,  
la Casa de los Arios...  
heredera de algún  
legado que te haría inclinar  
reverencialmente la  
cabeza de  
vergüenza y  
llorar.

¿Y Nuestra Hermana?

Una insignificante  
mujer  
africana que,  
si las cosas hubieran salido como debían,  
y el Tiempo no tuviera un modo de  
dilapidar los sueños de los  
hombres, no  
hubiera  
estado aquí,  
pisando el mismo suelo  
que habían pisado los pies del  
Führer...  
*¡A-C-H-T-U-N-G!*

Llegaron a casa de Marija. Y en ese momento Sissie se dio cuenta de que el Pequeño Adolf no estaba con ellas.

—¿Dónde está el Pequeño Adolf, Marija?

—En caza, durmiendo...

—Claro, claro —se dijo Sissie a sí misma. Se había acordado de que era mucho más tarde que una hora prudente para sacar a un bebé a la calle. Marija seguía hablando.

—Quería que eztufiéramos zolaz. Quería haflar contigo... Ya zafez, Zizzie, a fecez una quiere ezta zola. Incluzo zin el niño al que una quiere tanto. Zolo un ratito... ¿ez posible?

Terminó con incertidumbre, mirando a Sissie, que no tenía un niño, como buscando aprobación. Reafirmación. Que no estaba pronunciando una blasfemia.

Es una  
herejía.

En  
África  
en Europa  
en cualquier sitio.

Ésta no es una  
frase que pueda salir de los labios de una  
buena madre.

¡Toca madera!

Sissie estaba callada. Pensando que no sabía nada acerca de bebés. Pero, en todo caso, ¿no estaba Marija sola demasiado a menudo?

No obstante,  
¿quién dijo que  
estar sola no es como  
estar  
sola?

Entraron en la casa. Estaba como siempre, muy silenciosa. Giraron desde la puerta hasta la cocina, que también parecía ser una especie de salita de estar. Era amplia y cómoda.

—Ziéntate, Zizzie.

Las sillas eran una cosa modernista de metacrilato. Y dos de ellas estaban colocadas amigablemente juntas, como si Marija lo hubiera planificado de esa forma. Sissie se sentó en una de ellas.

Marija le quitó de las manos el jersey que llevaba con ella, aunque el día había sido muy cálido. Porque a Nuestra Hermana parecía no importarle lo cálidos que fueran los días. No podía fiarse de este clima que cambiaba tan a menudo y de forma tan violenta, acostumbrada como estaba a la eterna promesa de un calor tropical.

Marija le preguntó si le apetecía un café.

Sissie dijo que no, no de momento. Pero ¿un vaso de agua? Sissie se había dado cuenta de que, por alguna extraña razón, la petición de un vaso de agua siempre asombraba a sus anfitriones y anfitrionas, sin importar en qué parte del país estuviera. En cualquier caso, se diría que ellos nunca bebían agua.

—Zí —dijo Marija— ¿pero no preferiríaz un zumo de arándanoz?

Eran del jardín de su madre, los arándanos. Muchos, muchísimos. Y cada verano, desde que era pequeña, le encantaba hacer conservas de arándanos: hacerlos mermelada, embotellar su zumo. Y seguía yendo a su casa a echar una mano. O más bien iba para disfrutar del placer, de la belleza, de la felicidad del tiempo de la cosecha:

de estar con mucha gente, con la familia. Trabajar en equipo. Si la hubiera conocido antes, hubiera llevado a Sissie aquel año a casa por la cosecha. No estaba lejos. Su casa. Estaba segura de que a su madre le hubiera encantado Sissie.

Sissie disfrutaba de la bebida a pequeños sorbos... Marija le preguntó si quería ver al Pequeño Adolf. Sissie dijo que sí, y se puso de pie. Pero Marija le dijo que podía terminarse el zumo. Después, irían arriba a ver al Pequeño Adolf, y ¿quizás Sissie querría que le enseñara el piso de arriba, ya que siempre se habían quedado abajo?

Sissie asintió. Después siguió diciendo lo guapo que le parecía el niño. La madre sonrió, encantada. Ya le había dicho a Sissie que Adolf iba a ser su único hijo. Había habido complicaciones en el parto, y *Herr Doktor* le había aconsejado que no intentara tener otro niño. Podría ser peligroso para ella. Y con una sonrisa todavía más amplia, le dijo que ya que Adolf iba a ser su único hijo, estaba encantada de que fuera un niño.

Cualquier buena mujer  
en sus cabales  
con sus oportunidades  
diría lo  
mismo.

En Asia,  
en Europa,  
en cualquier parte.

Porque  
aquí bajo el sol

ser mujer  
no ha sido  
no puede ser  
nunca será un  
juego de niños.

Según lo aprendido después.

Así que ¿por qué lanzarle una maldición a tu bebé deseando que sea una niña?

Además, Hermana Mía,  
las filas de los condenados están  
llenas,  
están llenas.

Ahora Marija estaba diciendo que sentía tanto, tanto, no poder tener la esperanza de visitar a Sissie en África. Pero rezaba para que el Pequeño Adolf pudiera ir allí algún día, quizás.

Y siempre estará  
SURÁFRICA  
y  
RHODESIA,  
¿no?

—¿Zizzie?

—¿Sí, Marija?

—Tú fienez de África. Y ezo ez maravillozo. Muy alucinante. Y tú fiajaz mucho. ¿Y dónde máz dicez que haz eztado?

—En Nigeria.

—¿Ah, zí?

—Sí.

—Niigeria. Ah, Nii-ge-ria. ¿Dónde eztufizte en Nigeria?  
Sissie abrió la boca para responderle. Pero al parecer  
había otra cosa que Marija quería saber antes.

—Nii-ge-ria. ¿Cómo ez Niigeria?

—Oh, como mi país. Sólo que más grande. O más bien  
tiene, en grande, todo lo que tiene mi país.

Sissie le dijo a Marija que siempre aconsejaba a sus  
amigos extranjeros que, si sólo podían visitar un país en  
África, fueran a Nigeria.

A Marija le sorprendió que Sissie sonara tan poco pa-  
triótica.

—¿Por qué, Zizzie?

Nuestra Hermana trató de explicarse. Que, desde su pun-  
to de vista, Nigeria no sólo tenía todas las características  
de cualquier otro país africano, sino que presentaba esas  
características de forma mucho más clara. Así pues, ¿qué  
sentido tenía aconsejar a un amigo que viera una versión en  
miniatura de las cosas, cuando podía verlas a tamaño real?

Nigeria.

Nigeria de nuestros amores

Nigeria de nuestros pesares.

De los hijos de África

su imagen y semejanza...

Oh, Nigeria,

más de lo que somos cualquiera de nosotros,

más de nuestro calor,

nuestra ingenuidad

nuestra humanidad

nuestra bestialidad

nuestra fealdad

nuestra riqueza

nuestra belleza.

Un gran espejo para  
nuestros problemas  
nuestras tragedias.  
nuestras glorias.

*Mon ami,*

las peleas domésticas en

África se convierten en una

GUERRA en

Nigeria.

—¿Y Ghana?

—Ghana?

¿Ghana?

Sólo un pedacito de  
hermoso territorio en

África... La

grandeza la rondó

una vez.

Pero no tenía ojos para ver.

Eso fue hace mucho tiempo...

Ahora recoge migajas de

alimentos sin digerir del

vertedero del mundo industrializado...

Ay, Ghana.

Sissie tuvo un escalofrío.

—¿Qué te paza?

—Me estoy quedando fría.  
—Te traigo el jersey, ¿quieres?  
—No, no es el aire lo que me enfría. Enseguida se me pasa.  
—¿Haz eztado en otroz zitioz en África?  
—Sí.  
—¿Dónde?  
—Alto Volta.  
—¿Y dónde eztá Alto Folta?  
—Justo encima de Ghana.  
—¿Y a qué fuizte?  
—A hacer turismo.  
Marija se rió.  
—¿También Alto Folta ez fonito?  
—Sí —dijo Sissie—. Pero más pobre, más seco y más triste.  
—¿Ja?  
—Ja.

No sabía que había pensado eso en aquel momento.  
Lo sabría más tarde.

La Biblia habla del  
desierto.  
Que tus ojos vean  
Alto Volta, hermano mío.  
Tierra seca. Espinos. Piedras.

La carretera desde la frontera de Ghana hasta  
Ouagadougou era  
¡invisible!

Los franceses, con su  
característico desprecio y  
casi  
infantil sentido de la  
perfidia habían alquitranado,  
mucho tiempo atrás, dos  
estrechas rodadas de tierra  
para los vehículos a motor.  
Cada una del ancho de un  
neumático.

Resultado: cuando dos vehículos se cruzaban, ambos tenían que salirse de las franjas alquitranadas al polvo y las piedras, o al barro y las piedras, según la estación del año. Tres amigos las recorrieron en un momento en que no había diferencia ninguna entre las franjas y el resto. Las primeras, llenas de socavones mortales, y el resto, únicamente un pantano interminable. Según avanzaban, el coche cayó en un socavón y se incendió. Les salvó la suerte. Porque entre los tres, lo único que sabían de coches era cómo quitar una rueda para arreglar un pinchazo, y punto. Pero moviéndose a ciegas entre el humo, el más listo de todos tiró de algunos cables y el humo se terminó. Estaban en el medio de la nada, así que todo lo que podían hacer era sentarse en la cuneta a esperar ayuda. A la sazón apareció un francés. Los amigos le preguntaron cómo era posible que un país consintiera que su carretera internacional estuviera en tal estado muchos años después de la independencia.

—El Presidente en persona la usa a diario —dijo el francés. Se encogió de hombros y se largó.

Una asquerosa y repetitiva historia.  
Pobre Alto Volta también.

Hay países más  
ricos, mucho más  
ricos en este continente  
donde  
problemas nacionales mucho más  
graves  
siguen siendo  
invisibles, mientras que los  
grandes hombres viven sus  
grandes vidas  
dentro de sus fronteras...

Al final, los tres amigos llegaron a una pequeña ciudad provinciana francesa llamada Ouagadougou. En la que, entre el calor del Sáhara y el calor del Ecuador, colgaban algodón de las ventanas para simular la nieve, porque era Navidad.

También hemos oído hablar,  
¿a que sí? De países  
en África donde  
llueven desde Europa  
esposas de presidentes.  
Y traen a sus hermanos o... sabe Dios  
para gestionar la  
economía.  
Una idea excelente...  
¿cómo podría un negro  
de mierda

gestionar nada  
sin que expertas manos blancas  
le tengan bien apretados los cojones  
y el bolsillo?

Y los Presidentes y sus  
Primeras Damas  
gobiernan desde el Norte  
Provenza, Génova, Milán...  
y vuelven al sur,  
a África  
una vez al año  
de vacaciones.

Y entretanto...  
¡Mira!

En las capitales  
ex convictos de prisiones  
europeas conducen los autobuses  
urbanos, y  
trabajadores de la construcción  
negros  
sudan bajo el sol tropical, construyendo  
pistas de patinaje sobre hielo  
para la Gente Guapa...  
mientras otros negros de mierda  
les observan con miradas vacuas  
o  
se revientan escupiendo sus pulmones.

EXACTAMENTE IGUAL QUE EN LOS BUENOS  
TIEMPOS ANTES DE LA INDEPENDENCIA.

Sólo que el  
presente es  
muchíiiiisimo  
mejor.  
Porque  
en estos tiempos gloriosos en los que  
analfabetos tuberculares  
le arrancan a la tierra ñames  
con manos sangrantes,  
ministros que beben champán  
a pequeños sorbos  
firman  
concesiones de  
minerales y maderas nobles, a cambio  
de trigo amarillo que el  
pueblo no puede comer.  
Y por la tarde,  
las esposas conducen Mercedes-Benz  
hasta la peluquería, preparándose  
para la ocasión de cada noche,  
mientras en el mercado  
los buenos ñames se pudren  
por falta de transporte y  
los pocos que lo hacen salen en barcos  
al extranjero  
a cambio de unos pocos céntimos  
para convertirse en  
lindos objetos decorativos  
en mesas de lujo.

Tenemos que cantar y bailar,  
porque algunos africanos han triunfado.  
LA EDUCACIÓN RESULTA HOY EN DÍA  
DEMASIADO CARA. EL PAÍS NO SE PUEDE  
PERMITIR QUE SEA GRATIS  
PARA TODO EL MUNDO.  
¡Dios bendito!  
¿Y qué hacemos entonces  
con los niños que no pueden ir a la escuela  
cuando  
nuestros representantes e intérpretes,  
los académicos mediocres  
y los políticos de pacotilla  
se lo pasan divinamente  
sonriendo en fiestas de cóctel  
y en torno a mesas de conferencias?  
Pero al menos ellos han triunfado, ¿no?  
No,  
el hombre no vive sólo  
de *gari* y *ugali*...  
Por tanto no debemos quejarnos  
por los viajes carísimos a  
«Niversidades» extranjeras en las que  
los doctorados Honoris Causa  
llegan acompañados por el té de la tarde,  
y por esponjosos dulces sajones  
servidos por damas aún más dulces.

Ni nos importa  
que cuando vuelven a casa  
después de haber hipotecado el país  
para mil y un años  
de vivir a nuestra costa  
con barcos capitalistas y aviones fascistas  
nos  
digan  
que  
el agua de sus pozos sépticos  
es mejor que la que beben los  
campesinos...

Oh, gloria.  
Mientras que pescadores sanos  
mueren de  
cólera, el resto,  
bajo tejados con goteras y callejones oscuros,  
tienen que tocar el tambor,  
y cantar  
y bailar  
con alborozo

en este año del aniversario del cerdo metálico  
porque  
es puro éxtasis  
el morir a manos de un  
hermano  
que  
triunfó  
...

Ahora nos cuentan que la carretera a Ouagadougou  
es de primera clase,  
construida por los que saben dónde conviene  
sembrar  
—incluso en un desierto—  
para recoger  
un millón de veces lo sembrado.

—¿Y ahora haz fenido a Alemania? —preguntó Marija.

—Sí —respondió Nuestra Hermana.

Pero antes de Baviera había pasado por Francia, Bélgica, los Países Bajos. Un día en Salzburgo, seis en los dos Berlines.

Berlín Oeste...  
tan escandaloso como  
una puta que quiere hacerse notar  
en una fiesta salvaje  
a bordo de un barco  
que se hunde,  
Berlín Este,  
silencioso como una casa embrujada  
un domingo por la tarde.

Con sus gustos neutrales, a Sissie no le convenció ni el uno ni el otro.

—Zizzie, ¿quién paga tu fiaje?

—Marija, hubo un tiempo en el que estaba de moda ser africano. Y compensaba ser un estudiante africano. Y si eras un estudiante africano con ganas de conocer mundo, viajabas.

Movimientos de Jóvenes Cristianos  
Movimientos de Jóvenes Musulmanes  
La Conferencia de las Juventudes No-creyentes  
Los Comités Coordinados de Estudiantes  
del Mundo Libre,  
La Primera Internacional  
de las Juventudes Socialistas,  
Campamentos Internacionales  
para Estudiantes no-alineados...

«Es un dinero bien empleado.  
No es culpa de nadie el que no sepan emplear  
sus inmensos recursos naturales.

Pero antes...

hay que inclinarse ante sus líderes  
hoy y mañana.

Y es lo correcto  
asegurarse de que  
uno o dos de sus rostros bronceados  
adornen los discursos banales y las resoluciones...

Sabemos  
lo que  
queremos:  
también las aerolíneas dejan un pequeño beneficio».

Y algunos nos paramos a pensar  
cuánto tiempo duraría todo esto.

Marija tenía los ojos rojos. Estaba diciendo que desde  
que había conocido a Sissie le hubiera gustado estar

mejor educada y haber viajado por ahí... No como una  
turista cualquiera. Sissie le dijo que lo sentía. Marija no  
quería compasión, y sonrió, y dijo que estaba muy bien  
pensar que el Pequeño Adolf iría a la universidad, viajaría  
y volvería para contarle cosas de sus viajes.

—Sí —dijo Sissie.

Y se acordó de su madre,  
a la que le enviaba cartas  
con versiones ampliamente purgadas  
de sus viajes.

¿Cartas?

Una por viaje, aunque el viaje dure  
toda la vida.

Se sentaron, y el tiempo iba pasando. El falso atardecer  
había dado paso a la noche cerrada. La noche había traído  
sus regalos de silencio y pesadez, haciendo que nos  
preguntáramos cuál era nuestro papel en todo esto.

Inconscientemente, Sissie había estado con la mirada  
gacha, sin percatarse de que Marija la observaba todo el  
rato. Cuando Sissie levantó la cabeza y sus ojos se cru-  
zaron, la sangre se agolpó en la cara de Marija. Comple-  
tamente roja.

Sissie se sintió abochornada, sin saber el porqué. La  
atmósfera cambió.

Alguna vez, al principio de su amistad, Sissie había  
pensado, mientras caminaban por el parque, en la estu-  
penda historia de amor que hubieran vivido si una de las  
dos hubiera sido un hombre.

Particularmente si ella, Sissie, hubiera sido un hom-  
bre. Se había imaginado a sí misma saboreando las lá-

grimas, la angustia de saber que su amor era imposible. Pero se hubieran hecho mutuamente promesas que no tendrían la menor oportunidad de cumplirse. Veía las lágrimas de Marija...

Eso era un juego. Un juego en el que un día se vio tan metida que se olvidó de que era una mujer. En su imaginación, era un muchacho negro de esos que se enrollan con chicas blancas en Europa. Pero recordando alguna de las historias que le habían contado le dio un escalofrío, de puro horror.

Primer mandamiento:

la invitada no debe comer sopa de nuez de palma.  
Demasiado íntima, demasiado pesada.

Pero mis hermanos no lo saben,  
o si lo saben, lo olvidan.

¿Ah, sí?

¿Acaso hay  
excepciones,  
hermosas excepciones,  
maravillosos triunfos del amor?

¿Y el resto?

Guardo luto por  
las cabezas negras perdidas.  
Por cualquier cabeza negra perdida.  
Porque  
un sastre para pobres  
no se puede permitir el lujo de tirar sus  
retales.

Hermosos cuerpos negros  
que se transforman en cadáveres de elefantes grises,  
tirados como basura por todo el mundo occidental,  
arrojados a las vías del tren para que los  
expresos de media noche  
terminen de destrozarlos...  
regalados a los ríos helados  
enterrados entre espesuras y nieve  
capados.

Marija le dijo bajito:

—¿Quierez comer algo ahora, Zizzie?

—No, no tengo hambre. Y es muy tarde, creo que tengo que volver a casa.

—Yo tampoco eztoy con hamfre. Pero dijiste que querías fer al Pequeño Adolf, ¿no? Y te enzeño la parte de arrifa...

—Okey —dijo Sissie, regresando desde su tristeza a un mundo en el que la necesidad de pagar hipotecas e irse de vacaciones mantenía vacías las habitaciones nupciales para que pudieran ser inspeccionadas por los extraños.

Se pusieron de pie y se estiraron. A medida que iban subiendo la escalera, a Sissie se le escapaba toda la parafernalia moderna del siglo XX. De hecho, con la oscuridad de la noche le parecía que no estaba ascendiendo, sino descendiendo a alguna caverna primitiva. Un giro a la derecha, un giro a la izquierda, otra vez a la derecha, y ¡asómbrate!

Sissie soltó un silbido.

«La que silba es una puta  
o una bruja»,  
decían los ancianos.

Sissie soltó un silbido.

Ofendiendo a dioses que no  
conocía más que de oídas.

Parecía que la habitación hubiera sido recortada a partir de una roca gigantesca en la mente del arquitecto. Era todo triángulos y esquinas que desaparecían. Paredes blancas. Una cama blanca gigante, hecha con cuidado, esperando a que la usaran.

Habla bajo.

Pisa sin hacer ruido.

Es un lugar sagrado.

Un santuario para sueños amortajados.

De hecho, Sissie sentía que no tenía ningún derecho a estar allí. ¿Y Marija? A Sissie le resultaba imposible identificarla con el dormitorio desierto, o con su sencilla elegancia funeraria. Pero de todos modos allí estaba, moviéndose en silencio, esta Marija extraña, tocando esto y lo otro, como si también fuera la primera vez que ella entraba en la habitación.

A cada lado de la cama había una pequeña cómoda. En una no había nada. En la otra había un libro, un pañuelo... Justo frente a la cama había una mesa empotrada, una especie de estantería con forma de media luna que hacía que aquel rincón de la habitación pareciera un bar. Sobre la estantería, había frascos y frascos del negocio de la belleza. Armas frágiles para una guerra feroz. Allí estaban, altos y estilizados, con cuellos finos y bases abundantes, con brillantes tapones dorados que exudaban una feminidad delicada en su finura paste-

losa. Cremas rosas y azules. Lociones también rosas y azules. Cremas nutritivas de color blanco lechoso o verde aguacate que proclamaban su impresionante origen científico.

Sissie no tenía la menor idea de para qué servían la mayoría de ellas. Todas parecían caras. Y muchas de ellas todavía estaban en sus cajas, nada parecía demasiado usado.

Sissie sintió los dedos fríos de Marija en su pecho. Los dedos de Marija tocaban la piel de los pechos de Sissie, mientras que la otra mano se aferraba a su trasero, como buscando algo en lo que sostenerse.

Fue la mano izquierda la que la despertó a la realidad del abrazo de Marija. La calidez de sus lágrimas en el cuello. El calor de sus labios contra los suyos.

Como quien despierta de una pesadilla, impulsivamente, Sissie se separó de Marija. Con un esfuerzo excesivo, innecesario, de modo que sin querer golpeó con el envés de la mano izquierda a Marija en la mejilla.

Todo sucedió en un segundo. Dos personas mirándose fijamente. Dos bocas abiertas por la incredulidad.

Sissie se acordó de casa. De cuando era una niña en el pueblo. De cómo le gustaba dormir en el dormitorio cuando llovía, envuelta por completo en uno de los lapás de su madre, mientras ella molía fufú en la alcoba, que también funcionaba como cocina cuando llovía. Oh, estar envuelta en un lapá de su madre mientras llovía... siempre que llovía.

¿Y dónde estaba ahora? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué hilos, movidos por quién, la habían traído

hasta estos bosques de pinos donde hacía no tanto tiempo algunos seres humanos alimentaban sus propias piras funerarias con otros seres humanos, donde ahora un ama de casa alemana besa con tal desesperación a una joven negra, en su propia cámara nupcial, con su confort de clase media baja? Un nido de amor en un ático que ahora parece sólo un nido, del que el amor ha huído con las hipotecas y la esperanza de las vacaciones...

La voz de Marija le llegó desde muy lejos, débil, temblorosa y cargada de lágrimas.

—Ezta ez nueztra hafitación. Del Adolf Mayor y mía.

¿Quién es el Adolf Mayor?

¿Qué aspecto tiene?

El Adolf Mayor, el padre del Pequeño Adolf, naturalmente.

Pero ¿cómo puede una creer en la existencia de este ser? Te haces amiga de una mujer. De cualquier mujer. Y tiene un niño. Y visitas la casa. Invitada por la mujer, por supuesto. Todas las tardes, muchos días seguidos. Y en cada ocasión pasas allí muchas horas, pero jamás ves al marido. Y una tarde la mujer te atrapa en su abrazo, sus dedos fríos en tu pecho, lágrimas tibias en tu cara, labios ardientes en tus labios... Y vuelves a tu pueblo en África y ¿qué dices? ¿Cómo explicas desde el principio la historia de que conociste a una mujer casada? No, no iba a ser fácil hablarle a nadie en casa de esta mujer blanca... Mira qué pálida se ha quedado de pronto, moviéndose temblorosa, como si estuviera perdida en su propia casa...

Marija lloraba en silencio. Una lágrima caía de uno de sus ojos. La lágrima caía sólo del ojo izquierdo. El

ojo derecho estaba completamente seco. A Sissie le hizo daño ver esa lágrima solitaria. Esa lágrima eterna cayendo de un solo ojo. Y de pronto Sissie lo supo. Lo vio una vez, y no iba a olvidarlo jamás. Lo vio sobre el trasfondo del humo espeso que era como una nube cargada de lluvia sobre las chimeneas de Europa:

S

O

L

E

D

A

D

cayendo por siempre  
como una lágrima del ojo de una mujer.

¿Así que era esto?

Esclavistas violentos y traficantes de esclavos.

Descubridores solitarios.

Exploradores de cenagales y cazadores de leones.

Misioneros que se arriesgaban a acabar en la olla de los caníbales para traer el mundo a las hordas paganas.

Especuladores de oro de diamantes de uranio y cobre  
—el petróleo ni se menciona—.

Predicadores del apartheid y celosos educadores.

Custodios de la Paz Imperial y plantadores homicidas.

*Monsieur le Commandant y Madame*, la esposa del *Commandant*.

Pobres bandidos y putas irredentas cuya única distinción en la vida era que, al menos, ellos eran mejores que los nativos...

La habitación empezó a girar a su alrededor, y Sissie tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. ¿Por qué tendría que llorar por ellos? De hecho, lo que más le pesaba era el deseo de preguntarle a alguien por qué el mundo entero ha tenido que pagar y está todavía pagando por la infelicidad de unos cuantos. Ahí estaba. Cayendo todavía.

Érase una vez, hace mucho tiempo, una misionera que llegó a la costa de Guinea. No para encontrar el polvo de oro legendario que hacía brillar la arena de la playa. Quizás no. Sino para ser la directora de un colegio de niñas... Con el paso del tiempo, dicen que se convirtió en una tigresa jadeante cuyos enormes pechos nunca amantaron a un cachorro. Dedicó primero su juventud y después el resto de su vida a educar y a escuadrar a niñas africanas. Pero lo que no podía entender ni soportar de ellas era que «nunca decían la verdad» y siempre se estaban riendo. La volvían loca.

Dicen que lo que la quebró definitivamente fue que una noche, en una de sus rondas de inspección nocturnas, encontró a dos niñas juntas en la cama. Aunque la noche era oscura, dicen que vieron que se quedó blanca. Después se puso como un tomate.

—Dios bendito, niña.

¿Es tu madre una salvaje?

—No, señorita

—¿Es tu padre un salvaje?

—No, señorita

—Entonces,

¿por qué

eres

tú

una

salvaje?

Risas, risas, risas.

Perversas niñas africanas  
partiéndose de risa al

ver y

escuchar

a una solterona europea

montando un escándalo

por dos niñas en la cama.

Pero, señora,

no es sólo

salvajismo...

Según lo aprendido después.

Un hurra por la sorpresa

inglesa,

el glorioso sobreentendido

porque,

señora,

no es sólo salvajismo

Sino un

c-r-i-m-e-n

un pecado  
s-o-d-o-m-í-a,

según lo aprendido después.

Sissie miró a la otra mujer y deseó que al menos ella misma fuera un chico. Un hombre.

—¿Y por qué lloras? —le preguntó a la otra.

—No es nada —contestó la otra.

¿Cómo se consuela  
entonces  
a alguien que llora  
por una pérdida colectiva?

Volvieron a la enorme cocina. Tenían que hacerlo. Y Marija tendría que haber puesto la mesa para dos. Y haber sacado los embutidos. Jamón cocido en lonchas. Lonchas de cordero frío. Trocitos de pollo frío. Salchichas en lonchas. Lonchas de queso. Aceitunas en salmuera. Pepinillos en salmuera. *Sauerkraut*. Comidas de aspecto extraño y de sabor todavía más extraño. Todas frías como el hielo. Y todas sacadas de la nevera o de algún rincón de la cocina con amorosa familiaridad.

A Sissie siempre le desconcertaba. Comida fría. Incluso después de haber educado a su paladar para aceptarla, nunca fue capaz de entender por qué la gente comía comida fría. Comer comida normal que se ha quedado fría y no tomarse la molestia de calentarla era ya lo bastante desagradable. Pero enfriar a propósito la comida para comérsela, eso era algo que superaba su entendimiento. Al final, decidió que tenía que ver con las pieles blancas, el pelo rubio y sedoso y el clima frío.

Marija hizo café y trajo el pastel. Plano, esponjoso y, por encima, el morado oscuro de la mermelada de ciruela. Ciruelas. Era sin duda una cobertura especial. Y sin embargo estaba claro que ninguna de las dos tenía ganas de comerse un pastel de ciruela. O cualquier otra cosa, de hecho. Partiendo pedacitos a intervalos largos, llevándoselos a la boca, mordisqueando, tragando, mordisqueando, tragando.

Marija le preguntó a Sissie por su familia.

—Somos siete hijos por parte de mi madre y dieciséis por parte de mi padre.

Las dos se echaron a reír. Cuando se les pasó la risa, Sissie le contó a Marija algunas cosas más sobre su familia... sobre la poligamia. Las cosas que le resultaban positivas, aun sabiendo que básicamente era algo injusto.

Cuando Sissie se dio cuenta de que se había roto el hielo, pensó que si bien Quienquiera que nos hubiera hecho nos dio una excesiva capacidad de sufrimiento, también nos había regalado la capacidad de reírnos para hacer la vida más soportable.

—¿Cuándo ez tu cumpleaños? —le preguntó Marija a Sissie. Ella le respondió.

Habían sido gemelas.

Su madre estaba embarazada de tres meses cuando el gran terremoto, y  
estuvieron diez meses en su vientre.

También Sissie le preguntó a Marija por su cumpleaños. Sólo por educación. Con la seguridad de que iba a olvidarse de eso y de otras muchas cosas. Ni siquiera se acordaba del día en el que ella había nacido.

Como siempre, Marija acompañó a Sissie hasta la misma puerta del albergue. Y, de repente, cuando se estaban despidiendo, Sissie se acordó de que se iba en una semana. En unos días se habría ido.

Adiós a uno de los  
castillos más grandes de Alemania  
a la pompa silenciosa y a las miserias decadentes.

Adiós a Marija. Supo que no debía hablarle a Marija de su inminente partida de la zona. No esa noche. No, no era una noche para hacer sugerencias íntimas sobre el paso del tiempo, o sobre nuestra mortalidad.

Sabiendo que hay tantos adioses como holas, y que morimos con cada separación, Sissie supo que no tenía el valor necesario para mencionarle a Marija que se iría pronto de allí.

Se separaron. Cuando llegó a su habitación, se dio cuenta de que todos sus compañeros estaban dormidos. Casi mejor, porque ni ella ni Marija se habían acordado de las habituales bolsas de papel marrón y sus contenidos frutales.

En los días que siguieron, los campistas dejaron de ir al vivero de pinos. En vez de eso, les prepararon un remate del programa, llevándoles a diferentes pueblos de los alrededores para participar en festivales y ver bailes bávaros. Siempre había un aire festivo dondequiera que fuesen. Y bebían cerveza de tanques con forma de zapato, les presentaban a funcionarios de distrito y regionales que les hablaban sobre reformas educativas y de la contribución de su país a la cooperación internacional con los países en vías de desarrollo. Y sobre la paz...

Por lo aprendido después,  
una se pregunta si sus  
mujeres fondonas  
habrían sido alguna vez  
cobayas para probar la píldora y otras  
medicinas.

Eso es lo que dicen que ocurre  
con las mujeres de los mineros  
con las mujeres de los agricultores  
en remotos rincones  
de las repúblicas bananeras y otros  
países en vías de desarrollo.

Oh.  
Permitidme llorar amargamente  
por el Hombre al que traicionamos  
el Hombre al que asesinamos.

Porque,  
¿qué otro hombre vive  
aquí  
que se atreva a decirles  
a los guardianes de mi paz y a los  
benefactores negreros  
que se olviden de mis  
problemas de  
ignorancia  
enfermedad  
pobreza  
que paren de una vez con  
sus mediocres préstamos humanos

que se metan sus píldoras  
por donde  
les quepan?

Conozco a un profesor  
de geopolítica, un poco loco,  
y al que nadie escucha.  
Dice que el peligro  
nunca ha sido la  
sobrepoblación.

Porque  
en la tierra hay espacio para acoger  
a más del doble de los millones  
que se multiplican rápidamente  
y también hay de sobra para alimentarlos.

Pero  
preferimos  
matar  
    antes que  
pensar  
    o  
sentir.

Hermano,  
este nuevo juego es tan  
eficiente,  
menos engorroso...

sólo unos pocos miembros secos  
unas pocas semillas marchitas.

¡Ah-h-h!

Señor,  
sólo una mujer negra  
puede  
«dar las gracias a una  
humanidad suicida»  
con su propia  
muerte.

Por fin llegó su última tarde. Nada más volver de una excursión con sus compañeros para ver los famosos lagos y montañas de la zona, le dijeron a Sissie que Marija estaba esperándola en la recepción. Se cambió rápidamente de ropa y fue a su encuentro.

Marija se dio cuenta enseguida de que Sissie estaba cansada. Quizás no demasiado cansada como para charlar, pero hacerle recorrer todo el pueblo para ir a su casa hubiera sido excesivo. Así que acordaron dar un paseo alrededor del castillo y mirar un rato el río. Marija había traído con ella al Pequeño Adolf, y Sissie notó que estaba emocionada por algo. Pero, sin encontrar la forma de decirle a la otra que ésta era su última noche en el pueblo, la dejó hablar primero.

—Mañana fienez a comer a mi caza, ¿fale?, foy a cocinar. El Adolf Mayor fa a ezta en caza.

Sissie le dijo bajito a Marija:

—Lo siento, no puedo ir.

La otra se paró en seco, y soltó de pronto el asa del cochecito. Su reacción sorprendió al niño, que empezó a llorar. La madre lo cogió en brazos y trató de consolarlo. Se había quedado muy pálida. Después se puso muy roja. Sissie estaba fascinada con esta magia, este enroje-

cer y blanquear. Su encuentro con Marija había sido su primera experiencia del fenómeno.

—¿Por qué no puedez fenir?

En este punto, Sissie empezó a sentirse triste y un poco avergonzada, porque aparte de todo lo demás, tenía miedo de que Marija dejara caer al niño.

—¿Por qué no puedez fenir?

—Tendría que habértelo dicho antes, Marija, mucho antes.

—¿Qué paza? —preguntó Marija mientras volvía a poner en el carrito al niño, ya apaciguado. Obviamente, las madres no van por ahí dejando caer a sus críos, así sin más.

—Me voy mañana.

—¿Dónde faz?

—Otra vez al norte.

—¿Qué norte?

—Frankfort, Hanover y Göttingen. Voy a otro campamento en la frontera este. Y después del campamento, me vuelvo a mi país.

—¿Y tienez que ir a eze otro campamento? ¿Dezde aquí, mañana?

—Si, Marija. Tengo que dejarme ver por allí al menos unos cuantos días.

—Ezto ez muy trizte, Zizzie.

Y lo era. La tristeza no estaba en sus palabras sino en su voz. En sus ojos. Un golpe de viento repentino sopló sobre el río como si hubiera pasado un fantasma. Y lo que quedaba del día se dobló sobre sí mismo y murió.

¿Hay quizás ciertos

encuentros

que no deben ocurrir?

¿Niños que no deben nacer?

Que vienen con las manos vacías,  
su tiempo demasiado breve...

Nos dejan

solamente

el dolor y la nostalgia por  
lo que podría haber sido y  
no fue.

Tiempo y energía perdidos que  
destruyen nuestra juventud  
nos hacen más viejos pero no más  
sabios,  
si acaso mucho más pobres.

—Y en todo caso, dentro de un mes vuelvo a la universidad.

—Un mez, Zizzie, y ¿te faz ya de aquí?

No podían quedarse paradas siempre en el mismo sitio así que, sin ser consciente de lo que hacía, Marija empezó a empujar otra vez el carrito del bebé, y Sissie le siguió el paso.

Sissie se sentía completamente acorralada.

—Verás, un mes no es tanto tiempo cuando estás viajando —dijo a la defensiva.

—¿Ja-a-a?

—Además, tengo que hacer otras paradas.

—¿Por qué?

—Tengo que ver a alguna gente.

—¿Aquí? ¿En Alemania?  
 —A una persona aquí. En Hamburgo.  
 —¿Qué hace en Hamfurgo?  
 —Es una amiga, una chica...  
 ...  
 —Cuando salí de mi país, su madre me hizo prometer que no volvería a casa sin haber visto a su hija con mis propios ojos.  
 —¿Por qué?  
 —Para poder decirle cómo está de verdad.  
 —¿Ja?  
 —Sí. ¿Sabes?, en el fondo de su ser, nuestra gente nunca está tranquila cuando sus hijos vienen a Europa o cruzan el mar para ir a cualquier otra parte.  
 —¿Por qué?  
 —¿Porque les puede pasar cualquier cosa?  
 —Pero a la gente que eztá en caza tamfién le puede pazar cualquier coza, *ínein*?  
 —Marija, no es fácil ser siempre razonable...  
 —Ja —asintió Marija, quizás apaciguada por la consciencia de que a veces ella tampoco era razonable. Después preguntó, suspicaz:  
 —Loz eztudiantez, ¿ezcrifen cartaz a zuz familiaz?  
 —Sí —respondió Sissie—. Pero si no estás mirando fijamente a los ojos de otra persona, ¿cómo sabes si está diciendo la verdad?  
 —No puedez —dijo la otra.  
 —¿Y si te está hablando desde el otro lado del mar?  
 —Ez imposible, ¿ferdad?

—Sí, Marija. Así que nuestra gente tiene un proverbio que dice que miente el que afirma que su testigo está en Europa.  
 —¿Teztigo? ¿Qué ez teztigo?  
 —Como en un juicio, cuando alguien habla a tu favor.  
 —Ezo ez un afogado.  
 —No. No necesariamente. Me refiero a cualquier persona que esté en condiciones de afirmar que la persona acusada no hizo o no dijo aquello de lo que la acusan.  
 —Ja-ja. ¿Y qué dice tu gente de loz teztigoz?  
 —Que cualquiera que insista en que su testigo está en Europa es un mentiroso.  
 Marija se rió, revelando parte de su antiguo yo.  
 —¿Y en Londrez, dónde faz?  
 —Voy a ver a mi chico.  
 Otra vez se puso roja como un tomate.  
 —Ah, ya. Ah, ya. Ah, ya. Faz a Fer a tu chico. Y ez importante, ¿ferdad? Y tienez que irte de aquí muy rápido, *¿ja*?  
 Sissie estaba poniéndose enferma con Marija y su emoción ante esa novedad. Por supuesto, sería muy agradable ver a Cualquiera. Pero no estaba segura de que fuese tan importante. ¿Acaso estaba Marija celosa?  
 Marija dijo:  
 —¿Por qué no me lo dicez antez?  
 —Lo siento. Se me pasó, Marija.  
 —Ez muy trizte que te olfidaraz.  
 ¿Por qué tenemos  
 siempre que imaginar  
 que los otros son idiotas,  
 sólo porque nos aman?

Sissie se sintió como un hijoputa. No una puta. Un hijoputa.

Marija dijo temblando:

—¿Safez lo que he hecho, Zizzie?

—No. ¿Qué has hecho?

—*Ja*. Al carnicero le pedí un conejo. Me lo traje hoy. Eztá frezco y limpio. Cocino ezpecialmente para ti. Mañana cocino... El Adolf Mayor fa a eztar en caza... Comemoz todoz juntoz. Tú. Yo. El Adolf Pequeño. El Adolf Mayor.

—Ay, Dios, Marija, no puedo ir. No tienes ni idea del programa que montan para un viaje como el mío. Ya me han mandado todos los billetes, de tren y de avión, todo con sus reservas correspondientes.

—...

—Marija, de verdad, no puedo hacer nada al respecto. Sospecho que incluso el jefe de este campamento...

—Pero no me lo dijizte, Zizzie, y yo digo el domingo cocino conejo para Zizzie.

De pronto, algo estalló como fuego en el interior de Sissie. No sabía qué era. No era doloroso. No hacía daño. Al contrario, era un calor placentero. Porque, mientras miraba a la mujer que estaba frente a ella, ahora mor-diéndose los labios, ahora aferrándose al manillar del cochecito, y con aspecto de completo desconcierto, ella, Sissie, sólo quería reírse, reírse y reírse. Claramente, le estaba haciendo gracia ver a la mujer tan herida. No era algo que ella hubiera querido. Ni le parecía que fuese capaz de controlarlo, esta sensación dulce e inhumana de ver a otra persona retorciéndose de dolor. La sensación de que había un cierto placer en hacer daño la golpeó como una piedra. Un placer incontenible y tridimensio-

nal, un goce exclusivamente masculino, que provoca una euforia infinita. ¿Y esto también es un regalo de Dios al hombre? Sissie se lo preguntó.

—¿Y por qué no me preguntaste a mí antes de hacer estos planes tan elaborados? —inquirió Sissie a la otra mujer.

—Era para ti zorpresa —replicó Marija tímidamente.

—Bueno, pues mala suerte. Tendrás que comerte mi ración de conejo por mí.

El desconcierto de Marija no conocía límites.

Sissie podía verlo todo. En la incertidumbre de sus ojos, en sus manos inquietas y en sus labios, que se mor-disqueaba continuamente.

Pero, ay, su piel... Parecía como si en sintonía con sus emociones, la piel de Marija se encendiera y se apagara como un neón bicolor. Así que, contemplándola a la luz del sol poniente, Sissie no podía evitar pensar que esto de ser blanco era un asunto delicado. Te hacía estar continuamente expuesto, te volvía tremendamente vulnerable. Como si hubieras nacido sin piel o algo así. Como si el Creador hubiera moldeado un ser humano y lo hubiera metido en una bolsa de plástico transparente en vez de en su cubierta de protección natural, y lo hubiera soltado al mundo.

Dios, se preguntó, ¿es por eso por lo que tienen que ser tan extraordinariamente feroces? ¿Es para que se puedan sentir más seguros aquí sobre la tierra, bajo el sol, bajo la luna y las estrellas?

Entonces se dio cuenta de que si seguía con esa línea de pensamientos iba a acabar por hacer alguna locura... Pero, afortunadamente para ella, Marija seguía hablando:

—Digo yo... Zizzie... Digo yo que a qué hora te faz mañana...

—... Lo siento, no te oí la primera vez... a alguna hora terrible de madrugada. Muy temprano.

—Laz zeiz y media, ¿no? Zolo hay un tren de aquí a Múnich temprano por la mañana.

—Sí... Sí, debe ser ese.

—Foy a dezpedirte a la eztación.

—¿Para qué? Aprovecha para dormir. Además, odio las despedidas de última hora...

Marija se quedó mirándola fijamente. Y se dio cuenta de que la última frase era totalmente innecesaria. Hubo una larga pausa durante la que ninguna de ellas dijo una palabra. Después Marija retomó su cantinela.

—Ifa a guizarlo en zalza franceza, el conejo, con fino, y ajo, y *käse*... quezo, ¿no, Zizzie?

Y Sissie fue consciente por primera vez de que a lo largo del breve tiempo de su amistad, cuanto peor se sentía Marija, más germánico era su inglés.

—Pero, Marija —dijo Sissie tratando de ocultar su irritación—, dijiste que el Adolf Mayor iba a estar en casa mañana.

—*Ja*.

—Hm. ¿Estás segura de que el conejo no era para él?

—Pero no... sí... pero... pero...

—Bueno, pues haz como que era para él y cambia la cara... Además, no está bien que a una mujer le guste cocinar para otra mujer. Bajo ninguna circunstancia. Las comidas especiales son para los hombres. Son el único sexo al que el Creador dio un paladar capaz de disfrutar

comiendo. Y la mujer, la eterna cocinera, no está nunca tan contenta como cuando ve a un hombre disfrutar de lo que ella ha cocinado, ¿eh, Marija? Así que dale el conejo al Adolf Mayor y mírale disfrutarlo. Hazlo por mí. Y, mejor aún, hazlo por ti misma.

Esta vez también Marija miró a Sissie con una curiosidad reconcentrada. Pero no entendió ni una palabra. Porque, aunque sonaba serio, Sissie estaba gastándole una broma genial.

Después de infligir dolor  
queremos parecer graciosos  
y no hacemos ninguna gracia,  
inconscientes de que,  
para quien sufre,  
la comedia es  
tragedia y esa es la  
respuesta al  
enigma.

Se dijeron adiós y se separaron.

Al amanecer del día siguiente, Sissie dejó el hostel junto con la gente de su grupo que iba a seguir hacia el norte del país.

Dejó uno de los castillos más grandes de  
Alemania...  
su río  
su foso seco  
sus gritos silenciosos en los calabozos  
perdidos en el tiempo...  
sus avaros dueños guerreros

y sus  
huesos blanquecinos.

Sólo tuvieron que esperar unos minutos antes de que llegara el tren. Y entonces Sissie vio a Marija corriendo hacia ellos, y aferrando una bolsa de papel marrón. Se le ocurrió, irrelevantemente, que Marija había tenido que levantarse muy temprano.

Marija se chocó con Sissie, la abrazó, sonrió, y de las pestañas de su ojo izquierdo ya colgaba la lágrima sospechosa.

—Oh, Marija —dijo Sissie. Y eso fue todo lo que fue capaz de decir en cualquier caso. Se quedaron mirándose la una a la otra, sin encontrar palabras, que de todos modos hubieran sido superfluas.

Finalmente, Marija inclinó un poco la cabeza y le dio a Sissie un beso en la mejilla. Nuestra Hermana, reconociendo en ese gesto una costumbre jodidamente útil, no convocó ningún sentimiento de ultraje en su interior.

Entretanto, los compañeros de viaje de Sissie estaban urgiéndola para que subiera al tren. Marija le arrojó entre las manos la bolsa de papel marrón mientras corría hacia su compartimento. Era un tren regional e iba medio vacío.

Sentada al lado de la ventanilla, el silbido del jefe de estación anunciando la salida, Marija hablando apresuradamente.

—Zizzie, zi tienes tiempo, en Múnich, zi tu tren ze para allí, antes de ir al norte, no te lo pierdaz, párate en Múnich aunque zea zolo un rato... por fafor, Zizzie, aunque zean doz horas. A lo mejor ezta mañana. Dezpuez zalez por la tarde, ¿fale?

—Sí, Marija.

—Porque Múnich, Zizzie, ez nueztra ciudad, Baviera. Nueztra ciudad... Tan fonita, Zizzie, que tienes que ferla. Iba a llfarte yo. Laz doz. A pazar el día. Por fafor, Zizzie, no dejez de ver Múnich. Hay mucha múzica. Y muzeoz.

El tren arrancó. Marija estaba allí, en el andén. Para quienes las cosas eran únicamente lo que parecían, una joven mujer bávara... no exactamente una adolescente, pero tampoco mayor, con el pelo oscuro y corto, muy corto, sonriendo, sonriendo, sonriendo, mientras una lágrima enorme le caía de un ojo.

*¿München*

Marija

Múnich?

No, Marija.

Prometerá

pero no cumplirá.

No iba a perder ni un solo precioso minuto en ver Múnich y arriesgarse a perder el tren.

Marija,

no hay ningún lugar en el mundo occidental que sea un deber.

Ninguna ciudad es santa, ningún rincón es sagrado.

Ni Roma,

ni París,

ni Londres...

ni Múnich,  
Marija.

Y el cómo y el porqué  
debieran ser obvios.

Múnich sólo es un sitio...  
otra encrucijada para encontrar un  
hermano y comparar notas.

Ella dijo: —Hola, hermano.

Él dijo: —Hola, hermana.

—Soy de Surinam.

—Yo soy de Ghana.

Se sentaron en la cantina de la estación  
comieron junto a fornidos trabajadores alemanes  
la versión centro-europea de un plato  
afro-hispánico-caribeño...

¿Chile con carne?

Y hablaron de  
Barcelona y las corridas de toros,  
España...  
donde un viejo se sienta  
sobre los sueños de un pueblo...

Donde dicen que no hay  
discriminación contra los NEGROS

¿Ah, sí?

Cuando un imperio decae y se  
derrumba,  
sus esclavos son

redimidos  
tolerados  
amados.

Puede volver a ocurrir, hermano.

Está ocurriendo ahora mismo...

Así que es mejor que la Pantera  
mantenga afiladas  
sus uñas y sus  
colmillos...

Múnich, Marija,  
es

el Adolf Original de las broncas en los pubs  
y de las multitudes que estaban buscando  
un  
Führer...

Múnich es  
el Primer Ministro Chamberlain  
apresurándose a salir de su isla para  
negociar  
mientras que mamás Yiddish,  
viudas recientes,  
se preguntaban si sería posible  
salvar las cazuelas y las sartenes *kosher*.

En 1965

Rhodesia declaró la independencia unilateral,  
y el Primer Ministro dijo, lógicamente,  
desde su isla nativa:

—La situación no cambia,  
no podemos combatir

con los que son de nuestra carne  
y nuestra sangre.

O algo parecido.

*Ach. München,*

Marija,

Múnich...

Es una lástima, Marija,

pero son las personas

y no los lugares

quienes construyen nuestros recuerdos.

*Nein?*

El tren estaba empeñado en devolver a Nuestra Hermana a su punto de origen. La ciudad desapareció pronto de su vista. Era demasiado temprano para tener hambre, pero por pura curiosidad abrió la bolsa marrón. Había bocadillos de salchicha de hígado, unos cuantos bollos, una cuña de queso y algunas ciruelas.

DE NUESTRA HERMANA AGUAFIESTAS

Si alguien le hubiera dicho que iba a querer visitar Inglaterra porque era su madre patria se hubiera partido de risa.

Por lo general, se consideraba demasiado sofisticada como para exhibir semejantes debilidades.

Pero, en todo caso, en Londres estaba, y se consolaba todo el tiempo pensando que ésa era la única manera de hacerle entender a su gente dónde había estado. En el extranjero. Al otro lado del mar.

Alemania está al otro lado del mar.

Los Estados Unidos están al otro lado del mar.

Pero Inglaterra es otra cosa.

Qué cosa en concreto, nadie lo ha sabido nunca.

Francia está rodeada de una espesura situacional propia. Para la gente en África, Francia existe no como un país en sí mismo, sino gracias a su reflejo en sus numerosas entidades coloniales. Por ejemplo, de todos los parientes que habían emigrado a Costa de Marfil como pescadores después de la Segunda Guerra Mundial se decía que se habían «ido al francés».

Son una auténtica leyenda, todas esas comunidades de pescadores ghaneses auto-exiliados. Se extienden por toda la costa occidental de África, desde la desembocadura del Congo hasta el río Gambia. No podía haberles ido mejor que a los agricultores que se quedaron en casa.

En vista de que todas las noticias que llegan son de sus muertes, de las suyas propias o las de los hijos que han traído al mundo...

No tenía ni idea de qué le esperaba en Inglaterra. Pero para lo que nadie la había preparado era para encontrar allí a tanta gente negra.

Hombres, mujeres, niños.

Se diría que Inglaterra estaba llena de negros, pero tenían un aspecto tan deplorable que Sissie se preguntaba por qué seguían allí.

Había madres que paseaban bebés en cochecitos de segunda mano mientras que sus hombres se deslomaban conduciendo autobuses de sol a sol, o como porteros, trabajadores de la construcción o basureros. Sobre todo basureros.

Sissie sangraba mientras intentaba asimilar la escena.

Con cuanta más gente hablaba, menos lo entendía.

Había dos hechos destacados. Todos los hombres afirmaban que eran estudiantes, igual que todas las mujeres. Los hombres estudiaban Medicina o Derecho.

Pero a Sissie tampoco le resultó ninguna sorpresa que todos llevaran estudiando desde el principio de los tiempos.

Las mujeres hacían cursos de Corte y Confección o de Peluquería.

Por supuesto, había estudiantes becados, así llamados porque se mantenían gracias a subvenciones totales o parciales de sus países de origen, que al menos durante un tiempo eran conscientes de que, si no se molestaban en terminar rápidamente sus carreras y volver a casa, se les acabaría el chollo.

Y también estaban los perceptores de las migajas y las sobras del Imperio.

Becas post-doctorales.

Becas pre-doctorales.

Da igual

cómo se llamen.

Pero ¿has dicho

becas

becas

becas?

Qué nombre tan divino

para describir

este sistema

tan formal

tan despiadado

tan obvio

tan descarado

de eterno espionaje.

Por unos peniques ahora y

un doctorado después,

cuéntanoslo todo sobre

tu gente

tu historia

tu cabeza.

tu cabeza.

tu cabeza.

Dinos,

chico,  
cómo podemos hacerte  
débil  
más débil de lo que ya  
eres.

Y no vayas a hacerte el listillo  
nada de  
tonterías radicales,  
nada de bobadas,  
morritos.  
Hermano,  
no hay que ponerse así,  
fue sin malicia...

Por supuesto,  
nuestros queridos  
doctores y académicos  
se merecen toda la  
adoración que reciben de nuestros pobres  
administradores indígenas  
y más.

Trabajan duro para obtener sus  
doctorados...  
Trabajan demasiado duro,  
entregándose no sólo a sí mismos  
sino a todos nosotros...  
El precio es alto,  
Hermano.

En todo caso, la historia es tan vieja como los imperios.  
Las multitudes oprimidas de las provincias corren hacia

el centro del Imperio porque saben que de allí emana la  
salvación. Pero, como ya han descubierto otros súbditos  
imperiales en otros tiempos y en otros lugares, para el  
esclavo no hay nada en el centro, salvo una esclavitud  
aún peor.

Ya sea  
intentando entrar en calor  
en una habitación gélida  
con una lámpara de parafina,  
cubriendo la desnudez y las  
esperanzas perdidas con  
quinielas no premiadas  
o  
épicamente,  
con doctorados.

Sobre todo, lo que a Nuestra Hermana más le dolía  
cuando observaba a su gente sobre los pavimentos de  
Londres era que fueran tan mal vestidos. Todos iban  
vestidos de pena.

Lo de las mujeres, en particular, era tremendo. Veía a  
mujeres que en sus países hubieran sido dignísimas ma-  
tronas, y también a jóvenes sumamente atractivas, ves-  
tidas de forma ridícula con trapos de colores imposibles  
y telas variopintas. Sin la costumbre de pasar frío, y sin  
saber cómo lidiar con él, se forraban el cuerpo con reta-  
les de diversos largos, tonos y texturas, en un esfuerzo  
desesperado por mantener el calor.

Una bufanda azul  
cubriendo la cabeza y los oídos,

un abrigo marrón forrado de  
fibra sintética beige.  
Alguna blusa con volantes y puntillas  
de cuya blancura original no quedan  
sino sombras.  
Un suéter rojo  
al que le falta un botón.  
Un palmo, más o menos, de falda negra  
asomando bajo el abrigo.  
Un paraguas de cuadros  
verdes, rojos y azules.  
Un par de medias demasiado claras  
para una piel color chocolate,  
un par de zapatos baratos,  
no-importa-de-qué-color  
pero  
baratos.

Los zapatos. Los zapatos eran siempre baratos. Versiones baratas en plástico de la última moda entre las clases medias.

Sissie sólo podía consolarse con una idea. Que sobre cualquier otra piel, aquella colección de retales hubiera hecho a cualquiera parecer mucho más ridículo y patético de lo que de hecho resultaban aquellos africanos y antillanos. Pero quizás este consuelo llegaba de la sabiduría adquirida después. Porque supo con una sola mirada que en un lugar frío la pobreza se revelaba como en ningún sitio.

Así que mientras iba en el tren subterráneo que los nativos acertadamente llaman el «suburbano» y que,

como todas las otras maravillas, Sissie no tenía capacidad de apreciar, sumida como estaba en sus propios pensamientos, sintió una profunda tristeza. Se sintió tan triste que quiso llorar. Y algunas veces se refugiaba en la minúscula habitación que había alquilado para su corta estancia y lloraba.

Pero esa etapa duró poco tiempo. Enseguida, la tristeza se convirtió en rabia. Y después en mucha rabia. Frente a lo que quiera que haga que la gente deje sus países cálidos para quedarse durante mucho tiempo, y a veces para siempre, en sitios tan gélidos. Un invierno, sí. Y el otro, también.

Nuestra pobre hermana. Tan novata. Tan increíblemente ingenua entonces. Con el tiempo, llegaría a entender que estas migraciones son parte de la ilusión colectiva por parte de una población oprimida acerca de lo bien que se lo pueden montar en otro sitio. Corriendo a toda velocidad para seguir parados en el mismo sitio.

Se preguntaba por qué nunca contaban en casa la verdad acerca de sus viajes.

Sin ser conscientes de que si no eran capaces de mantener su dignidad ante sí mismos, no podrían jamás contarse la verdad a sí mismos ni a los demás.

Así que, cuando por fin volvían a casa como «gente viajada», meras sombras de las personas que antes fueron, hablaban de las maravillas del extranjero, y hacían ver que sus paladares añoraban comidas insípidas que les hubieran hecho vomitar incluso en su mejor versión.

Pescado y patatas fritas.

Mentían.

Mentían.

Mentían.

Los «viajados» mentían.

Y otra generación se disponía a emigrar.

Era una noche heladora en Londres. Se había arrasado muy a desgana desde su sótano razonablemente caldeado.

Habitaciones  
construidas a partir de  
agujeros creados especialmente en el  
subsuelo debajo de las  
casas  
para ser únicamente ocupados por  
seres humanos  
que no tenían los  
medios para adquirir  
apartamentos  
al mismo nivel o por encima del  
suelo.

Sissie había quedado con un amigo que llegaba de África Occidental, vestido con ropas neocoloniales que terminaron siendo la ruina de la carrera que se suponía que iban a impulsar. No por su culpa. Todos caemos.

Todos hemos caído,  
una vez u  
otra.

Siempre muy considerado, su amigo le había escrito para decirle que no se molestara en ir a buscarle al ae-

ropuerto o a la terminal en la ciudad; se verían en su hotel de tres al cuarto, modesto pero razonablemente respetable. Que, como otras tantas docenas de su clase, estaba en los límites del West End, y donde resultaba fácil imaginarse alojándose a los burócratas jóvenes que llegaban de los rincones más remotos del Imperio cuando volvían de vacaciones a casa, y donde estos vigilantes diurnos y nocturnos del Imperio probablemente se ponían en pie para admirar a los verdaderos dueños del Imperio cuando pasaban, antiguamente, en sus carruajes tirados por

caballos  
r-i-c-a-m-e-n-t-e engalanados  
y más tarde en  
Daimlers y Royces...  
La mayoría de ellos tenían  
nombres escoceses,  
o irlandeses,  
o galeses.  
Los vigilantes diurnos y nocturnos, eso son.

En toda ciudad  
debe haber un  
*Mensah*,  
en cada región un  
*Sambo*.

Así que, después de todo, tenían sentido.  
La menopaúsica  
y gris señora-en-el-autobús y  
la muchacha *cockney*

rosada y de ojos brillantes  
en-el-suburbano.

Alguien le había dicho:

—¿Así que eres de Ghaanna? ¡Entonces tenemos mucho en común!

Sissie no había sabido cómo entenderlo, si como una amenaza o como una promesa.

—Teníamos jefes igual que vosotros —continuó la escocesa— que luchaban entre sí y todos contra todos mientras el invasor avanzaba.

Sissie le dio las gracias, pero al mismo tiempo sintió que, definitivamente, ahí terminaban sus afinidades.

El Santo Livingstone  
abriendo camino para que  
África fuera  
violada.

Misiones escocesas por todas partes  
en Tumu-Tumu y Mampong...

¡Cómo les gustaba el aire fresco y familiar  
de las montañas, a esos

tipos duros de las Tierras Altas!

—Sí —dijo la escocesa.

—No —gritó ella.

—¿Por qué juzgas a

Escocia

por sus traidores?

¡Aj, qué desperdicio de hombres y de cerebros!

¿Qué hubiera hecho

Inglaterra sin los barcos

escoceses?

¿O Fleming,  
que descubrió la  
penicilina  
a mayor gloria de  
Inglaterra?

Y ella explicándole amablemente  
que en realidad no juzgaba en absoluto,  
dado que se había ganado  
su licenciatura con Matrícula de Honor en  
Inglés  
gracias a  
Burns  
Bruce  
y  
McPherson.

Y por lo que se refiere a la asistenta galesa de East Putney, estuvo hablándole durante una hora o más sobre una despedida en algún lugar del centro de Londres:

—Es una fiesta, ¿sabes?, en honor de uno de los nuestros. Lo deja todo para volver a casa y ayudar a organizar...

Y todo el tiempo hablaba  
con tanta honestidad,  
en un susurro tan confidencial  
y con una intensidad tan tremenda,  
que podría haber pasado por un alma gemela,  
si no hubiera sido por su color  
y por nuestra historia.

No obstante, es obvio que el mundo no está precisamente lleno de tipos que compartan los prejuicios negros de Nuestra Hermana sobre las cosas. No es en absoluto probable. Y si acaso hay uno o dos, ciertamente no incluyen al Catedrático de Humanidades americano, nacido en Alemania, que entró como un rayo una tarde en su casa, jadeante, sudando y literalmente echando espuma por la boca, afirmando que había venido desde Estados Unidos, y volvería a cruzar el Atlántico otro par de veces, sólo para convencerla de una sola cosa. Y que esta cosa es la que une a los alemanes, a los irlandeses y a los africanos, naturalmente por ese orden. Y que esta cosa es la OPRESIÓN.

—*Ja*, nuestro pueblo ha sido oprimido durante muchos, muchos años, desde la Primera Guerra Mundial —dijo.

Y la boca de Nuestra Hermana tan helada por la sorpresa, tan abierta que un millón de moscas hubieran podido entrar y salir... Cómo hubiera podido preguntarle:

¿Los alemanes?

¿Oprimidos?

¿Por quién?

Sí, tan helada había quedado su mente con la gélida brillantez de este descubrimiento magistral que no fue capaz de preguntarle si después de los alemanes, los irlandeses y los africanos, naturalmente por ese orden, no había o pudiera haber habido otros pueblos oprimidos en la tierra, como los afro-americanos o los amerindios o los judíos.

Se olvidó de preguntarle  
a su muy Docto huésped  
si había oído hablar de  
Buchenwald  
o si  
en alguna de sus lecturas  
había tropezado con  
Dachau...

Se estaba acordando de un alemán más joven, justo el verano anterior, preguntándole si pensaba que los alemanes eran racistas.

—No —había contestado Sissie con toda franqueza—. En mi país, sólo pensamos en vosotros como fabricantes de Volkswagen y Mercedes-Benz, y de otras marcas supuestamente fiables de electrodomésticos y tecnología.

El joven la sonrió con aspecto de estar muy agradecido.

Sissie también pensaba, mientras miraba al Catedrático de Humanidades germano-americano, que somos un chiste. Los de aquí. Y era perfectamente consciente de que era una broma lo bastante gastada como para hacer gracia todavía. Porque es verdad que somos todos un chiste, tanto los cerdos que gobiernan nuestros países como las gallinas que los criticamos. Porque estaba intentando imaginarse qué ocurriría cuando ese Catedrático de Humanidades, y genio tanto de la Invención como del Olvido, le presentase a un africano influyente el corolario económico a su versión de la Historia.

El que no sabe libro  
sabe ná pa' su país  
no vale ni pa' escuchá.

—*Oga*, este hombre grande de África va visitarte en tu casa, mira este *Onyibo*, así habla, mira cómo habla su boca...

Y entonces el africano se pondría en pie obsequiosamente, y con las debidas disculpas le ofrecería al caballero algo así como el licor más caro del mundo, y después se sentaría muy tieso en su propio sillón importado de Suecia o de Italia, y sudando y tartamudeando le ofrecería algo más al caballero, en esta ocasión a su propia madre a precio de saldo, que en todo caso sería negociable, y a sí mismo, y a sus hermanas y hermanos, esposa e hijos, todos por el mismo precio...

bonito,  
¿no?

Particularmente si piensas que esto es exactamente lo que ha estado ocurriendo, cada minuto, cada hora, desde que Ghana inauguró el baile de disfraces llamado Independencia para toda África.

Así que aquí estaba Sissie, bien abrigada, de camino a su cita con un amigo. Al llegar descubrió que él ya estaba en el hotel, y que con él había otra persona. Un pariente llamado Kunle, casi un londinense, que había vivido en la ciudad durante siete años.

Resultó que su prioridad en aquellos momentos no era la guerra en Nigeria, sino el trasplante de corazón.

Estamos acostumbrados a la  
tragedia, ya sabes,  
y la escala no supone ninguna diferencia...

pero el trasplante. El trasplante de corazón. Los periódicos vespertinos habían voceado la noticia junto con los metros de la tarde. Acerca de cómo el Hombre-Blanco-Moribundo había recibido el corazón de una mulata que se había desplomado en la playa, y de cómo la mulata no había respondido a los esfuerzos de reanimación y por tanto le habían sacado el corazón del pecho, después de haber retirado el corazón del pecho del Hombre-Blanco-Moribundo, y cómo el Hombre-Blanco-Moribundo evolucionaba favorablemente y bla bla bla...

Tiene gracia. Pero entre algunos  
fantis de las zonas rurales  
se considera que cortarle la garganta  
a un cerdo es sencillamente  
inútil: la única forma de que el cerdo salga bueno  
es arrancarle el corazón mientras chilla.  
Cuanto más chilla,  
mejor es el cerdo.

El Segundo Triunfo del Doctor Christian.

Nunca olvidaría al pariente de su amigo proclamando que era la mejor noticia que había leído en mucho tiempo...

Confusa, pero muriéndose de ganas  
de preguntarle a Kunle  
¿Por qué?  
¿Cómo?

Advirtiéndose a sí misma que debía pisar  
sin hacer ruido...  
¡Estamos en la región de la  
CIENCIA!

Chicas  
jóvenes  
de pueblo  
    que  
se dedican a soñar  
no deben  
no pueden  
de ningún modo  
entender  
estas cosas  
—por muy licenciadas que sean—.

Además, los caminos de la  
Historia  
están empedrados con los huesos  
de los que osaron dudar del  
Progreso y...

Pero Sissie podía haberse ahorrado la culpabilidad y las autoacusaciones de prejuicios anticientíficos. Kunle estaba en una onda mucho más interesante y mucho más práctica. Cuando tanto Sissie como su amigo se atrevieron a preguntarle a Kunle por qué pensaba como pensaba sobre el trasplante de corazón, Kunle les respondió con absoluto entusiasmo

    que estaba seguro de que ésta era la  
    clase de avance que podría

resolver la cuestión del apartheid  
y liberarnos, «a los africanos y a  
todos los negros», de la  
cuestión del Color. De toda la  
cuestión del Color.

En un momento dado, le preguntaron también si se le había ocurrido pensar qué corazones, de qué donantes y qué receptores se habrían usado en las etapas previas de lo que estaban seguros que había sido una larga serie de ensayos antes de desembocar en esos titulares.

    Que algunos años  
    antes  
    un colega había descrito  
    el enésimo triunfo del Doctor Christian como  
        «peligrosamente cercano a la más cruda  
        experimentación».

Pobre colega anónimo,  
posiblemente celoso de la  
«Súbita Fama» de la  
«Luminaria Científica», del  
«Famoso de la Jet-set», de sus  
tórridos romances y de su  
imagen  
cuidadosamente nutrida  
cuidadosamente mimada.

—¡Ah, claro! —respondió Kunle con entusiasmo—, habrá experimentado con corazones de gatos y perros.  
Sissie se quedó muda.

Pero a su amigo todavía le quedaba algo de voz, bendita compostura...

Así que le gritó a Kunle:

—¿De verdad piensas que todo el rato estuvo experimentando con corazones de perros y de gatos hasta el primer receptor del corazón de aquella mujer?

Se refería a aquella primera donante publicitada: el fantasma de una pobre mujer cuya identidad ya se ha olvidado por completo.

A dónde querían llegar, les preguntó Kunle muy enfadado. Después se dispuso a explicarles, con mucha paciencia, que el Doctor Christian es un Científico, y que si alguna vez hubiera experimentado con un solo corazón humano...

Demasiado asustada para detener el chorro y susurrar:

—Siempre tiene que haber dos corazones, ¿sabes?  
No sólo uno.

Lo hubiera anunciado públicamente, bien inmediatamente después de que hubiese ocurrido, o en cualquiera de las numerosas entrevistas que concedió después del primer trasplante. Esta vez, ni siquiera su amigo fue capaz de decir una palabra. Pero Sissie se sorprendió a sí misma con una risilla incontenible. Después se rió abiertamente, a carcajadas, aliviada, declarando para sí misma:

—Señor bendito, yo sólo creo en la supervivencia de los míos.

Tengo que...  
Tengo que...

Y si un gran Científico aparece una buena mañana en el Cabo con un trasplante exitoso de dos corazones humanos y dice que únicamente experimentó con corazones de perro y corazones de gato...

Dios, no seré yo quien cuestione su moralidad, teniendo en cuenta que no pertenezco a la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Amigos Mudos de los Hombres ni a ningún otro grupo desinteresado...

Pero quizás los corazones de los perros sean como los de los humanos...  
¿Ardiendo de indigestión agrandándose y encogiéndose con

amor  
y  
pena?  
Perdonadme,  
Kunle y todos los hombres de buena voluntad...  
Sé que los perros  
y  
los gatos son  
unas criaturas monísimas y adorables  
pero...

Mi querido hermano:

He estado en una tierra fría y extraña donde los perros y los gatos comen mejor que muchos, muchísimos niños.

Donde los hombres se sientan a la mesa y comen con animales, pero se dejarían matar antes de estrechar la mano de otros hombres.

Donde las mujeres que dicen que no tienen tiempo para tener niños y amargarse la vida se sientan durante largas horas para dar de comer a cachorritos, con cuchara, comidas exquisitas, y les hacen a sus amigos peludos abrigos con las mismas telas que ellas lucen, como harían en nuestro pueblo los hermanos y las hermanas los días de fiesta.

Hermano mío, he estado en una tierra en la que tratan a los animales como seres humanos y a algunos seres humanos como animales, porque no son

lo bastante mudos.

Sissie hubiera querido decirle a Kunle que nuestros corazones y otros órganos son más adecuados para la experimentación científica en beneficio de la salud y la

longevidad del hombre. Porque, aunque estamos más lejos de los seres humanos que los perros o los gatos, por algún dictado de la siempre caprichosa Madre Naturaleza, nuestras entrañas se parecen más a las del hombre que las de los perros o los gatos.

Por supuesto no es fácil de entender.  
Pero para vivir en paz en el mundo del hombre el Nacimiento Virginal no es el único misterio que una tiene que tragarse sencillamente por Fe.

Y en todo caso, el mismo Doctor Christian ha declarado que, en su glorioso país, los corazones de la negrilla son fáciles de conseguir gracias a la violencia que estos ban-tús felices y contentos ejercen los unos contra los otros en sus éxtasis alcohólicos y sus brincos infantiles.

Después de todo, cualquier individuo razonable y bien informado lo sabe.  
Que esos otros negros están más urbanizados y disfrutan de un nivel de vida más alto que cualquier otro negro del continente.

Sin comparación posible.

O-h-h...

Esos bantús están

t-a-n bien cuidados...

¿Y los otros?

¡De risa!

Mira lo que han hecho con la  
independencia que les dimos.

Kunle, obviamente, estaba en contacto con círculos razonables y bien informados. Y cualquier intento que Sissie hiciera por abrir la boca y contradecirle le sacaba completamente de sus casillas.

Y, sin embargo, tenía que confesar que no había conseguido entender los razonamientos de Kunle: que limpiar el pecho del *Bass* de su corazón podrido y colocarle un corazón de café caliente, nuevecito y palpitante es la forma más segura de dar paso al Milenio de los Cafres.

Vergonzosa estolidez. Su mitad medio normal lamentó no ser capaz de compartir la visión de Kunle, ni siquiera en aquel instante. Le brillaban los ojos y temblaba de pura emoción.

Hace ya  
muchos años que cada año  
se despide con una  
carcajada más fuerte  
que la del año anterior.  
El Hombre-Blanco-Moribundo

murió.

El corazón de LA DONANTE  
vivió durante más de un año,  
nos contaron, mientras que  
su nombre  
vivió un telediario.  
La esposa del  
Hombre-Blanco-Moribundo-Ya-Muerto  
debería haber conseguido algún dinerillo  
de su póliza de seguros contra  
los riesgos quirúrgicos.

Y la cobertura  
televisiva de la noticia, con él  
animando a un  
caballo en una carrera,  
fue excelente.

Pero  
su hija dice que su  
madre  
no ha recibido  
ningún dinero, que su  
padre sufrió enormemente  
y que  
ella misma está  
confusa.

Y entretanto  
uno o dos jóvenes  
refugiados e  
idealistas  
se han vuelto completamente

locos y los han matado  
en el río Zambeze.  
El Doctor Christian se ha hecho  
un par de fotografías para la prensa  
con una Estrella de Cine.

Se ha divorciado de la  
señora Christian.

Ha adquirido otra  
señora Christian  
y un par de millones de  
rands.

Ha efectuado  
otros cuantos  
trasplantes de corazón más.

Es el único al que parece  
que le va bien.  
¿Y el resto?

Un auténtico catálogo  
de muerte y  
desolación.

Y en cuanto a los vecinos negros  
de la hija del Hombre-Blanco-Moribundo  
sólo unos cuantos millones  
tienen que llevar pases para  
respirar  
en el lugar donde  
trabajan,  
sólo unos dos mil  
perseguidos y

arrestados,  
unos pocos muertos bajo tortura,  
otros pocos ahorcados...  
El dolor y la decadencia  
son certezas  
son inagotables:  
de Gaulle ha muerto

y  
junto a su tumba  
un Jefe de Estado africano ha  
llorado.

Dicen que derramó  
lágrimas auténticas, por  
De Gaulle y por Francia.

Sus dos amores y  
amantes,  
que envían  
metralletas y  
aviones y  
submarinos a Vorster, para  
proteger a África.

—Mi amigo Edward Health  
—dijo el Dr. Bushia un día de 1971.

KUNLE ha muerto,  
asesinado por el coche por el que había  
esperado tanto tiempo.  
Los dedos helados en invierno.  
Comida barata de negro comprada  
en Shepherds Bush.

Rostros encendidos escondiéndose  
de bocas despectivas que se preguntan  
cuándo vas a terminar de una vez y volver a  
casa...

Y las cartas de casa,  
Dios mío,  
¡ESAS CARTAS DE CASA!  
Cartas que nos moríamos por recibir y que nos  
enterraban vivos cuando llegaban...

«Kofi,  
¿cuándo vas a venir?  
Aquí no hay nada de malo  
todos estamos bien y esperamos  
que tú también lo estés y rezamos al  
Todopoderoso para que en su Bondad  
te proteja».

«Bragou,  
aquí no hay nada de malo...  
salvo que nuestra familia está  
cargada de deudas.  
Incluso las cosas que nos iban bien  
se han torcido este año».

«Dede,  
no habíamos terminado de repartir  
los gastos del funeral de tu abuela cuando a tu tía la pe-  
queña, cuyo marido se había negado a dejarle una parce-  
la para cultivar al principio de la temporada de siembra,  
le descubrieron una Tuberculosis. Dicen que hoy en día  
hay cura para eso. Pero para nosotros no es fácil ente-

rarnos de esas cosas, y no sabemos dónde ir a buscar el  
remedio».

«Obi,  
guárdate esto para ti mismo  
y sopórtalo como un hombre.  
Y quizás no sea cierto,  
pero dicen que prendieron fuego  
a la casa de tu padre por la noche,  
estalló todo en llamas  
y dicen que no hubo supervivientes».

«Pero,  
por favor,  
Kunle,  
si estuvieras aquí.  
Ahora soy yo,  
tu propia madre,  
quien te habla.

Aquí no hay nada de malo.

Y no me estoy quejando,  
hijo mío.  
También sabes que estamos  
orgullosos de que estés en el  
extranjero.

Pero cuando veo lo bien cuidadas que están algunas mu-  
jeres por hijos que ni siquiera terminaron la primaria, se  
me encoge el corazón. Cada día me digo a mí misma que  
tengo que tener paciencia, y que nunca nadie consiguió  
la recompensa completa con la mitad del esfuerzo.

Pero este año, Kunle, ha sido como cuando barrieron los males de todos los patios y los echaron en el nuestro. Tu hermana pequeña, la sexta, que cuando te marchaste caminaba apoyándose en la maestra... Ay, ¿te acuerdas de que la maestra decía que era muy lista? Pero, Kunle, tuvo su primera menstruación en la última estación lluviosa. ¡Y ya la han preñado! El chico, que Dios me castigue si miento, Kunle, es un vago redomado que acabó la escuela hace dos años y que no quiere trabajar ni siquiera para mantenerse a sí mismo. He llorado muchas noches por este asunto. Y los gemelos aprobaron el examen para ir a la Universidad, pero no había dinero y tú no estabas aquí. Y aparte de a ti, ¿a quién vamos a recurrir? La chica iba a tener suerte, porque tú ya estarías aquí cuando le llegara el momento de ir a la Universidad, pero ahora mira lo que ha pasado...

Kunle,  
no me estoy quejando,  
porque sé que Dios nos envía problemas sólo para ponernos a prueba. Aunque a propósito del último problema, no sé qué pensar. ¿Te acuerdas de la gente de la Casa Grande, que tenía muchos sirvientes y mucho dinero? Siempre tuvieron envidia de nuestro terruño. Y ahora el jefe de familia es alguien de tu misma edad. Dicen que le va muy bien y que está a partir un piñón con los del nuevo gobierno. Así que ahora toda la gente importante del distrito está apoyando a este muchacho para quedarse con nuestras tierras. Nuestras tierras, que son tan pequeñas... Incluso pedimos prestado algún dinero, demasiado como para mencionar

la cifra, para dárselo a algunos hombres importantes que dijeron que nos podían ayudar. Pero se han comido también nuestro dinero y ahora están con la otra parte.

Kunle,  
no te estoy mendigando.  
¿Acaso no soy yo tu madre?  
¿Acaso no sé que tú necesitas dinero también, y que si fuera rica como mis comadres, yo misma te enviaría dinero?

Pero hijo mío  
aquí no hay nada de nada. Así que si alguien te da un penique de propina, mándanos la mitad.

Finalmente,  
que Dios te proteja dondequiera que estés  
y que te traiga pronto. Porque tienes mucho trabajo esperándote...»

El trabajo estaba esperando,  
literalmente esperando,  
y había mucho.

Tanto que, de hecho, Kunle, como tantos otros de nosotros, deseaba tener el valor suficiente para ser un cobarde y quedarse para siempre en Inglaterra. Aunque la vida «en casa» tiene sus compensaciones. El aura de haber estado en el extranjero. El dulce sufrimiento de percibir un salario alto, que en ningún caso alcanza para mantener nuestro estilo de vida, y eso sin mencionar nuestras infinitas responsabilidades.

Y había que tener un  
coche:  
pura necesidad de transporte  
con un poquito de  
prestigio colateral.

Todo el mundo que le había conocido en Londres decía que era un conductor de primera. ¿Pero qué sentido puede tener un buen coche en África, cuando todo lo que vas a hacer es conducir hasta tu pueblo? Aunque es posible que el chófer de Kunle no tuviera su misma pericia al volante.

...El coche había ardido hasta quedarse reducido a la carrocería desnuda, sus pasajeros quedaron hechos cenizas, y Kunle atrapado entre una de las puertas y un neumático, gritando, gritando sin que nadie le oyera, su corazón todavía vigoroso cuando ya había perdido la voz.

Sí,  
el corazón de Kunle permaneció en su  
pecho, demasiado fuerte para que nada  
le afectara,  
todavía latiendo bajo el  
pecho ardiendo,  
parando de latir sólo cuando las  
llamas lo  
devoraron.  
Pobre Kunle,  
pobre Doctor Christian,  
qué desperdicio,  
qué gran desperdicio.

Porque sin duda a Kunle le hubiera alegrado encontrarse entre las manos del Doctor Christian.

Un encuentro  
perfectamente civilizado.

Pero hay un camino muy largo entre  
Lagos-e-Ibadán y un  
hospital blanco del sur.

Y en todo caso,  
donde quiera que estén y por cualquier causa,  
los negros todavía  
mueren  
inútilmente

... Porque, aunque la póliza era a todo riesgo, los del seguro habían insistido en que no cubría a un chófer conduciendo a 80 millas por hora en una carretera secundaria. Eso es, definitivamente, cortejar el peligro. Y como todos nosotros, los que hemos estado en el extranjero, Kunle sabía reconocer la calidad del servicio cuando la veía. Había hecho el seguro con una compañía muy fiable... Extranjera, británica, muy antigua y solvente, con la oficina central en Londres y sucursales en Ottawa, Sídney, Salisbury y Johannesburgo...

UNA CARTA DE AMOR

Dijo un angustiado estudiante afro-americano a un profesor visitante africano:

—Señor, por favor, dígame, ¿está Egipto en África?

—Ciertamente —replicó el profesor.

—Quiero decir, señor, no es que quiera agobiarle ni nada —presionó el estudiante— pero los egipcios que construyeron las pirámides, ya sabe, los faraones y todo eso, ¿eran africanos?

—Mi muy querido muchacho —dijo el profesor visitante—, para darle la respuesta digna que su ansiedad demanda, tendría que hacerle una historia detallada del continente africano. Y para hacerlo, tendría que hablar todos los días, durante veinticuatro horas al día, durante al menos tres mil años. Y no pretendo ser grosero con usted ni nada parecido, pero ¿quién tiene semejante clase de tiempo?

Mi Precioso Lo-que-seas:

Lo primero de todo es la lengua. Esta lengua.

Sí, ya sé que te prometí que iba a ser positiva con respecto a todo. Puesto que me recordaste que lo negativo es muy corrosivo. Incluso me ofreciste una ilustración de lo que querías decir con un ejemplo de medicina. Que el negativismo es maligno, como un cáncer. Que ahoga toda la vida que alcanza al ir desarrollándose...

Asentí inclinando la cabeza, y me brillaban los ojos ante tu sempiterna claridad profesional. Pero recuerdo que, cuando intenté comprender mejor tu postura sugiriendo un paralelismo político —que el negativismo debe ser como la expansión de la civilización occidental en los tiempos modernos, porque ahoga toda vida e incluso extermina razas enteras a medida que va extendiéndose—, dijiste riendo:

—Otra vez, Sissie, ¡es que mira que eres seria!

¿Pero cómo podría evitar ser seria? ¿Eh, Mi Amor? ¿Qué positividad puede haber cuando no puedo darle voz a mi alma y hacer que se escuche? Puesto que hasta ahora sólo he sido capaz de utilizar una lengua que me esclaviza, y por tanto los mensajeros de mi mente están siempre encadenados.

Sé que me pegarías cuatro gritos, muerto de risa, recorriendo la diminuta habitación de un lado a otro, tus pasos rápidos agotando el espacio cada dos por tres:

—¿Encadenados? Sissie, ¿tus pensamientos encadenados? ¿No te parece que eres un poquito demasiado modesta? Quizás te avergonzase ponerte lírica sobre la frescura del aire en mitad del invierno, o la esencia de

la conversación educada para quienes van a tomar el té con la familia real británica. Pero tus pensamientos acerca de cualquier otro asunto nunca están encadenados... Quizás los de otra gente. ¿Pero los tuyos? ¡No! Y tú lo sabes, Sissie.

Y yo sentiría un calor placentero en la nuca ante tu valoración de mí. Y sin embargo, al mismo tiempo, tendría consciencia de una cierta ansiedad por reafirmar mi posición. Que hablaba simbólicamente, refiriéndome a las muchas áreas de nuestras vidas en las que no somos capaces de operar relevantemente a causa de lo que hemos sufrido. Y ahora tú ya estarías perdiendo la paciencia. Lo sé. De hecho, puedo escuchar tu respuesta con toda claridad.

—Santo Dios, los radicales me ponéis enfermo. ¿Cómo de ultrasensible quieres ser? ¿Qué quieres decir exactamente con eso de «las muchas áreas de nuestras vidas en las que no somos capaces de operar relevantemente»? Escúchame, ¿por qué os gusta coagular el tiempo? ¿Eh? Ey, no congeles el tiempo. No lo encierres en una cápsula de visiones trágicas. Déjalo, para que se mueva. Deja correr el tiempo.

Tus ojos se llenarían de furia y yo me sentiría avergonzada.

Pero sé que estoy en lo cierto. Por supuesto que estoy de acuerdo contigo en lo de dejar correr el tiempo. Pero, Cariño, tenemos que darle sentido. El tiempo por sí solo no significa nada, da igual a qué velocidad vaya. A menos que le demos nuestro propio sentido, algo que valdremos. Porque el tiempo es un vehículo precioso.

Pero es en esas situaciones, cuando tú te vas de la habitación hecho una fiera, que yo me quedo preguntándome si no debería salir corriendo detrás de ti y decirte que, a pesar de intentar mantenerme firme en el curso de esas discusiones banales, aun así te quiero, lo que quiera que eso signifique.

Por supuesto, el lenguaje del amor no tiene por qué ser audible. Y va más allá del akán o del ewe, del inglés o del francés. Y, por tanto, si yo no era lo bastante elocuente en ese área, la culpa no sería del lenguaje.

Pero hay ciertos asuntos que hay que discutir con palabras. Definitivamente. Al menos, por aquellos de nosotros que, gracias a Dios, todavía conservamos la lengua en la boca. Bendito sea Alá.

Y en ese punto es en el que gimo y lloro. Cuando pienso en la posición en la que nos encontramos. Porque, aunque insisto en recordarme a mí misma que te quiero —lo que quiera que eso signifique—, nunca fuimos capaces de discutir sobre los asuntos que afectan a nuestra supervivencia colectiva. Nunca, sin que uno de los dos terminara enfadado y el otro herido.

¿Por qué? Es porque no compartimos un mundo privado. Siempre intentas convencerme a toda costa de que los seres humanos son seres humanos, sin más.

Por supuesto, Cariño, pero ¿no te parece que con todo lo que sabemos es casi imposible creérselo?

Por ejemplo, yo creo que está claro que no siempre los pueblos de la tierra se han deseado lo mejor los unos a los otros. De hecho estamos seguros, ¿o no?, de que mucha gente no nos ha querido bien. Nos han deseado lo peor. Siempre lo han hecho, y todavía lo hacen.

Y ahora ya sabemos el porqué. Es una vieja historia. Y muy dolorosa. De otra forma, ¿cómo podrían habernos convertido en esclavos, cuando no les debíamos nada? Ni un céntimo, ni una *pesewa*, ni un *kobo*. Oh, no es fácil de entender. Pensar que no le debíamos a nadie ni un franco... Y, sin embargo, querían nuestro trabajo de gratis. Y cuando con ayuda de los rifles y de algunos de nuestros parientes lograron sentarse sobre nosotros, entonces dijeron que, por supuesto, nos habían convertido en esclavos porque éramos más fuertes, y podíamos trabajar al sol durante más tiempo, y otras memeces semejantes.

Mi pregunta es: ¿quién estaba allí cuando estábamos despidiéndonos de nuestro Dios? Cariño, no somos responsables de nadie más que de nosotros mismos. Nosotros no creamos a las otras razas. Luego no debemos permitir que otros nos hagan sufrir porque somos más fuertes que ellos, o porque tenemos una piel mejor.

Anemia drepanocítica. Tensión alta. Mayor frecuencia cardiaca en la infancia. Quizás alguna verdad. Un montón de conjeturas absurdas. Ninguna cantidad de basura pseudocientífica nos va a convertir en una raza más débil de lo que somos. Y malditos sean los que no nos quieren bien. Después de todo, ¿qué bebé no sabe que el carbón más negro y más brillante es el que más calor da y el que más dura? Energía. Movimiento. Somos todo eso. Sí, ¿por qué no? Y que caiga una maldición sobre aquellos que por dinero destrozan la tierra y trafican con miserias humanas.

Siempre hemos producido grandes mentes. Pero, Santo Dios, me niego a pensar que el hombre de las gélidas

cavernas del norte pueda haber sido una invención nuestra. Y, sin embargo, a veces una se lo pregunta, teniendo en cuenta la ferocidad con la que nos ha estado atacando. Como si tuviéramos la culpa de su sensación de inadecuación. Tanto física como de otra clase. Especialmente física.

Suena todo a ciencia-ficción. Como la historia de Frankenstein. Pero, en todo caso, la ciencia-ficción no es más que una prolongación irracional de la realidad, ¿no?

Mi Amor, quizás alguna gente esté escondiendo secretos colectivos aterradores. Y si ese es el caso, entonces los seres humanos no son sólo seres humanos. Puesto que no puede haber entendimiento mutuo donde no hay una absoluta transparencia, ¿*Unasikia, Mpenzi Wangu?*

Así que ya ves, Mi Precioso Lo-que-seas, que todo lo que estaba diciendo acerca del lenguaje es que deseaba que tú y yo pudiéramos compartir nuestras esperanzas, nuestros miedos y nuestras fantasías sin tener que cortarnos porque tenemos la sensación de que alguien nos está espiando. Tal y como son las cosas, no podemos escribirnos, ni hablar por teléfono, ni conversar cuando vamos en un tren o en un autobús, o en ningún sitio, porque estamos seguros de que nos están escuchando, escuchando, escuchando...

En todo caso, tú ya sabes lo infeliz que me hace esta situación.

Naturalmente, con tu supremo sentido práctico, has intentado hacerme ver las cosas de otra manera. El hecho de que tú y yo podamos siquiera vernos y conversar es una ventaja del presente. Sí, por supuesto. Excepto

que, si los ancianos tienen razón en que cualquier cosa dulce tiene su lado amargo, tenemos que determinar la cantidad de amargura que estamos dispuestos a tomar con la dulzura del presente. De otro modo, habrá tanta amargura que nunca sabremos que había algo más.

Y además, en los tiempos antiguos, quién sabe, quizás hubiéramos nacido en la misma parte del país. O nos podríamos haber conocido cuando me hubieran llevado como novicia a estudiar con alguna de las famosas sacerdotisas de tu zona, o cuando te hubieran enviado como aprendiz con uno de nuestros orfebres. Quizás sólo es nostalgia y tonterías sentimentales. Y, de nuevo, ¿por qué no? ¿Por qué tendría que tener miedo a ser sentimental? En cualquier caso, la cuestión no es sólo el presente o el pasado, sino qué factores tanto del pasado como del presente representan para nosotros las fuerzas más dinámicas del futuro.

Por eso es por lo que, antes que nada, tenemos que tener nuestro lenguaje secreto. Tenemos que crear ese lenguaje. Ya es hora de que lo hagamos. Ya somos una gente demasiado antigua como para no hacerlo. Podemos. Debemos. Para que podamos hacer el amor con palabras y sin temor a que nos escuchen.

Y en cuanto a quienes nos vigilan y nos escuchan, ojo. Aparentan que no están interesados en nuestros asuntos. Pero, la verdad, se diría que no tienen otra cosa mejor que hacer. Algunas veces sientes sus ojos tan clavados detrás de ti que tienes miedo de que te estén taladrando agujeros en la piel de la espalda. Tratando de averiguar cómo bailamos, cómo hacemos el amor, cómo razonamos.

Por supuesto, somos diferentes. No, no somos mejores que nadie. Pero en algún punto del tiempo dejamos que nuestra parte más relajada se hiciera demasiado fuerte. Así que la cuestión no es transformarnos en algo que nunca hemos sido. No, sólo tenemos que hacer un pequeño esfuerzo para actualizar nuestra parte más fuerte, más dura y más insensible. Algo así como inventarnos versiones modernas de las crueldades ancestrales.

Quemar las granjas de la gente, envenenar sus ríos y matar todos sus árboles y sus plantas como parte del esfuerzo para salvarlos de una filosofía perversa.

Darles a los hermanos metralletas y otras armas pesadas porque quieres evitar que se degüellen unos a otros.

Construir artefactos peligrosos que pueden destruir la tierra entera en un minuto para salvaguardar la paz.

Cariño, hay tantas cosas que te querría decir... ¿ves a lo que me refiero con eso del lenguaje?

Cuando empecé a escribir esta carta, pensaba que sólo quería decirte cuánto te he echado de menos. Cuánto te echo de menos todavía. Sé que no lo creerás. Y además, ¿qué más da si me crees o no? Pero tu imagen está ante mí todo el tiempo. Como el espíritu de alguien a quien has ofendido. Y, sin embargo, no te he ofendido, ¿verdad? De hecho, si hay alguien contra quien he pecado es contra mí misma. Porque deseándote como te deseo, necesítandote como te necesito, te dejé marchar. Realmente, tendría que haber tenido más cuidado. De hecho, todos los que me desean lo mejor me han dicho lo que tendría que haber hecho antes que nada, amándote como digo que te amo, lo que quiera que eso signifique.

Dicen que cualquier mujer en mi posición lo hubiera dejado todo para estar a tu lado y quedarse contigo: en primer lugar sus opiniones, y después sus propios planes. Pero ¡qué deliciosamente ingenua soy! ¿Qué es lo que hice, sino criticarte a voz en grito cada día, a ti y a tus amigos, por querer quedaros para siempre en lugares extraños?

Quizás lamento no haber sido capaz de callarme y bajar los ojos humildemente cuando sabía que no estaba de acuerdo contigo. Pero ¿sabes?, nadie me enseñó semejante humildad. Y hubiera deseado que lo hicieran.

Algunas veces, cuando la gente habla sobre las virtudes de las mujeres africanas, me pregunto quién soy yo y de dónde salgo.

Mi Precioso, como ya te dije hace tiempo, cuando te estaba contando cosas de mí, mi pueblo está a unas doscientas cincuenta millas de la costa. Ni mi madre ni mi padre fueron a la escuela. Así que nadie puede acusarme de aculturación. Por supuesto, ninguno de los dos estuvo jamás en el extranjero y por tanto no están occidentalizados. Y puesto que ninguno de ellos ha estado jamás cerca de una ciudad moderna, de ningún modo podrían haberse urbanizado. En vista de lo cual, si ellos no han sido capaces de criarme como a una buena mujer africana, ¿quién lo sería?

No, Cariño. Tengo la sensación de que toda la sumisión y la humildad que tú y los hermanos esperáis de mí y de las hermanas es lo que es realmente occidental. Ideas victorianas de segunda mano, ¿no? Alá, iyo y mi boca!

Mira, en casa la mujer tenía claro cuál era su posición y todo eso. Por supuesto, esto ha sido siempre así, en todas partes, la mayor parte del tiempo. Pero ¿acaso no era su posición entre nosotros un poco más compleja que la de las muñecas que traían consigo los colonizadores, que se desmayaban al ver sus propios dedos sangrar y que llevaban a todas partes sus sales de olor para hacer frente a emergencias tales como dedos sangrando?

¡Ahí voy yo de nuevo! Pero, por favor, Mi Cielo, sólo quería decir que estamos atrapados en una confluencia de la historia, y que se diría que eso nos ha convertido a algunos en víctimas de la ignorancia. Porque si lo que siento por ti es indicativo, debería haberme quedado contigo. Y qué mal no haber sabido cómo hacerlo... Y está claro incluso para mí que tener discusiones políticas con un hombre o insistirle en que vuelva a casa una vez que ha terminado sus estudios no son las mejores maneras de hechizarlo. De hecho, cualquier clase de trifulca es mala, punto. Y, sin embargo, todo esto son «hechos» que estoy empezando a entender. ¿Hasta qué punto puede una ser condenada por haber nacido ingenua, eh? ¿O por no ser capaz de aprender nociones básicas de supervivencia en medio de una corriente social terriblemente confusa?

Éste es otro de mis problemas. Que siempre me culpo a mí misma cuando no pasa nada. Por supuesto, siempre pasa algo con todo. Grandes fallas cataclísmicas del tiempo. Un enemigo ha arrojado un pedrusco enorme en nuestro camino. Hemos sido dispersados. Vagamos de-

masiado lejos de casa. Corremos el peligro de perdernos por completo. Y no debemos permitir que esto ocurra.

Y tú estarás diciendo:

—Ahí esta Sissie otra vez, cargando a la espalda los problemas de África como si le pagaran por eso.

Me avergüenzan estas preocupaciones. Porque siempre estabas intentando que me diera cuenta de que esas fallas son demasiado antiguas, y están demasiado incrustadas en el tejido de nuestras vidas como para poder enmendarlas en un día. Esto es, incluso en el caso de que fuera posible hacer algo inmediatamente. Por desgracia, no parece que estemos ni dispuestos ni entusiasmados con la idea.

Pero, Mi Amado, no podía creerme que por fin te habías ido. Que no pensabas volver. Durante días, estuve esperando escuchar un golpe en la puerta, abrirla y verte con la bolsa negra de la aerolínea al hombro y mucha picardía brillando en tus ojos. Como solías hacer. Pero nunca regresaste.

Por fin me di cuenta, pero después de bastante tiempo. Y entonces no supe qué hacer conmigo misma. Era como estar poseída. Por supuesto, a todo el mundo le encantaba recordarme que, si hubiera habido en mí algo de feminidad, hubiera tenido que salir en ese momento.

—Ya sabías donde vivía, ¿no? Tendrías que haber ido a buscarle y haberle pedido perdón, da igual por qué. Halagarle... Si quieres a tu hombre, engánchalo por cualquier medio a tu alcance.

A alguna gente puede parecerle infinitamente torpe, pero, como te digo, no se me ocurrió hacer nada de eso.

Me quedé sentada en mi habitación, a sufrir. No me volví tan loca como pensaba. Sin embargo, ocurrió otra cosa. La soledad se convirtió en mi compañera de habitación y se apoderó de ella.

Cariño, he estado sola antes estando en casa.

Y volveré a estar sola. Oh, sí, todo el mundo se siente solo de vez en cuando. Después de todo, y si miramos al fondo de nosotros mismos, ¿acaso no sabemos que el calor de los demás, cuando llega, es así de dulce porque siempre llevamos con nosotros el conocimiento de la gélida soledad de la muerte?

Así que, por favor, no me digas que lo que sentí cuando tú te fuiste fue parte de mi... ¿cómo lo describirías? «Mi neurosis anti-occidental». Quizás. Aunque también confieso que estoy convencida de que estos países fríos no son sitios para que nadie esté solo. Hombres, pollos o cabras. Hay una clase de soledad en el extranjero que es realmente mala. Llega con el viento frío que sopla en la calle y que hace que los árboles giman. Está en el calor artificial de la habitación, que reseca mi piel y llenaba mi sueño de pesadillas.

Viene con la comida del supermercado. Los vegetales y la fruta, que no se pudren nunca. La carne, el pollo. Todo ello hinchado con agua, para parecer más grande y darles más dinero a los vendedores.

Mi Amor Perdido, la soledad me perseguía en los medicamentos insanos que venían con la comida que tenía que comer sacándola de latas, cajas y bolsas de plástico, y que con sólo saborearla hacía que mi sangre protestara a voz en grito con los sarpullidos y los granos que me

salían. Ahora mi piel, que siempre decías que era suave y lustrosa, se ha vuelto dura y áspera como el caparazón de una tortuga vieja.

Perdona, Mi Amor, que mis miedos sean siempre tan locos. Tú, con tus simpatías ecuménicas, siempre has tratado de hacerme ver que cualquier cosa que los demás puedan comer para vivir es buena para todos los seres humanos. Y los Ancianos, en su infinita sabiduría, declararon mucho tiempo atrás que las entrañas asquerosas de la zarigüeya podían ser una delicia para otra gente, en otros lugares. Okay, okay, okay. Lo que intento decirte es que, algunas veces, echaba de menos unas simples verduras aliñadas con aceite de palma.

Por eso no debiera haberte sorprendido que yo me pasara muchas noches de insomnio intentando entender por qué los hermanos y las hermanas, después de terminar sus estudios, se quedan y se quedan y se quedan...

Después de todo, ¿acaso el plan original no era que viniéramos a estos sitios extraños, aprendiéramos lo que pudiéramos de su sabiduría y nos volviéramos después a casa?

Y resulta que venimos y, claramente, lo que aprendemos es a morir. Sí, eso debe de ser. Y es bien extraño. Hacer todo el camino sólo para aprender a morir de una gente cuyo instinto de supervivencia no les ha fallado una sola vez. Ni una. Perdóname por ser tan mórbida. No puedo evitarlo. Una vez dijiste que no me río lo suficiente. Que debería intentar esforzarme por reírme más. Tenías razón, por supuesto. Y me acuerdo de cómo mis viejos amigos y yo llorábamos de risa en casa, viendo

en qué clase de imbéciles nos estábamos convirtiendo. Especialmente los hombres poderosos. Oh, nos reíamos hasta que nos dolía el costado, nos tirábamos por el suelo de risa y gimoteábamos por la completa locura de todo el asunto, hasta que nos corrían las lágrimas por las mejillas. Quizás fuera el sol y el puro placer de estar en nuestra propia tierra... En nuestra hermosa tierra. ¿He dicho «nuestra tierra»? Una se pregunta si todavía es nuestra. O durante cuánto tiempo lo será...

¡Malditos sean los que roban continentes!

Mi Amado, ver y escuchar las versiones perfeccionadas de nuestra pérdida de perspectiva en este lugar borraría la sonrisa más animosa de cualquier rostro. Nos hemos convertido en maestros en pescar nuestra propia muerte, no importa en qué envoltorio venga embalada. Justo como nuestros grandes profesores. Que siendo conscientes del trabajo agotador que es desaprender lo que los amos nos enseñaron, y de que aprender algo nuevo es todavía más difícil, se pasan las horas entre cervezas bien frías, aconsejándonos que «no atrasemos el reloj ni intentemos cambiar la Historia», y bla, bla, bla... Dicen que, después de todo, la literatura, el arte, la cultura, toda la información es universal. Así que debemos apresurarnos a perder nuestra identidad para unirnos a la gran familia del hombre...

Cariño, ¿no es una locura total? ¿Cómo pueden decir esas cosas? Oh, sí, me acuerdo una vez que estaba largando con furia contra estos intelectuales comatosos, y me dijiste que me ahorrara el esfuerzo «porque estaban acabados, acabados, acabados.» Mirando tu preciosa

mano agitándose en el aire —era la izquierda— y tus ojos enormes girando en sus órbitas, no pude evitar reírme. Y me acordé de los subastadores de cosechas en la iglesia, con sus campanillas. Sí, Mi Amor, están acabados, acabados, acabados...

Sin embargo, Mi Vida, el cuento no se termina al contarlo. Porque este auto-exilio parece una versión renovada de la antigua bancarrota. ¿Te acuerdas del día que nos conocimos, en una reunión del sindicato de estudiantes? Yo me puse en pie y atacé a todo el mundo, rogándoles que en vez de pasarse la vida reunidos, escupiendo virtuosamente sus bonitos análisis radicales sobre la situación en casa, lo que deberíamos hacer era darnos prisa en volver. No me olvidaré de lo ridícula que me sentí al principio, con mi rabia tan mojigata. Casi me comen, ¿te acuerdas? Cuando la reunión terminó formalmente, todos se me echaron encima, gritándome, golpeándome con sus argumentos. Y entonces ya no me sentí ridícula, sólo triste. Porque ésta es la otra cara de la tragedia, el tratar de explicar las razones para no volver. Tantas versiones, y cada una más patética y menos creíble que la anterior...

—Sissie, tú sabes cómo son las cosas en casa. A la gente le fascinan los títulos. Así que, aunque a mí me da igual que me llamen Doctor-lo-que-sea, tendrás que admitir que sólo empiezan a tratarte como un ser humano cuando tienes un doctorado.

Ésa me dejó muerta. Me tambaleé mientras buscaba algo que decir. Y sin embargo, ¿qué se puede decir a eso? Cuando hombres que a duras penas sacaron sus

carreras sólo aceptan emplear a gente con tres o más licenciaturas... Benditos sean los primeros que llegaron al mercado laboral, entre ellos se repartieron lo mejor.

Y entretanto, la tesis está siempre en proceso de redacción. Y durante años, inconscientemente, posponemos sus conclusiones. Porque terminarla nos priva de una de las excusas que tenemos para seguir aquí. Pero sólo es una de las posibles excusas...

—Sissie, no tienes ni idea. Algunos hemos hecho todo lo posible por volver. Por ejemplo, yo escribí al banco. Escribí a la oficina central, les hablé de mis notas y de los trabajos que he tenido aquí... Ahora mismo soy director de la oficina de la calle 16 del West Atlantic Trust Bank. Hermana, cobro más del doble que el director del Guinea Coast Commercial Bank. Pero aun así estaba dispuesto a sacrificarme e ir a casa para ayudar a enderezar la economía. Nunca me contestaron. Ni una palabra...

Hizo una pausa, como esperando un aplauso que recibió de algunos en forma de gestos de asentimiento acompañados por gritos de:

—Sí, sí.

—Tiene razón.

—A mí me pasó lo mismo.

—Y a mí.

—... Así que ya ves, Sissie, aquí estoy ganando un buen dinero y viviendo lo mejor que un negro puede vivir en este país. Y pese a eso decidí dejarlo todo y renunciar a una tercera parte de mis ingresos. Puesto que es obvio que nuestro país no puede permitirse mis servicios. Y después de todo, ¿qué más quieres que haga? ¿Qué es lo que te gustaría que hiciera?

Pausa.

Naturalmente, yo pensaba mandarle al infierno...

Mi Cielo, me dijiste una vez en broma que con una boca como la mía no me hacía falta tener mala leche. En serio, tengo ambas cosas. Una combinación muy peligrosa para vivir en cualquier sitio o en cualquier época...

Puesto que tú estabas en la reunión, no hace falta que te recuerde los detalles, pero están muy claros en mi cabeza... Antes de que pudiese gritarle al último orador, se salvó sola la situación, porque estaban hablando todos a una, dándome su versión de la historia. Pensé que lo mejor que podía hacer en ese momento era relajarme y disfrutar... Debe de tener gracia ser un sacerdote católico. Escuchar las confesiones de la gente. Sabes que nunca te cuentan la verdad. Y no te importa porque, en todo caso, tampoco tú eres Dios. Y además, ¿qué sentido tendría escuchar la verdad cuando sospechas que a la larga tiene menos miga que los pecados imaginarios que esos tipos se inventan para contarte?

... Hablando en voz alta, les había dado la oportunidad que estaban deseando para hablar consigo mismos.

Para la mayoría, era la cosa de la madre. Todos querían asegurarse de hacer algo importante por «Mi Madre». Enviarle dinero para que se hiciera una casa mientras ellos estaban todavía fuera, o hacérsela nada más volver.

—Porque —añadían— mi madre ha sufrido.

Awo, Mama, Ena, Maeto, Nne, Nna, Emama, Iyie...

Por supuesto que ha sufrido la madre africana. Por Alá, cuánto ha sufrido. ¿Cuánto y durante cuánto tiempo? Sólo con pensar en lo que les ha ocurrido a sus hi-

jos en los últimos doscientos años... Cuando no tenía que venderlos a los magnates locales a cambio de sal, saqueadores extranjeros los transportaban a otros lugares, donde otros mandamases consideraban que habían tirado sus vidas si antes de morir no se habían acostado con, al menos, una mujer africana. Y la emoción era suprema si de paso podían tener a su hermano mirando impotente... Un hombre encadenado. ¡Dios mío, lo que hemos pasado, Mi Vida! Y mientras tanto, los que se criaban junto a la Madre se despertaban para hacer trabajos forzosos en condiciones de semi-esclavitud en las plantaciones coloniales... Después, a sus hijos les reclutaban los ejércitos imperiales e iban a morir a tierras extrañas una vez más o volvían con ella con mentes y cuerpos mutilados. Y ahora mira a esos para los que ella ha estado economizando, ahorrando e hipotecando su dignidad para enviarlos a la escuela más cercana, o al extranjero. Mírales volviendo con nietos con los que ella no se puede comunicar, porque sólo hablan inglés, francés, portugués o incluso alemán, y ella no... Oh, sí, ¡vaya si ha sufrido! Así que esta chabola despintada en colores pastel que le prometen es algo que al menos ella conoce. Pero, Cariño, no te enfades conmigo si puedes evitarlo. ¿Acaso no existe el peligro de que podamos pensar en resolver un viejo problema colectivo aplicando medidas individuales y al por menor? Así que todos los que hemos estado en el extranjero construimos casas para nuestras madres. ¿Y después, qué?

Hablaron aquella tarde. Mis hermanos hablaron. Probablemente fuiste el único que en ese momento no me

dijo nada. Estuviste todo el rato quieto en un sitio, cerca del mogollón, observándome con aire de estar pasándotelo estupendamente. Y muy, muy guapo. Tu barba brillaba negra, negra, y yo me moría de ganas de acercarme y tocarla. Una mera fantasía, puesto que estaba atrapada en el centro de un gran círculo de gente... Y, en todo caso, no hubiera tenido el valor... no cuando no nos habíamos dicho ni una sola palabra el uno al otro. Después de un rato me di cuenta de que ya no estabas allí y tuve miedo de que te hubieras ido.

Pero, estuvieras o no allí, algunas de las excusas que daban eran francamente divertidas. Un muchacho con pinta de niño perdido dijo que al ser akan y venir de una familia matrilineal, tiene más parientes de los que ocuparse. ¡Mientras que sus amigos ewe, mandingo y demás, con familias patrilineales, lo tienen más fácil! De hecho, incluso sus propios amigos se mofaron de él. Porque, tal y como alguien le recordó indignado, los parientes son los parientes. Algunos los tienen por parte de madre y otros por parte de padre. Pero todos tenemos nuestra carga... ¡Qué monería antropológica!

Y, después, me encontré con uno de ellos el otro día, cuando fui a la embajada a renovar mi pasaporte. Y, entre nosotros, me dijo que no podía volver a casa porque tenía que hacer frente a un serio problema personal. Se está acercando a los treinta, pero no le sale la barba. Un rasgo de familia. Pero le da muchísima vergüenza. Así que ha decidido hacerse un implante de pelo en la barbilla. Es una operación carísima, declaró. Así que se queda para sacar un poco más de dinero para hacérsela.

Después tendrá que esperar un año, más o menos, hasta que se le curen las cicatrices de la operación y aprenda a vivir sin problemas con su nueva barba permanente...

No todo fue relajado aquella tarde. No. Algunas reacciones me asustaron. Hasta me arrepentí de haber abierto la boca. Porque cuando un problema es tan grande como una bocamina, hay que afrontarlo con una boca más experimentada que la mía, ¿no? Sentí lástima por mí misma. Y tú te diste cuenta, ¿verdad? Seguramente, por eso tenías esa mirada... Quizás incluso sentí más lástima por ellos. Puesto que la forma en la que habían respondido a mi breve discurso me absolvía de toda culpa. Yo sólo era una niña encabronada que había hurgado desconsideradamente en sus heridas. Cada uno estaba lamiendo su herida. Pero había una herida. Abierta. Sangrante.

—Señorita, considere mi caso, por ejemplo...

El que hablaba era un caballero bajito con cara de no haber roto un plato en su vida. Parecía mucho mayor que cualquiera de los otros. Fue él quien me hizo sentir absolutamente avergonzada. Porque, de pronto, me encontré pensando que realmente no era asunto mío lo que alguien como él hiciera con su vida. Aunque parecía más fuera de lugar que el resto, visto en un país en el que los negros son eternamente considerados niños... No sabía dónde mirar mientras el hombre hablaba.

—Yo he comprado casas aquí. Casas. Cuando mi primo vino en un vuelo chárter el año pasado, no podía creerse que era dueño de mi propia casa y además de algunas otras. Sí, aquí. Se las alquilo a muchachos de casa a precios económicos. Yo no soy de los que no distinguen

a un paisano de un extranjero y explotan cruelmente a su gente. De hecho, pregúnteles, ellos se lo confirmarán...

—Él es bueno...

—El Tío es bueno... —dijeron algunas voces.

—El hecho de haber vivido tantos años en el extranjero no significa que haya perdido mi sentido de la hospitalidad africana...

Ellos siguieron hablando a partir de ese punto.

—Sí, Sissie, nos invita a comer en los días festivos y en las fiestas de nuestro país.

—La mayoría de los banquetes de boda se hacen en su casa —gritó alguien desde el fondo.

Se había convertido en una obra de teatro bien orquestada.

—Es el presidente de nuestra Sociedad de Beneficencia.

—Cuando alguien muere, él se encarga de repatriar el cadáver en condiciones.

—O ayuda a organizar funerales con velatorios como Dios manda y servicios religiosos... ¡Nada de funerales de plástico para nosotros!

—Tiene que admitir, Señorita, que tiene que haber alguien aquí que se ocupe de nosotros como lo hace el Tío...

—Sí, sí.

Fue todo lo que pude decir para no empezar a reírme en su cara. Me curaron de mis dudas. Porque esta última justificación se parecía demasiado a la política en casa. Ya sabes, los políticos locales y sus acólitos...

—Además, el Tío trabajó duro para venir aquí y nunca tuvo una beca. ¿Por qué tendría que sentirse obligado a volver a casa? —dijo alguien.

—Okay, ¿y qué pasa con todos los demás, miles en todo el mundo occidental, que vinieron aquí con una beca y a los que el gobierno ha mantenido todo el tiempo, y que aun así se niegan a volver a casa después de terminar la carrera?

Supe que me estaba enfadando. Justo en ese momento, oí una voz nueva, segura de sí misma, enfadada.

—Escucha, Hermana. No puedes hacer estas afirmaciones así como así. Vinimos con becas del gobierno. ¿Y qué? ¿Con qué becas íbamos a venir si no? Y además, mira a una persona como yo. ¿Acaso no he pagado mi deuda con las notazas que he sacado todo el tiempo?

Debo decir que le miré. Literalmente. De hecho, mientras estuvo hablando no aparté los ojos de su cara. Le recuerdas, ¿no? No supe cuándo volviste a tu rincón. Sin embargo, cuando volví a verte allí me sentí feliz. Me dijiste más tarde que ese joven médico era brillante de verdad. Que no se había vuelto un pijo a pesar de todos sus éxitos y que el mero hecho de su presencia en esta reunión era prueba sobrada de su preocupación. También me dijiste que él normalmente no decía gran cosa y que el hecho de que hubiera reaccionado demostraba que de verdad se había sentido herido. Corazón Mío, tú eres parte de la profesión y sin duda sabes si él es bueno o no. Y en este punto es donde entra en juego lo que alguien ha definido como mi falta de instinto femenino. Tendría que haber adivinado, después de que realmente nos hiciéramos buenos amigos, que precisamente porque estabais en el mismo campo, cualquier crítica que yo le hiciera al individuo tú te la tomarías como algo perso-

nal. Buff, esto es demasiado. ¿De dónde hubiera podido sacar esa sabiduría? Así que me peleé y discutí contigo una y otra vez, hasta que te hartaste. Oh, no, él no era todo lo que importaba. Por otra parte, ahora tengo que admitir que él se convirtió en un símbolo de todo lo que yo considero de mal gusto en los tipos que han decidido quedarse para siempre en el extranjero. No, ninguno de vosotros lo admite tan abiertamente como él; pero él tiene la seguridad del corredor de fondo. Oh, Querido, y todo el tiempo tú te identificabas con él. Ahora, lo que me resulta milagroso es que, a pesar de todo, no te hubieras lanzado contra mí antes. Mi Vida, Dios te bendiga por eso y por muchas otras cosas. Fue bonito mientras duró. Pero es obvio que no hubiera podido seguir eternamente. El amor nos llegó de golpe, y desde el principio tuvo que hacer frente a un juicio. Tendría que haber sido una persona diferente. Y entonces no me hubiera preocupado aparentar que las diferencias no eran tan terribles.

No digas «aparentar». Toda la vida es un teatro. Aprende a interpretar tu papel, eso es todo. Dice la voz de la eterna sabiduría. Hm... hm. Hm... hm. Hm... hm. Algunos pasan de la representación. Y pagan su precio por ello. Algunas mujeres y también algunos hombres. A mi manera, yo lo intenté. Quizás lo mío no fue nada, considerando hasta dónde llegan los que son realmente listos. Pero ésa soy yo. Así que no me juzgues con excesiva dureza. Tengo un corazón indómito, pero no mezquino. Y tú, igual... Y ésa es una buena razón para que dos personas se amen, ¿no?

Mi Vida, fui incapaz de «aparentar» que tu brillante colega me caía bien. En cuanto a eso, me confieso culpable. Vaya, el tipo me retó como si estuviéramos en un concurso de méritos. ¿Y todo eso para explicar por qué quiere vivir en Europa o en América? Durante el resto de la noche, su voz continuó sonando, imperturbable.

—Escucha, escucha. Yo he hecho que los nuestros se sientan orgullosos de mí. He llegado a lo más alto de mi profesión. Y me he ganado mi reputación como uno de los diez mejores especialistas en el mundo en trastornos gástricos... Y, en cualquier caso, todo este sermón de que volvamos a casa... ¿Qué hay allí? Además de regímenes civiles estúpidos y corruptos, golpes de estado y gobiernos militares todavía más estúpidos y más corruptos... Y después están los colegas médicos, que durante mucho tiempo fueron los únicos con los que podías contar. Ahora son tan mediocres que el único placer que encuentran en la vida es frustrar las esperanzas de los más jóvenes. Cada vez que voy a casa —dijo— visito unos cuantos hospitales. Y es la misma historia de sur a norte. Ni trabajan ellos ni dejan trabajar a los demás... De hecho, he oído que ni se molestan en contestar las cartas de los que piden trabajo. Nunca lo he intentado. Pero conozco a muchos que sí. Había dos tipos que vinieron de mi zona, gente interesante, con ideas políticas radicales... con un montón de entusiasmo ingenuo, como tú. Un buen día hicieron las maletas y se volvieron a casa. Se te abrirían las carnes, Hermana, si te cuentan su historia...

Hubo gritos de «Oh, sí. Oh, sí» de los otros. Creo que incluso murmuraron algunos nombres.

—Historias de cartas en las que les convocaban a una entrevista y luego no aparecía ninguno de los entrevistadores. De doctores jóvenes que al final encontraban un trabajo, y que incluso empezaban a cobrar un sueldo, aunque no se les permitía acercarse a los hospitales durante meses y meses, con la excusa de que sus viviendas no estaban terminadas... Hermana, ¿no querrás que vuelva a casa sólo para frustrarme, no? ¿Cómo puede volver alguien como yo? Ni se me ocurre cómo... Ahora sólo me dedico a la investigación. No es una broma. Cualquiera puede decirte que me estoy convirtiendo en la última palabra en Medicina por lo que se refiere al abdomen humano. Ningún congreso sobre el tema vale un carajo si yo no soy uno de los invitados. Hago *by-passes* intestinales por hobby. Escucha, me consta que mucha gente blanca viene a consultarme sólo para cerciorarse de que soy africano. Mi fama llega hasta Rusia y China. Y eso es algo, ¿no? Hermana, en casa no se dan las condiciones para que alguien como yo encuentre el ambiente adecuado para desarrollar su trabajo. ¡Y eso es un hecho! ¿Dónde están los fondos? Quizás no seas consciente de esto, pero un laboratorio de primera para que yo pudiera seguir investigando acabaría con el presupuesto anual del Ministerio de Salud Pública... No, déjame que me quedé aquí un tiempo...

No pude replicarle nada a eso. ¿Qué iba a decir? Tenía en parte tanta razón... Era como mirar a tu propia caricatura.

—...Por supuesto que en algún momento volveremos. El día menos pensado. He estado yendo a casa

regularmente, al menos durante los dos últimos años. Todos los años, de hecho, para ver a mi madre... para ver qué están haciendo mis hermanos pequeños... Los mantengo a todos: abuelos, tías, primos. Y, por cierto, me lo puedo permitir porque estoy aquí todavía... Pero, como te decía, me paso en casa por lo menos cuatro semanas todos los inviernos. Es fundamental para conservar la perspectiva. Refrescante. Te mantiene con los pies en la tierra. Y no sólo eso. Está demostrando ser muy útil. ¿Sabes lo que se está discutiendo mucho, sobre lo que se está especulando mucho? Sobre el maridaje entre las intuiciones de la medicina tradicional africana y la experiencia clínica occidental. Bueno, la gente se limita a hablar. No tienen ni idea de qué va. Es una auténtica explosión... Pero esto era un decir. Lo que intento explicarte es que mi visita anual a casa me parece un proceso muy revitalizador. Quitando eso, Sissie, aquí estoy muy a gusto. Y después de todo, donde uno se siente en casa es que está en casa. Este mundo es de todos. Podemos anidar en cualquier rama...

—Pero no somos pájaros.

Obviamente, había recuperado mi yo genuino.

—¿Cuál es la diferencia? —me preguntó tranquilamente.

—La diferencia está en todo lo que has contado esta noche. Nuestras necesidades son más complejas que las de los pájaros, ¿no? Con seguridad nuestros cuerpos necesitan algo más que ramas, aire y semillas...

Estaba buscando la forma de decirle lo que tenía en la cabeza. Acerca de vivir la vida relevantemente. Acerca

de las realidades intangibles. Todo ese rollo. Y sin embargo no quería quedarme atascada entre un montón de basura metafísica. Cuando una atmósfera es tan inerte como la de África hoy en día, lo peor que puedes hacerle a nadie es venderle tus sueños... No hubiera tenido que preocuparme, porque el joven doctor estaba otra vez saliendo por la tangente.

—Tú sabes que aquí en el hemisferio occidental todavía creen que lo único que pueden hacer los negros es entretenerlos... Correr, saltar y cantar. Por supuesto, los africanos jamás hemos sucumbido a su imagen del negro...

—Pero date cuenta de que, quedándose aquí, alguien como yo cumple con un propósito fundamental, educarlos para que reconozcan nuestro valor...

—¿Educar a quién para que reconozca nuestro valor, Hermano?

—A los de aquí —dijo él.

—¿Aquí, dónde?

—Aquí, en Occidente.

—¿Quieres decir a los blancos?

—Bueno... sí...

—Pero siempre han sabido cuánto valemos. Siempre lo han sabido, Hermano, eso y mucho más. Puede que no consideren necesario admitirlo... Ese es otro asunto. Probablemente saben que reconocerlo sería un fallo estratégico. Sabes, Hermano... si no espabilamos, nos quemaremos las cejas y el cerebro intentando probar lo que tú llamas «nuestro valor» y no obtendremos ni un destello de reconocimiento de esos fríos ojos azules. Y en cualquier caso, ¿quiénes se creen ellos que son? Así

que vuelve a casa, hermano. Vuelve a nuestra gente. Son los únicos que necesitan saber cuánto valemós. Las recompensas no serán grandes. Casi nada. Con cada operación de éxito, te jalearán como a un milagrero. Porque su fe no está puesta en los bisturís que manejas, sino en tus manos; en tu toque humano... Una vez al año, algún hombre con posibles vendrá a darte las gracias con un cordero. O una cabra. Alguna vez, incluso te sugerirán sutilmente que te cases con su lindísima hija...

—Pero la mayor parte de las veces serán expresiones humildes con sus medios humildes. Una gallina. Un gallo. Una anciana te traerá los huevos de sus gallinas criadas en casa. Una viuda te traerá su último ñame... No, hoy en día, el cómo se lo pueda tomar la gente está acabando incluso con esos pequeños gestos. Así que en la mayoría de las ocasiones será un simple «gracias», dicho con mucha timidez, y una bendición para el vientre que te parió...

Mi Vida, no fui consciente de que estaba haciendo un discurso. Cuando me callé, el silencio se hizo audible. Miré frente a mí y había allí muchos ojos. Después me di cuenta de que el doctor estaba de la mano de una mujer blanca... Por Alá, te iba a preguntar después por ella. ¿Quién era? ¿Su mujer o sólo una novia?

...Y en todo caso, algo amenazaba en ese momento con derrumbármeme por dentro. ¿Así que era esto? Sólo estamos en el tema uno, ¿no? El mono evolucionado tiene su audiencia privada, para la que ejecuta sus mejores trucos. Demostrando nuestro valor, ¿no? Justo entonces tú te acercaste. Viniste derecho a mí y me cogiste las ma-

nos. Oh, Mi Vida, Mi Precioso Lo-que-seas, Mi Propio Lo-que-seas, ¿cómo seré nunca capaz de agradecerte ese momento? No podría haber salido mejor ni aunque lo hubiéramos programado. Seguro que te acuerdas de haberme sacado de la sala con las voces persiguiéndonos, después un gran murmullo que finalmente ensordeció, mientras que afuera, en la noche helada, la nieve brillante parecía tan sólida como si fuera a durar para siempre, y después tú condujiste y condujiste y condujiste, y después salimos del coche y me arropaste con el abrigo y me dijiste que no te parecía lo bastante grueso, después un ascensor, tú abriendo una puerta, quitándome el abrigo, sentándome en una silla, sirviéndome algún licor, ni siquiera me preguntaste si bebía o no, y yo me sentí agradecida, y te serviste también algo de beber y, sentándote en una silla, justo enfrente de mí y con una sonrisa en los ojos, dijiste:

—Ya sé que todo el mundo te llama Sissie, pero ¿cómo te llamas de verdad?

El avión empujaba su nariz a través del aire, atravesando las nubes. Con casi trescientas personas a bordo, era excesivamente grande, de proporciones casi obscuras para ser un medio aéreo. Y sin embargo ya había rumores de que se iban a construir algunos casi el doble de grandes que en el que Sissie estaba volviendo. Y mucho más rápidos.

Dentro del avión había unos cuantos apaciguadores de los nervios susceptibles que padecen la mayor parte de los viajeros aéreos, sin importar lo a menudo que viajen o a qué distancias. Había como ocho canales de música. Y, desvaneciéndose en la pantalla, una película del lejano oeste americano, de las de los primeros tiempos del cine. La tripulación, además de distribuir dulces, refrescos y licores, también estaba haciendo un negocio boyante vendiendo cigarrillos, perfumes y otras baratijas conocidas del *duty-free*. Y, entretanto, personas con diferentes tonos de piel y motivaciones compartían con sus vecinos de asiento toda suerte de información clasificada, y cada una de las parejas implicadas se creían los agentes secretos más inteligentes de a bordo. En conjunto, la atmósfera era como la de cualquier otro mercadillo humano.

Sissie es la clase de pasajera a la que tales actividades le pasan desapercibidas sin que se dé cuenta. Volar le pone inmensamente nerviosa y normalmente lee sin parar. En este vuelo en particular, había estado haciendo otra cosa. Escribiendo la carta...

—Señoras y señores pasajeros...

La voz anunció la altitud a la que volaban, la temperatura exterior, la velocidad del viento, y añadió que en un minuto o dos dejarían atrás el Atlántico y que, de hecho, si miraban por la ventanilla verían el continente africano...

Sissie se despertó. Había estado por completo absorpta en lo que estaba haciendo... Ciertamente, ahí estaba África, enorme, y vista desde esta costa, realmente verde y cálida. De hecho, más que a la voz del piloto, Sissie había respondido al calor que súbitamente había invadido el gélido interior del avión.

Cuando fue consciente de que había estado escribiendo todo el tiempo que llevaban volando, se quedó de una pieza. La carta era merecidamente larga. A lo largo de las dos siguientes paradas, la leyó y la releyó. De algún modo, cuanto más la leía, más aliviada se sentía. De haberla escrito de verdad. Y al mismo tiempo también se sentía inquieta. Definitivamente, era demasiado larga, y en todo caso, ¿qué esperaba enviándosela a él? Había pensado en pedirle a la azafata algunos sobres para dividirla en al menos tres partes y echarla en el primer buzón que viera. Y ahora, sin embargo, no estaba segura de querer hacerlo, al menos no todavía... Alguna vez había oído decir que este tipo de correspondencia *post-mortem* no sirve de nada. De hecho, si le preguntaras a los entendidos, te dirían que es una mala política. Pero su necesidad de comunicarse había sido tan grande... ¿Qué hacer?

Callada y quieta en su asiento, miraba la tierra que se extendía ante ella. Desierto, árboles, un humedal, más desierto, y verde, montones de verde. Tuvo que reprimi-

mirse para no reír a carcajadas. De pronto, supo lo que no iba a hacer. Nunca iba a echar la carta al correo. Una vez escrita, estaba escrita. Había volcado en ella parte de su dolor y eso la reconfortaba. No había ninguna necesidad de enviarla. No era necesario. Iba a dejar las cosas como estaban. Además, estaba de vuelta en África. Y eso era como miel fresca en la boca: una mezcla de absoluta dulzura y de rudo sabor a humo. Debajo de ella estaba su hogar, con su inevitable calor y, después de tantos miles de años, su falta de certezas.

—Oh, África, viejo continente loco...

Sissie se preguntó si lo habría dicho en voz alta. El ocupante del asiento de al lado seguramente pensó que estaba chiflada. Y entonces decidió que le daba exactamente igual.

EPÍLOGO

---

AMA ATA AIDOO

**Colegas indeseadas y esclavas decorativas.  
Visiones sobre las mujeres como escritoras  
y personajes en la literatura africana  
contemporánea \***

Desde niña, viviendo rodeada de adultas, ya había presentado que todo lo que tenía exclusivamente que ver con ser mujer se consideraba como sucio o como algo que las marcaba de una u otra forma poco halagüeña.

La primera regla de una chica se celebraba después de que hubiera estado confinada durante una semana.<sup>1</sup>

---

\* La primera parte de este ensayo corresponde a la introducción a otra ponencia que presenté por primera vez en el seminario sobre *Creative Women in Changing Societies*, organizado por UNITAR en Oslo, 9-13 de julio de 1980. (La versión original de este texto, «Unwelcome Pals and Decorative Slaves or Glimpses on Women as Writers and Characters in Contemporary African Literature», está incluida en la obra *Emerging Perspectives on Ama Ata Aidoo*, editada por Ada Uzoamaka Azodo y Gay Wilentz. Trenton, N.J.: Africa World Press, Inc., 1999. N. de la t.)

---

<sup>1</sup>En ciertos momentos considerados tradicionalmente como hitos en el ciclo vital de una mujer, a ésta se la veía como literalmente intocable. El ámbito y la frecuencia de estas restricciones dependía de factores tales como el culto tradicional que la familia profesaba y de la cercanía del domicilio de la mujer a lugares de culto públicos o privados. Estos hitos incluían las primeras menstruaciones y para algunas todo el resto de las reglas; la cuarentena completa en el caso del primogénito y de los sucesivos alumbramientos; un año en caso de viudedad (compárese con un máximo de cuarenta días en el caso de los viudos), o la muerte estando embarazada. En este último caso, el cadáver de la mujer era expuesto a la humillación pública.

Ahora sabemos que la «celebración» era en realidad una forma sutil de proclamar a los cuatro vientos que la chica ya estaba lista para procrear, y que las partes interesadas podían empezar a pensar en plantear una oferta si querían ser socios de tan sagrada empresa.

Y una vez que tú, el galán, habías tenido la audacia de dar un paso al frente y arrancarla de la espalda de su madre, también podías dar por hecho que habías adquirido

- una sirvienta sexual;
- una nodriza y un aya para tus hijos;
- una cocinera, un mayordomo y
- una chica para todo;
- un pilar de consuelo;
- una consultora económica y general;
- mano de obra en el campo y,
- si te daba por ahí,
- un saco de boxeo.

No, la posición de las mujeres en África no ha sido menos ridícula que en cualquier otra parte —los detalles específicos sólo son interesantes en términos de color local o de las necesidades concretas de las familias—, a menos que hayas tenido la suerte o la desgracia de haber nacido en una de esas familias que pueden imaginarse vidas alternativas para los críos, diferentes de las que viven los adultos.

Por ejemplo, para cuando yo nací, mi padre había llegado a la conclusión de que la educación formal occidental era la respuesta a los problemas y las limitaciones de

la mente no cultivada, y para el completo erial que era la suma de nuestras vidas como mujeres.<sup>2</sup>

Una tía mía que había aprendido a leer lo justo de nuestra lengua como para pertenecer al coro de la iglesia, y que siempre lamentaba el destino que la había privado de tener más oportunidades educativas, me dijo una vez cuando yo estaba en secundaria: «Hija mía, llega todo lo lejos que puedas con esta educación. Dale y dale y dale. Dale hasta que te aburras. Porque un marido es algo que una se encuentra por el camino».

De esto hace mucho tiempo.

Y, por tanto, ¿tiene algo de raro que no dé crédito ahora, cuando socializando con estudiantes de ambos sexos, académic@s y catedratic@s, me entero de que piensan, creen e incluso insisten en que, básicamente, la mujer está hecha para el matrimonio?

¿Y que para una mujer la educación superior sólo es una forma desafortunada de posponer su auto-realización?

¿Y que cualquier carrera profesional fuera del hogar es naturalmente cosa de hombres y de unas cuantas tías «feas»?

¿Que la única forma de que una mujer haga carrera académica es estando casada? ¿Y que, si no se casa, está poniendo de manifiesto su falta de atractivo? ¿Y que si obviamente es una persona tan poco atractiva, en otros

---

<sup>2</sup>A mi padre le escuché por primera vez la famosa cita del Dr. Kwegyir Aggrey: «Si educas a una mujer, educas a una nación».

aspectos también será una cabeza loca, que además hace sentirse incómodas al resto de las personas?

Claramente, el proponerse en esa atmósfera ser profesora universitaria y escritora tiene que ser un síntoma extremo de alguna psicosis innombrable.

Y nadie te refuerza en la opinión contraria.

De hecho, a tus colegas varones parece ofenderles que estés profesionalmente a su misma altura y castigan tu osadía con pequeñas mezquindades. Le echan la culpa a tu feminidad de lo que parecen evidencias de mera fragilidad humana y achacan a tu mala salud, a tu pereza y a otras excusas tu baja productividad.

Si acaso no te encuentran físicamente repulsiva, entienden que tu permanente soltería es una ofensa a su hombría.

Si a los treinta sigues soltera, entonces no tienes derecho a estar guapa, a vestirse bien (así estés un poco rellenita o fina como un junco), ni a tener una piel bonita y una cara sonriente, porque las académicas solteras están amargadas y frustradas y arrugadas por la falta de semen en su organismo.<sup>3</sup>

Además, el bienestar evidente de una mujer como dios manda hay que saber reconocerlo por lo que es: el resultado del amor de un hombre y del éxito en *su* carrera, la

---

<sup>3</sup> Sin duda necesitamos una versión africana de las *bluestockings* (asociación informal de mujeres británicas formada en el siglo XVIII que defendía la educación para las mujeres. N. de la t.).

de él. Pero lo que les descoloca por completo es de dónde sacas el valor tú, una simple mujer, para atrincherarte en un territorio de hombres.

Casada o soltera, no te quieren, punto. Y si pueden permitirse el lujo, no les importará lo más mínimo insultarte de forma pública.

Ilustración (1971). De un profesor ayudante a una sala de reuniones llena de gente, entre otros yo misma...

«...la verdad, estas brujas de profesoras que van de independientes... No tienen capacidad para el amor ni para el afecto. Sólo se acuerdan de que necesitan a los hombres cuando quieren bebés».

De todos modos, tu persistencia en permanecer en la academia siendo mujer es una pérdida de tiempo: del tuyo y del ajeno, porque la elocuencia y otras manifestaciones de inteligencia son masculinas.

Así que, incluso aquí, en el campus universitario, con sus venerables torres cubiertas de hiedra, nadie espera que una mujer sea excelente en otras áreas que no sean la cocina, la costura y otras tareas propias de su sexo y condición.

Ilustración (mayo de 1980). Tras una mañana dura de clases y tutorías, me dirijo a la sala del profesorado para tomarme una cerveza. Un estudiante adulto del último curso se me echa encima, con los ojos brillantes y derrochando sonrisas.

Estudiante: «Oye, tú, dame un apretón de manos».

Y yo tomo su mano extendida, preguntándome entretanto el porqué.

Estudiante: «Todo el mundo anda diciendo que diste dos clases estupendas esta mañana».

Sonríó obviamente complacida.

Estudiante: «Bueno, ya sabes que nos encantan tus clases. ¡Por descontado! Pero hoy dicen que te superaste a ti misma. Dicen que tu inglés fue perfectamente masculino...».

O sea, ¿que ahora hablo inglés como un hombre? Y me lo dicen como un cumplido. Tal cual.

Siempre me habían dicho que escribía como un hombre. Léase una caligrafía firme y legible.

Siempre me habían dicho que conducía como un hombre. Léase un estilo relajado de manejar el volante, reflejos casi perfectos y una predilección por la velocidad...

¿Y ahora hablo inglés como un hombre? Léase un manejo fluido del lenguaje, probablemente.

¿Así que la lista de áreas cubiertas por la incompetencia femenina se expande para incluir las aptitudes lingüísticas?

Y ya que estamos, añadamos la conciencia política, la sensibilidad hacia los temas sociales y la vulnerabilidad al dolor físico y mental.

Ilustración (31 de mayo de 1980). En la conclusión de un seminario organizado por la junta de estudiantes.

El panel contaba con tres ponentes y un moderador, un ex-jefe de estado.

El tema es «La violencia. Su estructura y sus usos». Cuando todo el mundo había pronunciado su conferencia, el moderador invita a una estudiante a subir al estrado. En ese preciso instante me doy cuenta de que todos los ponentes han sido hombres. Y, por supuesto, siguiendo al pie de la letra los protocolos intelectuales burgueses, resulta adecuado que una jovencita adorne la ocasión agradeciendo su presencia a los conferenciantes.

Sin pararme a pensar, se lo comento a la persona sentada a mi lado, un profesor de universidad.

Colega: «Ya, ya, ahora que lo dices...»

Pero está bien, ¿no?».

Yo: «¿Ah, sí?».

Colega: «Claro... y además, ¿qué hay de malo en que los cuatro ponentes sean hombres?».

Yo: «Nada, si no fuera porque le piden precisamente a una chica que les dé las gracias».

Colega: «Hmm, ya te entiendo. Pero, hermana, ¿qué sabéis las mujeres de la *violencia*?». (Énfasis mío, A.A.A.)

Y me pregunto cómo puedo haber sido tan tiquismiquis al sacar el tema.<sup>4</sup>

Dado que hacer cualquier cosa como un hombre implica que lo estás haciendo estupendamente, hay que considerar que no sólo las aptitudes y las habilidades, sino también la especialización, la profesionalidad, la diligencia, la perfección, el talento y el genio son también atributos masculinos.

---

<sup>4</sup> Obviamente, mi colega nunca había oído hablar de los batallones de mujeres en los ejércitos de los reyes de Dahomey; de la anglosajona Boudica; de las guerreras Ashantiwas de los Ashantis; de la francesa Juana de Arco; de Rosa Luxemburgo o de Fanny Lou Hamer; de Deolinda Rodrigues Francisco de Almeida. Pero si este colega nunca me había parecido una persona especialmente amable, este comentario por sí solo me hubiera desvelado automáticamente que era un maltratador secreto.

Y hay que considerar, además, que puesto que estos son exactamente los criterios por los que se miden los logros humanos, si son exclusivamente atributos masculinos, sólo los hombres son seres humanos. Las mujeres no somos humanas.

Lo que me resulta del todo desconcertante es que, habiendo sido reducidas a la categoría de no-personas, nuestros genuinos esfuerzos para demostrar que somos humanas accediendo a campos legítimos de actividad humana hayan pasado tan desapercibidos. De hecho, y lo que es peor, nuestros intentos por sobresalir en estos campos provocan casi inevitablemente un resentimiento callado o explícito.<sup>5</sup>

Una mujer que trata de operar en un mundo de hombres provoca ataques de pánico en otras mujeres, y excepto a su propio padre, cabrea al resto de los hombres.<sup>6</sup>

Y, por supuesto, cuanto más exclusivo es el campo, mayor es el odio.

---

<sup>5</sup> La existencia y la creciente popularidad de una revista como *Ms* demuestra que, incluso en las sociedades más tecnológicamente avanzadas, las mujeres no lo han tenido nada fácil.

<sup>6</sup> Salvo por algunos individuos excepcionales, cualquier hombre cercano a una mujer triunfadora revela celos en un momento u otro. Un ejemplo especialmente triste y notorio fue la muy vulgar ridiculización de Shirley Chisholm por parte de los hombres afroamericanos cuando en 1972 intentó optar a la presidencia de los Estados Unidos.

Hoy en día, me descubro a mí misma preguntándome de vez en cuando si hubiera tenido el valor de escribir si no hubiera sido porque empecé a escribir cuando era demasiado pequeña como para saber que eso no me convenía. La verdad, me alegro de que la pregunta sea puramente hipotética.

Por ejemplo, en un debate a escala nacional, algunos profesores de otras universidades ghanianas me gritan que yo no estoy cualificada para hablar de temas públicos. Que tendría que dejar la política y todas esas cosas a gente mejor cualificada para manejarlas y concentrarme en lo que mejor hago normalmente, que es escribir obras de teatro y cuentos cortos.<sup>7</sup>

En todo caso, mi calvario como mujer escritora es mucho más duro y doloroso que cualquier cosa de las que tengo que soportar en el ámbito universitario. Es una condición tan delicada que casi no se puede ni nombrar. Es como una herida interna y, por lo mismo, inmensamente peligrosa, y provoca una hemorragia emocional constante.

Te sientes fatal por ver las cosas como las ves, y mucho peor si intentas hablar de ello. Porque este resentimien-

---

<sup>7</sup> Véase el «Manifiesto de la LSNA a nuestros detractores», *The Legon Observer*, 14 de julio de 1972. Al releer los escritos más relevantes con respecto a esta controversia, me abruma la vulgaridad y el odio con que se enfrentaron a un mero desafío intelectual.

to no es como para hacer bromas. Por supuesto que la gente no es consciente de que sus actitudes y sus expresiones pueden percibirse como hostiles. Y cuando se lo dices, la mera revelación provoca hostilidad.

Y sin embargo tienes que decirlo en voz alta porque tu dolor es real también, y de hecho la herida late más intensamente y sangra con más profusión cuando la ofensa viene de la gente a la que quieres, de los más cercanos, de aquellos a quienes respetas.

Y por eso lo que ha ocurrido con la no-recepción de mi último libro me resulta tan difícil de callar.<sup>8</sup>

Ilustración (enero de 1980). Mi jefe de departamento (un buen amigo y un escritor reconocido) y yo estamos hablando sobre la última edición del libro que acaba de salir en Nueva York. Estamos comentando lo cuidada que está la impresión, lo bonita que es la tipografía, y que ha quedado un volumen impecable. Entonces digo que, por desgracia, tengo la impresión de que a mis editores no les importa demasiado si el libro se vende o no.

«Pues qué pena», dice él, «porque en todas las universidades americanas están brotando programas de estudios de mujeres como setas. A ellos les tendría que interesar...».

Yo sangro. Porque aunque la protagonista de la novela es sólo una chica joven, cualquiera que lea el libro se dará cuenta inmediatamente de que sus preocupacio-

---

<sup>8</sup> *Nuestra Hermana Aguafiestas. O reflexiones desde una neurosis antioccidental.*

nes tienen que ver sólo parcialmente con el feminismo, si acaso. ¿Y qué si es así? ¿No concierne el feminismo a la mitad de los habitantes del planeta?

Ilustración (mediados de 1978). Un grupo de colegas reunidos una tarde.

Todos son hombres excepto yo. Uno de ellos ha venido de visita desde otro país. Es un escritor conocido. Estamos discutiendo con cierto fervor la situación política y, al mismo tiempo, tratando de escuchar un disco de jazz.

Por una razón u otra, hay unos cinco minutos en los que el resto no están en la habitación o están absortos en la música. El escritor, que está casualmente sentado a mi lado, me susurra cómplicemente al oído:

«He leído tu última novela y me ha gustado mucho». Probablemente murmuro unas palabras de agradecimiento y empiezo a sangrar por dentro.

Estaba en Estados Unidos cuando terminé de escribir ese libro.

Así que le envié el manuscrito acabado a un amigo que es un conocido crítico literario y que edita una revista universitaria respetada en el ámbito de las Humanidades. Cuando volví al campus más tarde ese mismo año, no me dijo ni una palabra sobre el manuscrito. Pero eso no importa.

Lo que sí importa es lo siguiente.

Ilustración (1976). Un amigo común se ofrece a corregir por mí las pruebas de imprenta. Hace un trabajo excelente, no sólo porque él mismo es un autor célebre, sino también porque es un tipo meticuloso. Más tarde, alguien le pregunta qué opina sobre el contenido. El au-

tor responde que el libro es lo que un diseñador de aviones lograría hacer si le pidieran que diseñara un coche. Cuando insisto en pedirle su opinión sobre el libro, me acusa de hipócrita, me lanza otros cuantos insultos y no me ha vuelto a hablar desde entonces.

Y todo esto ocurre en casa de mi amigo crítico y escritor, que entretanto no se entromete. De vez en cuando, desde entonces, farfulla a veces algo sobre *Aguafiestas* y el feminismo. Pero sólo de pasada.

Estoy convencida de que si *Aguafiestas* o algo similar lo hubiera escrito un hombre, como decimos por aquí, nadie hubiera cerrado un ojo en este último par de años (por culpa del ruido que se hubiera montado al respecto).

Si *Aguafiestas* ha recibido reconocimiento en otros sitios, es gratificante. Pero no hay remedio para el dolor que me produce el que en mi propia casa haya sido por completo ignorada.

Porque seguramente mis hermanos y colegas saben de sobra que lo único importante es la recepción crítica de un libro, no necesariamente que reciba beneplácitos. Cuando un crítico se niega a hablar de tu obra, es un acto de violencia. Te está deseando la muerte en tanto que persona creativa.

Y cuando alguien a quien consideras un amigo deja de hablarte por un libro que has escrito, entonces es que quiere volverte loca especulando. Porque

1) ¿está enfadado porque te has atrevido a escribir ese libro? o

2) ¿le avergüenza que hayas escrito semejante libro? o

3) ¿está celoso porque le hubiera gustado escribir ese libro a él?

No pretendía que esto fuera un catálogo de los agravios sufridos y amargamente almacenados durante años. Nada me había preparado para ello, y hasta que me senté a escribir este ensayo no fui consciente de que, llegado el caso, encontraría tantas evidencias para demostrar un argumento.

Una reflexión de estas características corre el riesgo de ser tachada de mezquina. Pero mezquina o no, es también legítima. Los antiguos decían que si te muestras indiferente cuando se está repartiendo la carne, terminas quedándote con los huesos... No importa si los anzuelos con los que te distraen vienen cubiertos de azúcar y bañados en miel.

Es incómodo. Este sentimiento nuevo de estar bajo la presión de tener que hablar de una misma...<sup>9</sup> Pero ahí está, como resultado de la curiosidad de otras personas. De saber cuán friki eres, y de tu necesidad de proclamar tu propia existencia... o tu derecho a existir. A ser. Pero antes de que alguien empiece a pensar que semejante ser está haciendo una montaña de un grano de arena,

---

<sup>9</sup>Afrontémoslo: si eres escritora y eres medianamente buena en tu trabajo, entonces las vidas de los personajes que creas tienen que ser muchísimo más interesantes y emocionantes que la tuya propia. Así que, ¿para qué aburrir a los demás con historias sobre ti misma?

me gustaría citar a Gloria Wade-Gayles, una escritora afroamericana cuyo poema «A veces sólo como mujeres» se ha convertido para mí en la expresión definitiva del dolor, de las frustraciones y casi la desesperación que es exclusiva de las mujeres escritoras africanas o negras.

Sabemos cuánto pesan los plomos  
que ribetean nuestros sueños  
y sin embargo  
a veces, sólo como mujeres,  
respiramos en espacios confinados  
y seguimos encerradas detrás de muros  
demasiado duros para grabar en ellos  
los mensajes de nuestras almas.  
Ahora somos reinas de ébano  
que nos celebramos con  
diademas de belleza natural  
y sentimos el bamboleo de grandes pendientes de oro  
junto a nuestra tersura de piel firme  
y avanzamos con paso majestuoso  
cantando la melodía  
de una lucha clara que sabe nombrarnos.

Pero,  
como mujeres,  
estamos marcadas más allá del ornamento  
porque hemos visto cómo líneas blancas  
nos recorren de norte a sur y de este a oeste  
cuarteando nuestra piel  
como terremotos que han dejado de latir  
y hemos sentido la presión de estacas implacables

atravesando pechos cojos por los tirones  
de bocas hambrientas que sólo nosotras  
podemos saciar  
nosotras somos  
frágiles figurines  
cuyas neurosis vienen y van  
con el tirón de la luna  
sólidos hombros negros  
somos monumentos que se niegan a desmoronarse  
robles profundamente arraigados  
en los que las generaciones  
crecen y medran como ramas pobladas  
somos las fuertes  
las que hemos cargado con el peso de la tribu  
y sin embargo,  
como mujeres,  
sólo hemos conocido las cosechas más pobres  
cantamos canciones potentes  
y el mundo entona una dulce nana  
escribimos poemas complejos  
y el mundo nos ofrece un aplauso mudo  
por una rima sonora...

Algunas veces, sólo como mujeres,  
lloramos  
nos enseñan a susurrar  
cuando queremos gritar  
a asentir  
cuando deseamos con técnica  
bailar bonito  
(de puntillas)

cuando querríamos levantar círculos de polvo antes de atacar.

Según Femi Oyo-Ade, «la literatura africana es un arte machista creado por hombres y destinado a ellos. El escritor hombre, como el animal social hombre, tiene más suerte que las hembras. Su presencia se da por supuesta. El editor le reclama. Al revés que a las mujeres, cuyo silencio se da por supuesto».<sup>10</sup> Oyo-Ade es un hombre. Un profesor de universidad. Y tengo la sensación de que nos está incomodando con su claridad, y especialmente con su honestidad.

Pero puedo asegurarle que el verdadero horror no es la sensación de desarraigo. De exclusión. De no pintar nada. Para eso te prepara el crecer como mujer. Como escritora, aprendes rápido que ningún crítico recuerda de forma automática que tú estás ahí. Si apareces, es como una nota al pie. Tu nombre es un eco de una discusión que ha tenido lugar en otra parte. En algún tiempo olvidado.

A veces, experimentas una cierta popularidad. Pero llena de un frío consuelo. Cuando te das cuenta de que tu lector medio, estudiante o incluso crítico consolidado, lo que espera de ti como mujer escritora es que les ofrezcas más héroes y anti-héroes masculinos, como Okonkwo, Baako Onipa, el Hombre, el Niño, el Anciano... Jero.

---

<sup>10</sup>Femi Oyo-Ade, «Female Writers, Male Critics: Criticism, Chauvinism, Cynicism... and Commitment». Inédito.

¿Cómo es que tú escribes sobre mujeres, queriendo decir, cómo es que tus protagonistas principales son mujeres?

No obstante, ellos saben bien que en el lugar de donde vienen tus historias hay hombres. Están vivos. Pero no ocupan el centro de la escena.

Por supuesto que hay mujeres en los lugares de donde surgen las historias de Achebe. Pero tampoco ellas ocupan el centro de la escena, son mujeres que se ajustan perfectamente a la tradición, están ahí para que los héroes las maltraten, las desprecien y las aterricen. Okonkwo está fuera de sí ante la cercanía de una fiesta local. Así que naturalmente carga contra su esposa y le da «una buena paliza», mientras sus otras esposas gimitotean a su alrededor: «Ya está bien, Okonkwo, ya está bien».<sup>11</sup> Muy tradicional. Muy realista.

Las mujeres pueblan el mundo de Soyinka. Torpes mujeres, mujeres pérfidas cuyas únicas reglas son servir a los hombres.

Sadiku danzando patéticamente ante la pérdida ficticia de la hombría de su macho después de toda una vida de esclavitud;<sup>12</sup>

Amope, cuya vitalidad sólo se emplea en demostrar que el gran Jero es un fraude;<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup>Chinua Achebe. *Todo se desmorona*.

<sup>12</sup>Wole Soyinka, *The Lion and the Jewel*.

<sup>13</sup>Wole Soyinka. *Brother Jero*.

Y Sidi. Nuestra encantadora y trágica Sidi. Un rayo de sol creado para existir entre el infierno y el caos. ¿Se piensa Sidi que es demasiado lista para un payaso como Lakunle? Bueno, nena, es que no hay otros imbeciles cerca, pero el maltratador feudal al que llaman Baroka...<sup>14</sup>

Y esperas estallar de rabia, de rabia.

¿Y quién dijo que fuera Soyinka el único hombre que crea grandes personajes femeninos para ponerlos al servicio de los hombres, o para frustrarlos?

Armah también es en eso un experto. Oyo es un quejica, irracional, claramente irracional. Su madre es una bruja vieja y ambiciosa, y Estela la perfecta puta indolente y perfumada.<sup>15</sup> Pero lo que te vuelve loca del todo es el destino de Araba Jesiwa.

Ella es un ser humano maravilloso. Introspectiva, filosófica, articulada. Pero todo eso fue en el pasado. Algo de lo que nos enteramos a través de *flash-backs*, a medida que se desarrolla la trama principal. Armah se esfuerza en quitarla de la circulación. «...Supina ...sus miembros daban impresión de pesadez. Cada una de sus manos estaba cubierta por una escayola inmensa, envuelta a su vez por una tela gruesa. También estaban escayoladas las piernas, sólo que las escayolas eran todavía más

---

<sup>14</sup> Wole Soyinka, *The Lion and the Jewel*.

<sup>15</sup> Ayi Kwei Armah. *The Beautiful Ones are Not Yet Born*.

pesadas».<sup>16</sup> ¿Absurdo, verdad? Quizás estemos siendo injustas. Pero algunas sospechamos que embalarla de esta forma fue lo único que se le ocurrió al autor para asegurarse completamente de que no iba a robarle la luz de los focos a Densu, el buenazo de su protagonista. Así que Jesiwa yace hasta el final de la historia, cuando se la libera y aparece, como un auténtico *deus ex machina*, para liberar a nuestro héroe.

¿Y todavía protestan porque una mujer escritora quiera crear personajes femeninos cuyas vidas son válidas, por muy trágicas que resulten, en sus propios términos? Las mujeres no deben ser protagonistas.

¿Y de quién quieren que escriba? ¿De los hombres? ¿Pero por qué? ¿Acaso les preguntáis a los escritores por qué escriben sobre hombres? Debiera ser natural que un hombre explore, lamente o celebre al macho humano. Él es un hombre. En su propia imagen frente al espejo encuentra cada mañana a un hombre. Más a menudo de lo que encuentra a mujeres. Y lo mismo debiera servir para las mujeres escritoras.

Llevo muchos años sufriendo un eterno *shock*. Al enfrentarme a la idea de que la gente –incluidos algunos destacados académicos– me considera feminista por el mero hecho de que escribo sobre mujeres. O, más bien, debo insistir, porque generalmente mis protagonistas son mujeres.

---

<sup>16</sup> Ayi Kwei Armah. *The Healers*.

No voy a protestar si me llamas feminista. Pero no soy feminista por el hecho de escribir sobre mujeres. ¿O es que son los hombres machistas sólo por escribir sobre hombres? ¿Acaso es un escritor un nacionalista africano por el mero hecho de escribir sobre africanos? ¿O es un revolucionario sólo por escribir acerca de la pobre humanidad oprimida? Obviamente, no.

Nos vemos obligadas, una y otra vez, a insistir en lo evidente. Y eso es muy triste.

A menos que, según me temo, las mujeres no estén consideradas como sujetos adecuados para la tragedia o la exaltación.

De hecho, algunos escritores así lo han pensado, y se han arriesgado, en ocasiones propicias, a expresarlo en voz alta.

Dice John Donne, el gran poeta metafísico inglés:

Se sabe que tenemos poco de ellas [las mujeres]

tanto en nuestra alma como en nuestro desarrollo...<sup>17</sup>

Y en todo caso, nadie que escriba, hombre o mujer, es feminista sólo por escribir sobre mujeres.

A menos que una escritora o un escritor invierta su energía, de forma activa, para poner de manifiesto la tragedia sexista que es la historia de las mujeres; para celebrar sus capacidades físicas e intelectuales, y, sobre todo, para desarrollar una visión revolucionaria del pa-

---

<sup>17</sup> John Donne, *Problem IV: Paradoxes and Problems*, 914.

pel de las mujeres en el futuro, como soñadoras, como pensadoras y como hacedoras, no puede ser descrita o descrito como feminista.

Entre tanto, las mujeres somos la mitad de la humanidad. También nuestras vidas son canciones sencillas que se pueden cantar simplemente e historias ordinarias que se pueden contar sin florituras.

La vida para la mujer africana escritora no es, sin lugar a dudas, una «escalera de cristal». Es una condición nerviosa muy peculiar. Pero también compartimos todos, o casi todos, los problemas de los escritores varones africanos.

Tenemos que lidiar con vidas personales caóticas que nos consumen la energía y nos dejan sin el imprescindible tiempo para crear.

También somos parte de una minoría cultivada que maneja la lengua del poder. Y por tanto se espera de nosotras y nos exigimos a nosotras mismas pronunciarnos incluso sobre asuntos sobre los que preferiríamos no tener que opinar. Esperamos actuar con poderío.

Están los flirteos inevitables con la política burguesa, o para algunos la imposibilidad de esquivar las posiciones de liderazgo en las luchas revolucionarias: Amílcar Cabral, Dennis Brutus, Flora Nwapa, Kofi Awoonor. Y a veces perdemos algo más que el tiempo para escribir: Christopher Okigbo, Deolinda Rodrigues Francisco de Almeida... Hemos entrado en la década de los ochenta con abrumación todavía por las versiones extranjeras del principal instrumento de nuestro trabajo. La lengua. Y para eso no parece haber ninguna solución a la vista

en el futuro inmediato. A menos que, como los campesinos y campesinas de Fontamara, de Ignazio Silone, decidamos aceptar que, ya que hay que hablar, cualquier lengua vale.

Y además de todo esto, están los horribles dilemas a la hora de publicar. Ahora mismo, si eres ghaniana, por una parte, no tienes editoriales locales. Y, por otra parte, en respuesta al colapso general de la economía de tu país, las editoriales extranjeras te miran como a una pariente pobre en el mundo literario...

La lista de los problemas es interminable. Y las mujeres no nos perdemos ni uno. Tenemos idéntico sentido de la responsabilidad y sentimos la misma frustración.

Lo que está claro, en cualquier caso, es que ahora mismo, y sobre todo lo demás que compartimos con nuestros hermanos, sufrimos también, sí, las implicaciones de ser un sector oprimido de la sociedad. Si no siempre, por lo menos, a veces, sólo como mujeres.

Calabar, 19 de marzo de 1981.

#### OBRAS CITADAS

Achebe, Chinua. *Todo se desmorona*. Barcelona: DeBolsillo, 2010.

Aidoo, Ama Ata. *Nuestra Hermana Aguafiestas. O Reflexiones desde una neurosis antioccidental*. Oviedo: Cambalache, 2018.

— «Ghana: To Be a Woman», en *Creative Women in Changing Societies*. Actas del congreso UNITAR. Oslo, Noruega: 9-13 de julio de 1980.

Armah, Ayi Kwei. *The Beautiful Ones Are Not Yet Born*. Portsmouth New Hampshire: Heinemann, 1968.

— *The Healers*. Londres: Heinemann, 1979.

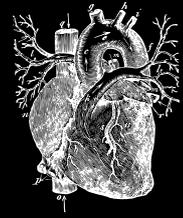
Bell, Roseann P.; Parker, Bettye J. y Guy-Sheftall, Beverly (eds.) *Sturdy Black Bridges*. Nueva York: Anchor Press, 1979.

Donne, John. *Problem. IV: Paradoxes and Problems*. Nueva York: Norton, 1968.

Oyo-Ade, Femi. «Female Writers, Male Critics: Criticism, Chauvinism, Cynicism... and Commitment». Inédito.

Soyinka, Wole. *The Lion and the Jewel*. Londres/Nueva York: Oxford University Press, 1973.

— *Brother Jero*. Londres: Eyre Methuen, 1984.





## MIGRACIONES

### La mancha de la raza

Carta a un niño rumano  
Marco Aime, 2014. 72 pág.  
ISBN: 978-84-939633-6-1

### Paremos los vuelos. Las deportaciones de inmigrantes y el boicót a Air Europa

Campaña Estatal por el Cierre  
de los CIE, 2014. 112 pág.  
ISBN: 978-84-939633-5-4.

### Quién invade a quién. Del colonialismo al II Plan África

Eduardo Romero, 2011.  
132 pág.  
ISBN: 978-84-939633-0-9.

### Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo

Eduardo Romero, 2010.  
144 pág.  
ISBN: 978-84-614-0884-9.

### A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión

Eduardo Romero, 2008.  
123 pág.  
ISBN: 978-84-612-7617-2.

### Rodaré maldiciendo. Poemas y arte callejero

Silvia Cuevas-Morales, 2008.  
37 pág.  
ISBN: 978-84-612-4533-8.

### ¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración

Eduardo Romero, 2007  
(2ª ed.). 68 pág.  
ISBN: 978-84-611-4544-7.

### Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles

Marco Valle, 2004 (2ª ed.).  
95 pág.  
ISBN: 978-84-607-9379-3.

## NARRATIVA

### 65% agua

Isabel Alba, 2014. 168 pág.  
ISBN: 978-84-939633-8-5.

### Lloro por King Kong

Pablo Sorozábal Serrano,  
2015. 254 pág.  
ISBN: 978-84-939633-9-2.

### En mar abierto

Eduardo Romero, 2016.  
223 páginas.  
ISBN: 978-84-944572-2-7

## FEMINISMO

### Naiyiria

Eduardo Romero  
y Amelia Celaya, 2016.  
48 pág.  
ISBN: 978-84-944572-3-4.

### La Madeja (nº 0). Aborto.

Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2010. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 1).

**Migraciones.**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2010. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 2).

**Cuerpos.**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2011. 56 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 3).

**Paisajes.**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2012. 56 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 4).

**Amores.**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2013. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 5).

**Transgresiones.**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2014. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 6).

**Cuidados**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2015. 64 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 7).

**Miedos**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2016. 72 pág.  
ISSN: 2171-9160.

### La Madeja (nº 8).

**Sexualidades**  
Publicación periódica  
feminista.  
VV. AA., 2017. 72 pág.  
ISSN: 2171-9160.

## MEMORIA

### Mi infancia en el franquismo. Tiraña, Asturies, 1938.

Enesida García Suárez, 2018.  
96 pág.  
ISBN: 978-84-944572-5-8

### Diario de un insumiso preso

Carlos Fueyo Tirado, 2015.  
172 pág.  
ISBN: 978-84-944572-1-0.

### Mi guerra de España

Mika Etchebéhère, 2014.  
512 pág.  
ISBN: 978-84-939633-4-7

### Nos matan y no es noticia. Parapolítica de estado en Colombia

Ricardo Ferrer Espinosa y  
Nelson Restrepo, 2010.  
192 pág.  
ISBN: 978-84-614-0084-3.

### Incendiaros de ídolos. Un viaje por la revolución de Asturias

Mathieu Corman, 2009.  
170 pág.  
ISBN: 978-84-613-0725-8.

## FORMACIÓN

### Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional

Miguel Moro, 2005. 242 pág.  
ISBN: 978-84-609-5602-0.

### Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución [agotado].

VV. AA., 2005. 48 pág.  
ISBN: 978-84-609-4170-5.

## ECOLOGÍA

### Vidas a la intemperie. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino

Marc Badal, 2017  
(coedición con Pepitas de

Calabaza). 224 pág.  
ISBN: 978-84-15862-98-7

### Ecología sobre la mesa. Recetas para las cuatro estaciones

María Arce, Íñigo González,  
Eva Martínez  
y Marina Tarancón, 2015  
(3ª ed.). 184 pág.  
ISBN: 978-84-944572-0-3.

**El oro de Salave. Minería,  
especulación y resistencias**  
(CD documental El Oro de  
Salave, Jose Alberto Álvarez)  
VV. AA., 2013. 208 pág.  
ISBN: 978-84-939633-7.

### Catalina y los bosques de hormigón

Ana Laura Barros  
y David Acera, 2007  
(2ª ed.). 53 pág.  
ISBN: 978-84-611-8953-3.

### Oviedo detrás de la fachada

(fotografía / texto-plano de  
Oviedo).  
María Arce, 2007.  
ISBN: 978-84-611-6895-8.  
Miguel Moro, 2007. 182 pág.  
ISBN: 978-84-611-6896-5.

### Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua

Beatriz González y Eduardo  
Menéndez, 2006. 119 pág.  
ISBN: 84-611-0896-5.

**Nos comen. Contra el  
desmantelamiento del  
mundo rural en Asturias**  
VV. AA., 2005. 195 pág.  
ISBN: 84-609-7722-6.

## CUENTOS

### Catalina y los bosques de hormigón

Ana Laura Barros,  
David Acera,  
y Amelia Celaya (ilustr.), 2017.  
48 pág.  
ISBN: 978-84-944572-4-1

### Cosas que sucedieron (o no)

Miguel Ángel García Argüez,  
José María Gómez Valero,  
David Eloy Rodríguez  
y Amelia Celaya, 2013.  
48 pág.  
ISBN: 978-84-939633-0-0.

### Este loco mundo. 17 cuentos

Miguel Ángel García Argüez,  
José María Gómez Valero,  
David Eloy Rodríguez  
y Amelia Celaya, 2016 (2ª  
ed.). 72 pág.  
ISBN: 978-84-614-0083-6.

## FUERA DE COLECCIÓN

### De la poesía

T. S. Norio, 2012  
(coedición con Libros de la  
Herida).  
496 páginas.  
ISBN: 978-84-939633-2-3.

